

DELFTS BLAUW

Dulce M.^a Rodríguez González

DELFTS BLAUW
DE CUANDO LUIS VAN DE WALLE *EL VIEJO*
LLEGÓ A LA ISLA DE LA PALMA EN EL SIGLO XVI

2.^a edición revisada



Cartas Diferentes Ediciones
Isla de La Palma
2024

CARTAS DIFERENTES EDICIONES

colección: *Tritón sonoro*, n.º 1

Dirección: Manuel Poggio Capote, Luis Regueira Benítez y Antonio Lorenzo Tena

Junta editorial: Carmen L. Ferris Ochoa, Diego Hernández Álvarez, Víctor J. Hernández Correa, Marta Lozano Martín, Ernesto Méndez Bravo, Marcelo Rodríguez Fuentes, Iván Rodríguez Macario y José Pablo Vergara Sánchez

© Del texto, la autora

© De la edición:

Cartas Diferentes Ediciones

Calle Bandama, n.º 5

38700 Santa Cruz de La Palma (islas Canarias, España)

<http://www.cartasdiferentes.com>

© Ilustraciones:

Archivo General de La Palma (Santa Cruz de La Palma), Archivo Jorge Lozano Vandevalle (Santa Cruz de La Palma), Colección Antonio Lorenzo Tena (Santa Cruz de La Palma), Colección Poggio Rodríguez (Santa Cruz de La Palma), El Museo Canario (Las Palmas de Gran Canaria), Real Sociedad Cosmológica (Santa Cruz de La Palma), Taller de Restauración de Pintura y Escultura del Cabildo Insular de La Palma (Santa Cruz de La Palma)

© Ilustración de la cubierta:

Azulejo de cerámica de Delft, casa Massieu, calle Pérez Volcán, n.º 12 (Santa Cruz de La Palma)

© Ilustración del colofón:

Bandera de la ciudad de Brujas

© Diseño:

Alberto Fernández

Catalogación

Biblioteca de la Sociedad La Investigadora (Santa Cruz de La Palma)

Maquetación e impresión

Imprenta Taravilla s. l.

Depósito legal

TF-174-2024

ISBN 978-84-125862-8-2

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Dulce María

Delfts Blauw: de cuando Luis Van de Walle *el Viejo* llegó a la isla de La Palma / Dulce María Rodríguez González. . – 2.ª ed. rev. – [Santa Cruz de La Palma]: Cartas Diferentes, 2024.

194 p.: il.; 20 cm. – (Tritón sonoro; 1)

ISBN 978-84-125862-8-2

1. Van de Walle (familia)-Novela biográfica. I. Título. II. Serie.

82-94:929Van de Walle, Luis"15"



Sumario

PRÓLOGO, por Tomás Van de Walle Sotomayor	11
I. RUMBO AL SUR	
1. Planeando la aventura	17
2. La travesía	18
3. Los viajeros	19
4. Cerca de la costa	20
5. Encuentros necesarios	22
II. PISANDO TIERRA	
1. La llegada	25
2. Escudriñando el paisaje	26
3. Aclimatándose	27
4. Tres hermanos Van de Walle en la isla	29
5. Relaciones sociales	30
6. Familias flamencas de abolengo	31
7. Un noble mercader afortunado	32
III. LOS ESPONSALES	
1. Luis Van de Walle <i>el Viejo</i> , enamorado	35
2. Preparativos para la boda	36
3. Vestimenta de los novios	37
4. Amonestaciones y regalos	40
5. Los espsonales	43
6. La celebración	47
IV. EN LAS COORDENADAS DEL ÉXITO	
1. Construyendo el futuro	49
2. Años de sequía	51
3. La edificación de su casa	53
4. Tejiendo el hogar	55
V. LA DÉCADA FÉRTIL	
1. María de Cervellón, encinta	57
2. Organizando el hogar: el oratorio	58
3. Una mascota en casa	61
4. Retrato del prócer a la manera europea	62
5. El camino de la nostalgia	63

6.	Llegada del primogénito	64
7.	Viene el segundo vástago	68
8.	María, embarazada de nuevo	69
9.	Por fin llegó el benjamín	70
10.	Luis, el filántropo y depositario de cargos	72
11.	La tienda de Vandewalle	73
12.	Entrenándose para casamentero	75
13.	El benefactor religioso: los dominicos	76
14.	Religiosidad familiar <i>vs.</i> esclavitud	77
VI.	AÑOS DE APRENDIZAJE	79
1.	Cumpleaños del primogénito	79
2.	Los negocios prosperan	80
3.	La hora de contar cuentos	81
4.	La fiesta de Navidad	83
5.	La escolástica en casa	85
6.	La influencia del padre	88
7.	De cacería	91
8.	El futuro: una incógnita	94
VII.	1553: AÑO DE FUEGO	109
1.	El ataque pirata	109
2.	Pánico en la ciudad	111
3.	Caos y destrucción: devorados por el fuego	112
4.	La retirada	113
VIII.	LA RECONSTRUCCIÓN	115
1.	Borrando las huellas del infierno	115
2.	Renacimiento de la ciudad	116
3.	Luis Vandewalle, mecenas: la capilla de Cervellón	117
4.	El rey ha abdicado. ¡Viva el rey!	121
5.	Una ciudad más hermosa	122
IX.	LA PAZ AMENAZADA	125
1.	Se rebelan las provincias del norte	125
2.	<i>El Duque de Hierro</i>	126
3.	Nuevo éxodo hacia el sur	128
4.	La guerra interminable	129
X.	VENTURAS Y DESVENTURAS DE LA DÉCADA	131
1.	La hambruna asola de nuevo	131
2.	Don Lesmes de Miranda: música doméstica	132

3.	Fiestas del Carnaval	135
4.	Juegos de mesa	137
5.	El telar y las tejedurías.....	139
6.	1537-1562: las bodas de plata.....	142
7.	Profesión de fray Miguel Vandewalle y Cervellón	145
8.	Las sobrinas casaderas.....	147
9.	Un portugués ilustre visita la isla	149
10.	Luto en la corte	150
XI.	LÓGICAS CASAMENTERAS Y OTROS ACONTECERES	153
1.	Tomás Vandewalle y Cervellón-Esperanza Fernández Aguiar	153
2.	Rondando la decadencia	154
3.	Luis Vandewalle <i>el Mozo</i> -Águeda de Brito	155
4.	Jerónimo Vandewalle y Cervellón-María Dalmau Roberto.....	158
5.	Tiempo de oscuridades: el tránsito de María	159
6.	Testamento de doña María de Cervellón Bellid.....	161
7.	Martirio de los jesuitas	162
XII.	AÑOS DE OCASO	165
1.	Se acumulan los honores: familiar del Santo Oficio.....	165
2.	Luis <i>el Viejo</i> hace testamento.....	168
3.	Sequía para el pueblo <i>vs.</i> florecimiento de la burguesía..	171
4.	El ingeniero Leonardo Torriani	174
5.	El volcán de Tihuya y sir Francis Drake	175
6.	Muerte de don Luis Vandewalle van Praet, señor de Lembecke	178
XIII.	EPÍLOGO	183
BIBLIOGRAFÍA.....		187

Prólogo

Darle verdadera animación vital a un personaje del pasado es una tarea difícil que para realizarla con solvencia requiere de entrada amplios recursos literarios, pero sobre todo una empatía singular con la personalidad de alguien de quien solo quedan trazas tenues que se sustentan en la labor de investigación histórica, cuando existe, o en suposiciones más o menos acertadas.

Cuando se trata de la biografía de Luis Van de Walle *el Viejo* hay mucho terreno donde asentarse con seguridad porque la biografía de la profesora Ana Viña Brito acumuló toda la información disponible sobre él trabajada con el riguroso método de la historiografía, resultando un libro que es excepcional, si es que no es único, en el panorama de los estudios del siglo xvi en Canarias.

Cuando se acercan los quinientos años de la llegada de Luis Van de Walle a La Palma aparece una segunda biografía, una hermosa biografía novelada de la vida del flamenco de Brujas que dejó una huella indeleble en la historia de la isla de La Palma, pero también en la de Canarias.

De nuevo estamos ante una obra excepcional tanto por el trabajo biográfico de reconstruir la vida de un personaje del siglo xvi como por la calidad de la escritura, que nos hace ver la vida de Luis con sus propios ojos. Una literatura culta y cuidada, escrita por la doctora Dulce Rodríguez González, que representa un homenaje digno que se corresponde con la dignidad del biografiado, que medio milenio después de su arribada encuentra su lugar en la historia de las islas.

Nada podría ser más grato para recordarle; no lo sería un monumento, ni siquiera una rotulación de una calle, ni un acto

cívico. Un libro hermoso bien escrito que, convirtiendo a Luis en un ser humano cercano —pues nos hace que veamos las cosas como él las veía—, lo eleva a la categoría de persona ejemplar que merece el recuerdo para ilustración de sus semejantes siglos más tarde.

La ejemplaridad es una buena razón para escribir una biografía de un hombre ilustre o de una mujer ilustre. Dar a conocer la vida y los hechos de una persona que alecciona a los lectores de una época histórica radicalmente diferente para mostrar que es compatible ser un mercader de éxito con la labor de protector de las artes o con el auxilio a los pobres y menesterosos de la ciudad de Santa Cruz de La Palma, así como promover un hospital o contribuir a la traída de aguas de abastecimiento a la capital. Con nombres y elementos materiales diferentes, la labor de Luis es posible hacerla en nuestra época. Pero si nos preguntamos cuántos de nuestros contemporáneos hacen otro tanto a la hora de una respuesta, es posible que sean pocos los que resulten del escrutinio.

Por eso es necesario este libro de la doctora Dulce Rodríguez González. Necesario además de ser una pieza de literatura que se mantiene por sus propios valores. Para mí es un honor que me haya pedido que escriba este prólogo como descendiente directo que soy de Luis *el Viejo Van de Walle*.

En 2009 se publicó la biografía de Luis escrita por la historiadora Ana Viña Brito, *De Brujas a La Palma: Luis Vandewalle el Viejo y la consolidación de un linaje*. En 2012 se presentó en Brujas, en el salón gótico del ayuntamiento de la ciudad, su versión neerlandesa, adaptada por Cas Goossens y Jozef Van Minsel con el título *Van Brugge naar La Palma: Luis Vandewalle el Viejo, handelaar in suiker (1505-1587)*.

La biografía de la doctora Rodríguez González cierra el círculo de recuerdo y recuperación de una figura histórica que lo merecía, y lo hace con una recreación literaria que no solo yo, sino muchos lectores, la disfrutarán, y que ella misma también hace historia.

Las Palmas de Gran Canaria, 2 de mayo de 2023.

Tomás Van de Walle Sotomayor,
marqués de Guisla Ghiselin.

*A la historiadora
Ana Viña Brito,
sin cuya exhaustiva
investigación esta bioficción
no hubiera sido posible.*

*A Jorge Lozano Vandewalle y a Loló:
nunca dio tanto de sí una visita fortuita.*

*...da la impresión de que el comercio
de valor artístico se convirtió en una moda
que sedujo a un gran número de mercaderes,
(...) pues estas importaciones no se limitaron a
las denominadas piezas artísticas, sino que se observan
también en la cerámica holandesa
de loza azul de Delft.
Ana Viña Brito.*

I. Rumbo al sur

*...fue creciendo la tierra y con la noticia de su fertilidad
acudieron flamencos y españoles, catalanes, aragoneses
y levantinos, franceses e ingleses con sus negocios.*
Gaspar Frutuoso.

1

PLANEANDO LA AVENTURA

Venían del norte, de los paralelos del frío y del silencio, de las nieblas del invierno: venían de Flandes. Después de andanzas y peripecias milicianas por Europa, pasando por aquella Andalucía recién conquistada al último monarca del reino nazarí, algunos viajeros ilustres se asentaron en la ciudad de Cádiz, donde consiguieron puestos notables. Sin embargo, a pesar del éxito alcanzado en suelo andalusí, soñaban con otras tierras, buscaban la luz del sur, alimentado su interés por la codicia de pueblos nuevos y conquistas en territorio conquistado, encandilados por el negocio del «oro blanco», cuya fama se había extendido más allá del horizonte.

Al atardecer, durante sus largos paseos, los extranjeros del norte —asentados en tierras costeras andaluzas— observaban detenidamente los galeones fondeados en el puerto de Zanfanejos, en la muy antigua ciudad de Sanlúcar de Barrameda. En las inmediaciones de la dársena, tuvieron noticias del primer navío que zarparía hacia el sur, rumbo a las islas meridionales. Después de haber madurado la idea de continuar su periplo aventurero, se enrolaron para la partida y, en el día señalado, se echaron a la mar.

LA TRAVESÍA

Navegaban enfrentándose a los diez o doce días de travesía por el golfo de las Yeguas, que, fiel a su reputación, hacía gala de su mar embravecido. La nao se dejó llevar por las corrientes marinas que impulsaban su barco y por los vientos que inflaban los velámenes sembrados de expectativas. Buscaban tierras más cálidas; oteaban otras costas animados por el deseo de instalarse en la calma cercana al ecuador, donde sopla la brisa con amabilidad. Y así, la embarcación se dejó impulsar por los alisios que obedientes se arremansaban al sur, donde crece la caña de azúcar y pululan los ingenios.

A pesar de no contar con una carta náutica demasiado detallada, el rumbo en el astrolabio del navío apuntaba a la isla de La Palma, quimera al noroeste del archipiélago. Sin duda, se dirigían al tercer puerto más importante del imperio, después de Amberes y de Sevilla. Harto conocido era el cruce de rutas en el océano entre el Viejo y el Nuevo Mundo, con el trasiego de galeones cargados con productos que hacían soñar a los mercaderes de toda Europa; tanto da que fueran genoveses, franceses, portugueses o flamencos. No solo despertaban los sueños de los grandes comerciantes, sino que también eran una tentación para la piratería de los mares en las largas travesías plagadas de peligros.

Cabeceaba la proa de la nao, que se hundía peligrosamente en el oscuro oleaje de aquel invierno de 1535. Las esperanzas bajaban y subían al ritmo frenético de las olas flameantes y rabiosas; en el horizonte se avistaba, por fin, la isla inalcanzable envuelta en un sudario de brumas rezagadas al anochecer. Con suerte, y con la ayuda de los vientos, llegarían a la costa con el alba. La emoción por la cercanía, que había palidecido en los últimos días, encendió el ambiente y el trajín en el galeón se agitó emulando las aguas del océano.

LOS VIAJEROS

Entre los viajeros, además del comandante y su dotación de soldados —defensores contra los posibles ataques de piratas, enfermos de codicia— iban pasajeros de toda calaña. Entre ellos se encontraba un tal Van de Walle, de origen noble, apuesto y de porte señorial, perteneciente a la aristocracia de Brujas. Inteligente y combativo, Luis Van de Walle y van Praet era del linaje de los señores de Lembecke y Van de Walle, en Flandes. Siguiendo los pasos de su padre en el ámbito de la milicia, el joven soldado Van de Walle había servido en Europa al rey Carlos I de España y V de Alemania, pasando a la península ibérica con las tropas del emperador para establecerse en Cádiz, donde llegó a ostentar el cargo de regidor de la ciudad. Por aquel entonces, los señores que llevaron a cabo las conquistas para el imperio fueron ennoblecidos por los Austrias reinantes a lo largo del siglo XVI, aunque la familia Van de Walle no disfrutaría de tal distinción hasta finales del siglo XVIII.

Enrolado en la travesía el ilustre viajero aventurero, abatido por el cansancio, se tumbó sobre un amasijo de maromas en la cubierta, junto al palo trinquete, cerca de la toldilla, y se dejó seducir por una ensoñación. Sin más, extrapoló la loca historia de amor de Juana I de Castilla con el flamenco Felipe el Hermoso a su soñada relación con las islas, donde iría a encontrar la riqueza y quién sabe si el amor. Si ya desde el siglo XII, en la Baja Edad Media, Castilla floreció con su comercio de lana merina en tierras de Flandes, desbancando el dominio del comercio lanar de Escocia, también él podía soñar con el negocio del «oro blanco» —ambición realizable en los ingenios de la isla con el cultivo de la caña de azúcar—, que espoleaba su imaginación y nutría sus deseos. Bien sabido era que los españoles habían sembrado el callejero de Brujas con nombres castellanos que bautizaban

palacios y residencias señoriales donde brillaba la elegancia del gótico. También paseaban sus amores por la calle de los Españos o por la plaza de los Vizcaínos. En aquel ambiente cosmopolita, no dudaban en exponer su poderío económico, evidente en la imponente mansión del gótico tardío de don Diego Pérez de Malvenda —llamada también «Casa de España»—, que desde la calle Wollestraat se asomaba a los grandes canales de la ciudad, donde se miraba con placidez narcisista. Con igual familiaridad, y hasta sentido de pertenencia, trasegaban las calles de la Lana y del Azúcar en Amberes, mientras debatían sobre los beneficios de sus negocios planeando alianzas poderosas. Sí, los castellanos pisaban fuerte en aquellos húmedos territorios de Flandes. Asimismo, soñó el viajero, los Van de Walle regarían las islas con la sangre noble del norte, dejando una huella indeleble que afloraría en el linaje de familias que darían nombre a calles, plazas, casonas y palacetes que, a su debido tiempo, llegarían a ser familiares en el callejero de la isla. Y los isleños aprenderían a decir nombres impronunciables, estrenando letras del alfabeto casi ignoradas hasta entonces, memorizando además de los Van de Walle, los Van Dalle, los Van Baumberghen, los Wanguëmert, los Westerling, los Groenemberg, entre otros linajes del norte que se asentaría en tierras del archipiélago.

4

CERCA DE LA COSTA

Un golpe seco de mar contra las cuadernas del galeón lo arrancó de la ensoñación y del cansancio; lo puso alerta, percibiendo la fuerza de las corrientes cercanas a las costas de la isla, que tenían fama de ariscas y escarpadas con fondeaderos profundos donde se ahogaban las estrellas al amanecer. El viaje había sido largo,

sembrado de tormentas y alucinaciones, pero la cercanía al destino hacía llevaderas las miserias de la ruta. La seductora belleza del mascarón de proa, encaramado al tajamar, con mirada desgastada y semblante de agotamiento de amansar la bravura de los mares, cobraba vida: el salitre, que bañaba el rostro y los pechos de aquella bella mujer, preciado talismán de calmas y bonanzas, se endulzaba con la proximidad de la costa.

Cristalizados los ojos de sol y de sal a lo largo de la travesía, Luis Van de Walle apenas acertó a vislumbrar el perfil imponente de la isla en la madrugada de aquel 5 de diciembre de 1535. En la neblina borrosa del amanecer, adivinó aquel dragón de joroba sinuosa y pelaje de aterciopelado verdor echado sobre el mar. Ya cerca de la áspera costa, propulsados por la brisa y las corrientes, se dibujaba sobre una mar en calma lo que parecía ser la circunferencia de un cráter imponente, que un cataclismo prehistórico se empeñó en herir su redondez exacta dejándolo lisiado para siempre. En realidad, la mitad del cráter había desaparecido, se había derrumbado en las profundidades del mar, mostrando su intimidad y creando unas inmensas gradas de teatro naturales, de vertiginosa pendiente, que cada mañana contemplan solitarias y vacías el alba: están orientadas al este. Desde el mar, y a la luz mortecina de aquella noche de luna —ya cerca del amanecer—, su reflejo en el agua dibujaba un cráter completo: por el prodigo de la reflexión se unían las dos mitades, realidad e ilusión separadas hacía una eternidad, recreando su perímetro original. Al fondo, casi al centro de aquella sima, anidaba la ensenada que albergaba el pequeño puerto de la isla al abrigo de los vientos, indispensable para el intercambio comercial entre Flandes —y otros países europeos— y la recién conquistada América, y tan necesario para aprovisionarse de agua y de víveres frescos antes de afrontar la travesía de aquel océano oscuro que separa ambos continentes: era el último puerto antes de la inmensidad.

La Palma, aislada y, sin embargo, cruce de rutas; puerto donde los vientos eran propicios a la recalada de aquellos navíos cargados con valiosas mercancías. Allí dormía el corazón de la ciudad, allí todo el trajín, allí el ir y venir, allí los negocios e intercambios que favorecían la llegada y la partida de las naves extranjeras. Allí, en la joven villa, se engendraban las grandes fortunas que enriquecerían a unos pocos privilegiados en la isla y que convertiría al pequeño puerto en uno de los más importantes de todo el reino de las Españas.

5

ENCUENTROS NECESARIOS

Entre las vivencias de Luis Van de Walle *el Viejo* —apodado así para distinguirlo en su día de su hijo Luis *el Mozo* y por su larga vida— estaba presente la reciente historia epistolar con su hermano Jorge, el primogénito de los Van de Walle y Van Praet. En efecto, Luis se carteaba con su hermano mayor. Este había llegado a las islas en 1527, estableciéndose provisionalmente en Tenerife. Allí se relacionó con familias de conquistadores. El encuentro con Jorge Grimón, apodado *el Borgoñón* —hidalgo de origen flamenco y amigo del conquistador Alonso Fernández de Lugo—, fue oportuno y le proporcionó la ocasión de introducirse en la naciente sociedad lagunera, que ya en 1531 había obtenido el título de Ciudad. De estas relaciones sociales surgió el matrimonio de Jorge Van de Walle con Catalina Torres Grimón, de tal manera que el flamenco, apenas recién llegado, se insertó en una de las familias poderosas de la joven ciudad de La Laguna. En este ambiente de conquistadores, terratenientes e hidalgía se movía el primero de los Van de Walle, quien animó a su hermano Luis —que aún residía en Cádiz— a venir a las islas, jardín prometedor de azúcares y malvasías donde

florecía el bienestar que se originaba en los buenos negocios de caudaloso rendimiento.

Entre conversaciones y comidas en los salones de la familia Grimón —donde aún lucían bien dispuestas en la pared las últimas espingardas salvadas de las guerrillas con los guanches—, la colonia flamenca trataba de los posibles negocios y de sus contactos en el continente. Pensaban establecer prometedoras relaciones comerciales con mercaderes de sólida reputación en latitudes del norte. También hablaban de La Palma, floreciente de azúcares, melazas, orchillas y breas, donde las posibilidades de negocio parecían aún más atractivas. Jorge Van de Walle se entusiasmó y no dudó en marchar con su ilustre esposa Catalina a la isla más septentrional del archipiélago. En 1531 recibió una herencia de sus padres, oportuno legado en el momento de establecerse en la isla. Con estas credenciales, tienta a su hermano Luis, quien no se resiste a aventurarse a venir a La Palma. De alguna manera, con la llegada previa de su hermano mayor, imaginaba el terreno allanado para instalarse en este nuevo destino.

II. Pisando tierra

Las cañas de azúcar, traídas por los árabes desde la India a Chipre y a Sicilia, y después por el Infante Don Enrique de Portugal a la isla de Madera, habían hallado en las Canarias un clima tan benigno y un terreno tan fértil, que en pocos años se hizo este efecto una de las principales mercancías que las acreditaron.

José Viera y Clavijo.

1

LA LLEGADA

Entretenido en estas ensoñaciones, y asombrado por la primicia que le ofrecía el amanecer, el ilustre viajero se distrajo y no advirtió la repentina cercanía del pequeño puerto: un malecón de piedra terminado en pico que, en el último tercio del Quinientos, ampliaría el controvertido arquitecto cremonés Leonardo Torriani. Tras él se dibujaba tenuemente la silueta de lo que parecía una fortaleza, que más tarde le sería familiar: el castillo de San Miguel, vigía de aquel embarcadero demasiado expuesto a los ataques por mar. El recién construido muelle estaba situado en una ensenada de fondos profundos, que le había ganado una buena reputación entre los navegantes, protegido de los vientos del noreste, del sureste y del sur. Sin embargo, siempre estaría en peligro frente al viento calderero —que ponía en riesgo a las embarcaciones— y al furor del oleaje tormentoso que amenazaba la integridad del propio atracadero invierno tras invierno.

Corría el año 35 del siglo xvi cuando aquel flamenco de Brujas arribó a la isla de La Palma, arropado por su honor y buena cuna, con la clara intención de hacer fortuna. En lugar de

«hacer las Américas» con el negocio, «haría las Españas». Ya Van de Walle tenía información sobre la isla y su potencial económico. Su hermano Jorge lo ayudaría a introducirse y a afianzarse en la tierra de acogida. Aquel había visitado la isla en fechas anteriores y es fácil imaginar el intercambio de conocimiento entre hermanos, indagando cómo introducirse en la sociedad y quiénes eran las familias destacadas; en pocas palabras: cómo se accedía al poder, un poder afianzado y bien entrelazado por alianzas donde no intervenía el azar sino más bien un cálculo bien ponderado.

2

ESCUDRIÑANDO EL PAISAJE

El pisar suelo isleño y encontrarse con un pueblo nuevo, que se despertaba con el batir de las olas contra las costas escarpadas desde la bajamar hasta la pleamar, lo catapultó a su primera juventud en Brujas y a sus esporádicas escapadas a Amberes. Allí se ensanchaba el horizonte hacia el oeste y hacia el sur, donde acechaban las tentaciones de todo caballero deseoso de aventuras con ansias de navegar hacia los mares meridionales, enfrentándose a las tormentas del «mar del Poniente».

En la isla, las olas rompían contra los riscos que, en la bajamar, dejaban al descubierto a los discretos huéspedes marinos que se mimetizaban con las rocas y huían tras la retirada del agua buscando donde esconderse: los cangrejos eran expertos en desaparecer. En esa estela de sal se concentraba un intenso olor a mar, que bautizaba cada mañana las costas sembradas de guijarros resbaladizos; el paisaje costero se poblaba de perfumadas algas de un verde intenso y a veces casi transparente: la lechuga de mar vestía de gala las orillas de la isla. El movimiento de las olas, que

bañaban las piedras y los pocos resquicios de arena negra a la vista, tenía un efecto hipnótico en aquel treintañero del norte que tiempo atrás soñaba con el sur.

Ya no era su imaginación la que construía castillos en el aire, sino su memoria que recordaba hazañas que ardían aún frescas en el recuerdo de sus andanzas por Europa: Flandes, Francia, Italia y por fin España —la soleada Andalucía y la cercana Extremadura—, tierras de césares, califas y retiro del emperador Carlos I de España y v de Alemania, a quien sirvió en tiempos de contienda con recesos cuando amainaba el fragor en los campos de batalla. Luis gozaba de plenitud y su valor y gallardía —en tiempos casi recientes— le daban gran seguridad y energía para impulsar los vientos de una sana ambición. Se estaba enfrentando a un gran cambio en su vida, lejos del país que lo vio nacer.

3

ACLIMATÁNDOSE

Alrededor de dos años tardó Luis Van de Walle en ubicarse en la isla. Buscó unas coordenadas que aseguraran el éxito de la ruta elegida en tierra firme. Había que codearse con los bien situados, los poderosos, los que ostentaban cargos, para encaminarse por la senda del triunfo. Fue el tiempo necesario para fomentar los vínculos en aquel microcosmos de la isla, donde todos sabían quién era quién, donde cualquier encuentro social podía ser un acontecimiento en el que se cuidaba esmeradamente el alimentar las relaciones, que tanto daba que su fruto fuera un buen negocio como una alianza entre familias. Así, los encuentros con ocasión de celebraciones o festejos podrían ser el germen de un nuevo horizonte.

Luis, conocedor de las costumbres de aquellos forasteros asentados en tierras del archipiélago, no rehusó ninguna oportunidad de darse a conocer en la «alta sociedad» de la villa, ya que aquellos encuentros eran el caldo de cultivo necesario para prosperar socialmente y proyectar su identidad de noble brujense, junto a otros extranjeros situados en la isla que ya se relacionaban con la nobleza española llegada en tiempos de la conquista. En una de esas veladas Luis Van de Walle conocería a la que sería su esposa, ya que en esos círculos se movía la juventud de alta alcurnia que estaba en edad de merecer. Allí surgían las mocedades; unas eran concertadas por las calculadoras familias, y otras, fruto de la feliz atracción urdida por el azar. Ese era, entre otros, el fin de aquellos encuentros lúdicos en apariencia: hacer negocios y concertar matrimonios, pergeñar alianzas que afianzaban la prosperidad de las empresas comerciales, a la vez que se multiplicaban y acumulaban —por arte de los casamientos— las propiedades de aquellos próceres embarcados en aventuras más allá del océano.

Y Luis Van de Walle, en el cenit de su juventud, se introdujo en la recién creada sociedad isleña con cicatrices aún frescas de la conquista; una sociedad que otorgaba mejores prerrogativas y oportunidades a los que se asentaban en la isla por medio de la vecindad. El arraigo de los forasteros era importante y daba una cierta garantía de estabilidad a la villa de San Miguel de La Palma: se empezaba a urdir el tejido de una nueva comunidad y la extranjería no fue un impedimento en esa lenta labor de hilar una buena trama. El archipiélago era tierra de frontera donde se hacía posible la mezcla y la integración. El estar abierto a lo nuevo, a lo de fuera, propiciaba un espíritu de cooperación donde se gestaban nuevas iniciativas que ponían rumbo al florecimiento de la isla. Por otra parte, la lejanía de los centros de poder y su estricta vigilancia daba una cierta libertad a los mercaderes, quienes se beneficiaban de una mayor flexibilidad y facilidad para los negocios.

TRES HERMANOS VAN DE WALLE EN LA ISLA

Venido del continente, a Luis la isla le parecía pequeña. Siendo extranjero, y a pesar de su interés por integrarse, al llegar al archipiélago se sintió casi tan aislado como un islote. Mas, a pesar de la lejanía, gozaba ya del recurso de una exigua familia mermada por la emigración: los ricos también emigran. Luis contaba entre sus siete hermanos con dos tan aventureros como él mismo: el ya mencionado hermano mayor Jorge y su hermana Anne Van de Walle, que coincidieron con él en la isla a lo largo de diversas temporadas. Hermanos que, a través de sus matrimonios mezclando sangre isleña con flamenca, habían forjado sus propios contactos y relaciones, contribuyendo con su pequeña prole a crear un ambiente hogareño: las sobrinas habidas de los matrimonios de sus hermanos hacían entrañables los encuentros familiares, un eco desvaído de la gran familia dejada atrás en Brujas. Allí, se organizaban comidas donde coincidían flamencos y españoles e, indudablemente, los temas de conversación giraban en torno a quién era quién en la sociedad de la villa, cuáles eran sus negocios, a la par que se interesaban por la identidad de los recién llegados.

Van de Walle no podía prescindir de su interés socioeconómico, necesitaba información, quería acortar distancias, tomar contacto con los comerciantes, entre los que se encontraba la importante colonia portuguesa además de la formada por los mercaderes flamencos. Traía una idea fija: los ingenios azucareros, el negocio del «oro blanco». Fue atando cabos y comprobó cómo las estrategias para darse a conocer e insertarse en la sociedad local eran muy similares a las existentes en otros lugares: hacer tratos con la clase pudiente, estar cerca de los poderes políticos y religiosos, formar alianzas a través de enlaces matrimoniales con linajes prestigiosos y, algo muy personal que le daba un aura peculiar,

su inclinación por la filantropía, que tanto podría nacer del corazón como de un interés personal. Mientras la familia conversaba, sus sobrinas María y Ana —hijas de Jan Jaques y de su hermana Anne Van de Walle— rondaban por los alrededores curioseando, sin entender la conversación de los mayores. El tío Luis, de vez en cuando, se dejaba ganar por el encanto de las niñas y su curiosidad infantil, que parecía que solo sabían preguntar cuando aún tenían que aprender a escuchar. La voz susurrante del tío —con aquel acento del norte suavizado por la dulzura andaluza de sus tiempos en Cádiz—, con sus historias aventureras, las calmaba como un sedante; era como un hechizo que las ataba al asiento y no las dejaba moverse hasta no terminar de escuchar aquellos relatos fascinantes seguidos de todos los porqués imaginables de las niñas. Ahí el bruñense aprendió a relacionarse con los pequeños, a captar su inocencia, a atrapar su atención que tan bien conseguía con sus incipientes socios de negocios.

5

RELACIONES SOCIALES

La establecida clase conquistadora se iba afianzando, a la par que la relación con los poderosos extranjeros se iba incrementando. Sus intereses se entrelazan y en los encuentros sociales fluían conversaciones de todo tipo, encuentros donde se estrechaban las amistades. Se hablaba de negocios, al igual que era también la ocasión para esgrimir un cierto exhibicionismo de poder donde se comentaban las últimas adquisiciones de arte flamenco: pinturas, muebles, porcelanas, ornamentos, imágenes, ricos textiles... Todo un despliegue de capacidad adquisitiva que ponía de manifiesto su amor e interés por la estética europea. Había incluso una cierta competitividad entre los más destacados: quién importaba más

obras de arte, qué alianzas se pergeñaban, qué matrimonios se concertaban...

La música era un arte que se echaba en falta; había que remediar aquella carencia. En la isla faltaban músicos e instrumentos, que decidieron traer de Flandes y de Sevilla. El laúd sonaba en los salones de Europa, pero la vihuela era más española; un instrumento aristocrático en las familias distinguidas con el que se acompañaban canciones cortesanas de temas amorosos, caballerescos o satíricos, según fuera la ocasión. Romances y madrigales cruzaban el aire de aquellos salones donde se reproducía la vida del continente: era un entretenimiento propio del ocio cortesano. Allí empezó a sonar la célebre composición de Josquin des Prèz *Mille Regretz* (*Mil pesares por abandonaros...*), aquella balada de despedida acompañada por el laúd, tan amada por el emperador Carlos v, al igual que la bella y dulce canción del compositor español Antonio de Cabezón *La dama le demanda*, tan escuchada en los salones de la capital del reino.

6

FAMILIAS FLAMENCAS DE ABOLENGO

Pronto se dibujaron dos familias sobresalientes venidas de Flandes, los Groenemberg y los Van de Walle, entre otras colonias de portugueses, florentinos y de otras nacionalidades. Eran familias que traían un bagaje europeo, que cooperaban en el crecimiento y auge de la isla, a la que aportaban la experiencia y el buen hacer de sus respectivos linajes. Y Luis Van de Walle se introdujo en la sociedad palmera por la senda más dulce: por los resquicios del negocio azucarero y por los avatares del amor que encandila y abre puertas.

Los encuentros festivos entre la clase alta fueron la ocasión —como ya él había advertido— no solo para los consabidos negocios sino también para volver a ver a aquella joven perteneciente a una familia recia y regia, que lo había dejado prendado una tarde lluviosa del mes de marzo. Se enamoró de la hija de uno de los conquistadores, pasadizo seguro para acceder a cargos relevantes —militares y políticos—, pasaporte indudable para alcanzar el éxito. María de Cervellón y Bellid era una joven hermosa y su cuerpo tembló como una hoja batida por la brisa bajo la mirada azul belesa —color del mar en las calmas de septiembre— de aquel brujense aventurero y seguro de sí mismo; mas el forastero fue víctima del hechizo de la joven, cautivado por su mirada entre inocente y con un atisbo de sensualidad de la que ella no era consciente. Por fin había arribado a puerto seguro, y dejó que el amor hiciera el resto. No solo tuvo visión para los negocios, sino que también acertó a poner sus ojos en la belleza núbil que coronaba el poder. Sus sueños, en su periplo rumbo al sur, con el comercio floreciente de la isla se hicieron realidad: el comercio del azúcar que endulzaría su vida a la sombra de la amada.

7

UN NOBLE MERCADER AFORTUNADO

La prosperidad germinó en la vida de este extranjero que no más llegar a tierra pisó la isla con el pie derecho. Como buen flamenco, oriundo del principal núcleo mercantil y bancario de Europa, alojaba en su alma de mercader al comerciante, al banquero, al terrateniente y al prestamista experto en el comercio y en las exportaciones. Sus dotes de buen negociante y banquero le permitirían amasar una gran fortuna a lo largo de los años. Su futuro matrimonio favorecería las relaciones con las grandes familias de

la ciudad, fortalecería las alianzas por medio de enlaces familiares y, poco a poco, iría adquiriendo cotas de poder no solo social, sino también económico y político. Parece que nunca perdía el norte marcado por su ambición empresarial: imposible renegar de su origen y, como el personaje carismático que era, supo utilizar las estrategias oportunas para prosperar y consolidar su posición privilegiada en la isla.

III. Los esponsales

*Que es amor dulce materia para no
sentir las horas que por los amantes vuelan.*
Lope de Vega.

1

LUIS *EL VIEJO*, ENAMORADO

Haber puesto los ojos en la hija y nieta de los conquistadores de la isla —los respetados Miguel Martí y Vicente Cervellón, recios valencianos aventureros— suponía un revuelo en la naciente sociedad palmense. La mocedad llevaba unos meses hablando, siempre en presencia de una mirada centinela que, atenta y sigilosa, escuchaba el corazón de los enamorados latiendo al unísono con deseos de volar más alto, mas siempre estrellándose contra las limitaciones del recato.

Luis *el Viejo* sentía que no había que demorarse en planes sino llevarlos a cabo. Con esa certeza que dan los años y su experiencia cosmopolita, se concertó la boda para una fecha precisa a finales del otoño de 1537. La familia de la novia aceptaba al augusto pretendiente: por una vez amor e intereses se ponían de acuerdo. Podría haber sido un convenio donde se sopesaran las utilidades frente a las banalidades, como se hacía en los acuerdos de compromisos nupciales entre las casas reales, en los que el amor no era un trofeo a ganar; de hecho, el amor deseado solía ser el extramarital, ya que la institución del matrimonio estaba basada en un contrato demasiado serio —en el que lo importante era el patrimonio y no la atracción— para perderse por los vericuetos del sentimentalismo. Pero el viajero del norte traía aires frescos de las urbes europeas del reino de las Españas que lo hacían irresistible a

la joven casadera de alto linaje, además de un bagaje de contiendas y una sólida lealtad al emperador: no había ni un solo pero que ponerle. Era un hecho comprobado que la mejor manera de introducirse en las altas esferas era a través de alianzas matrimoniales que para Luis y María, aparte de un compromiso entre familias de abolengo, resultó ser una auténtica historia de amor.

2

LOS PREPARATIVOS

Se dispuso que la ceremonia constaría de dos partes: primero se llevarían a cabo los desposorios, acto solemne celebrado antes de los espousales en el que el padre de la novia y el novio concertarían el matrimonio, la dote y la entrega de arras. En una segunda parte se celebraría la boda propiamente dicha, que consistiría en la entrega de la novia al contrayente por parte del padre, tras la proclamación de las amonestaciones y la misa de las velaciones. De no surgir ningún impedimento, se entregarían las donaciones mutuas en presencia de varios testigos del novio y de la novia. Antes del Concilio de Trento no era obligada la presencia del sacerdote para celebrar el sacramento, pero la nobleza y la alta burguesía requerían la presencia de la autoridad eclesial, lo que confería al rito mayor boato y fervor. Y así, concertaron la ceremonia con el beneficiado de la parroquia del Salvador asistido por sus dos clérigos ayudantes: el esplendor de la celebración estaba garantizado.

Se hacían planes, se preparaban vestuarios, se disponían las provisiones para el evento, se organizaban festejos, se formalizaban las bases de la unión con los eclesiásticos y notarios de la corte, se planificaba el banquete, los enrames, palios y reposteros,

y se hacían listas de los posibles invitados entre quienes estarían presentes las familias de más abolengo de la villa.

Las vecinas espiaban el ir y venir de los sirvientes, el traqueteo de los carros por aquellas cuestas serpenteantes y empinadas en las que brillaban las guijas de la playa con el peso del sol del mediodía; carros llenos de enseres y viandas para la preparación del banquete nupcial. La puerta principal de la casona paterna se engalanaba con arcos de flores, guirnaldas de laurel, brezos y pino verde. Estos arreglos florales adelantaban y hacían presentir la fragancia de la felicidad. En el interior de la casa familiar circulaba la prisa por los corredores, y la servidumbre se afanaba en los quehaceres propios de una celebración tan señalada.

3

VESTIMENTA DE LOS NOVIOS

María fue una de las primeras novias de renombre en la sociedad capitalina, y los notables del lugar, especialmente las mujeres, pusieron a trabajar su imaginación intentando adivinar cómo serían los lujosos vestidos que lucirían las altas damas el día de la ceremonia, y en particular el de la novia. Ya se comentaba que el novio se había encargado de la provisión de ricos paños, sedas y brocados para el ajuar de su prometida, además de lazos, tules, encajes y volantes, todo traído de Brujas, para engalanar y resaltar más aún la belleza núbil de la futura esposa.

Ya los novios, en la lejana Europa, vestían con una cierta austeridad que no estaba reñida con la riqueza y sí emparentada con la elegancia y el buen gusto. El negro se fue imponiendo desde los tiempos de la corte de los Habsburgo: era la materialización del

lujo absoluto, al igual que destacaría en la corte del rey Felipe II como símbolo de elegancia suprema, siendo imitado por otros países del continente que tenían a gala «vestir a la española». El color negro era difícil de obtener y por tanto un signo de poder económico. Con la conquista de América, los españoles descubrieron en el Nuevo Continente el llamado «palo de Campeche», con el que se conseguía un negro intenso de «ala de cuervo», profundo como el azabache. Esta nueva tintura, junto con el rojo bermellón, conseguido con la orchilla y la cochinilla obtenidas en las Islas Afortunadas, se impuso en la moda del imperio, lo que supuso importantes ingresos para la Corona derivados del comercio de aquellos preciados productos. Dicen que el Rey Austerio, en su día, dejó el color negro para uso exclusivo de la Corte y cedió el rojo para uso de la Iglesia, dejando lucir los colores púrpura y carmesí a las altas dignidades: obispos y cardenales se engalanaban como príncipes de una Iglesia que prosperaba y aumentaba su poder en el auge renacentista.

Si el novio iba a desplegar una elegancia propia de las cortes europeas, justo era que la novia luciera paños, sedas, brocados y terciopelos que confirieran a la ceremonia un alto rango de distinción. Ciertamente, por influencia de Europa, reyes y nobles trataban de convertir sus vestimentas en escaparate de su poder: la riqueza de los brocados y el brillo de la seda dejaban fuera de duda la pujanza económica de los afortunados, marcando una evidente diferencia con el pueblo llano. Entre la nobleza, el color del vestido de la novia solía ser rojo, como símbolo de fecundidad, o verde como signo de juventud. Prendidas en el aristocrático brocado —orlado de terciopelo—, destacarían las preciosas joyas renacentistas con su misterioso brillo sobre los delicados bordados con hilos de oro, plata, perlas, aljófares y demás piedras semipreciosas, que convertían el atuendo en una pieza admirada y deseada. Y sí, indudablemente, el rico atuendo de la novia vendría a ser el

escaparate del poderío del esposo al igual que delataría la posición destacada de su familia.

Y ¿cómo serían los chapines de María? Caminar por las tortuosas calles de la villa subida a aquellas plataformas que imponía la moda de aquel siglo era casi arriesgado, pues la elevación no daba seguridad al paso. Decían que en Inglaterra a las novias les estaba prohibido llevar chapines de altas plataformas ya que, al fin y al cabo, venía a ser un engaño, aparentando una estatura que sin duda enaltecía la apariencia y elegancia de la joven, engaño que la alta y regia sociedad de aquel incipiente imperio no estaba dispuesta a tolerar.

María era menuda y de hechura cercana a la perfección; su calzado iba a estar a la altura. Ella pidió a los artesanos de la casa que no usaran plataformas de madera sino las más ligeras de corcho sobre las que pareciera que volara. Contaban las costureras que los chapines iban forrados del mismo terciopelo y brocado de su preciosa saya con diminutos bordados de aljófares y cristal, y con nervaduras de plata bordeando las plataformas. Las cintas que se enredaban a sus bien esculpidos tobillos eran de seda negra que, aunque ocultas por el largo de la falda, darían a sus piernas un atractivo irresistible. Mostrar el calzado bordeaba los códigos de la decencia: no estaba bien visto enseñar, aunque en cualquier descuido se asomara, tímida, la belleza a los bordes de la saya. Dicen que en la corte del reino de España los chapines de la novia eran de uso obligado, resaltando la elegancia de las damas y sus andares femeninos; venían a ser la altura de un prestigio. Del vestido de la novia nada se sabía, era un secreto intuido por muchos pero que nadie se atrevía a revelar. Y ¿quiénes serían las damas del séquito? Por protocolo vestirían con un lujo similar al de la novia, aunque nunca superarían el esplendor de su señora. Eran un complemento que acompañaba y adornaba el cortejo nupcial.

AMONESTACIONES Y REGALOS

Y por fin llegó el día de las amonestaciones. Desde la puerta de la iglesia matriz del Salvador, adornada con retablos traídos de Flandes, el domingo anterior al día de los esponsales, y después de la misa mayor, se voceaba el inminente enlace frente a los congregados. Con voz clara y rotunda se pregonaban los nombres de los contrayentes, su estado civil y su linaje, a la vez que se hacía una inquietante pregunta al aire: si alguien conocía o sabía de algún impedimento que entorpeciera la noble ceremonia, que lo manifestara en aquel momento o callase para siempre. Y replicaba el eco disfrazado de silencio como única respuesta. Los fieles se congregaban junto a la puerta principal de la iglesia y se desparramaban por la empinada escalera, mientras que otros se arremolinaban junto a la recién construida fuente, lustrosa y alta en el centro de la plaza, testigo de todos los eventos festivos de la villa. Nadie osó objetar con ningún tipo de impedimento, aunque el extranjero de Brujas no tenía más credenciales que su palabra de honor y el apoyo de sus recientes y nobles amistades en la isla para aspirar a ser el esposo de la hija y nieta de los conquistadores Miguel Martí y Vicente Cervellón.

En la víspera del día señalado se engalanaba la iglesia con las mejores galas: ricas alfombras, lujosos reposteros, jarrones de plata esperando la fragancia de las flores, veleros, candeleros y lampadarios que darían vida a la oscuridad; a través del lucernario, la luz cenital acampaba en el centro de la iglesia. En el coro, el órgano esperaba en la sombra a ser pulsado con maestría. Construido en Sevilla por un organero flamenco, estaría acompañado por la flauta de pico y la vihuela, que arroparían la polifonía vocal. Se decidió, en contra de la costumbre al uso, que la ceremonia tuviera lugar a media mañana de aquel miércoles gozoso, en lugar de en

la penumbra del amanecer, como apuntaba la tradición: una modernidad donde se revelaba la influencia de Flandes.

En la memoria de los más viejos reverdecía el recuerdo de los esponsales de la heredera al trono de los Reyes Católicos, Juana I de Castilla, con el heredero de los Habsburgo, Felipe *el Hermoso*, cuando el siglo xv apuraba su último lustro, un feliz a la vez que aciago 21 de octubre de 1496. Eran recuerdos engrandecidos por la distancia y desdibujados por el paso de tantos inviernos. Nadie de los presentes podía recordarlo con exactitud, ya que aquella loca historia de amor se había tornado leyenda, pero sí circulaban historias del boato, el lujo y la grandiosidad de la ceremonia y del ambiente festivo y desinhibido de la corte flamenca. Europa y la corte española eran un referente digno de ser imitado en las tierras colonizadas. En una isla remota del abisal Atlántico, donde florecían los volcanes como cactus gigantes de fuego, se reflejaría esta magnificencia en una ceremonia que haría historia en los anales de la que pronto sería Muy Noble y Leal Ciudad.

A medida que se acercaba la fecha, fueron llegando los regalos destinados a los novios: varias joyas, entre las que había una ajorca de oro; un joyel de piedra verde engastado en oro con esmaltes y rubíes, rematado por una perla barroca que se derretía en forma de lágrima; una concha de peregrino —tradición española popular en Flandes, donde el apóstol Santiago era venerado—; un retablo con perlas con la figura de Nuestra Señora; un crucifijo con la Virgen y san Juan; fuentes, salseras y escudillas de estaño para el servicio de la mesa; varios trincheros; una valiosa pareja de saleros de plata antigua. También recibieron varias piezas de cerámica traídas de Flandes, que fueron el inicio de su colección de loza azul de Delft (*Delfts Blauw*), tan querida por María y que su esposo aumentaría a lo largo del tiempo aprovechando el tornaviaje de sus barcos. También fueron obsequiados con sedas, brocados y paños de lana fina;

muebles para vestir el hogar de los novios: un arcón de tres cerraduras, un escritorio con cajones de viñátilgo y cajas de cedro oloroso donde guardar el ajuar. También recibieron una pareja de sillones fraileros con asientos de cuero repujado y varias sillas de nogal de estilo mudéjar con intrincados taraceados de motivos vegetales. No faltaron dos hermosas alacenas que se alzaban casi al techo, que alojarían vajillas y porcelanas además de otros enseres: Luis Van de Walle se había traído de Brujas muchos libros y legajos que había que guardar con esmero (entre ellos un manual de filosofía escolástica, varios libros de Virgilio en latín, los *Ensayos* del humanista Erasmo de Rotterdam y su *Elogio de la locura*, un *Poemario* de Anna Bijns —quien expresó fuertes críticas a las enseñanzas de Martín Lutero—, la *Utopía* de su admirado Tomás Moro, además del *Vita Christi*, de la religiosa y poeta Isabel de Villena —tan amado por María—, entre otros). En un lugar especial colgarían un gran cuadro con su árbol genealógico, que se remonta al siglo XII, ilustrado con el escudo de armas de la familia acreditando su linaje.

Un regalo muy especial fue una valiosa escultura policromada salida de los talleres de Malinas representando a la Virgen con el niño, al igual que un inapreciable tríptico —de los talleres brabanzones— con el Calvario de Cristo, que, sin duda, alimentaría la piedad familiar en el que en su día sería el oratorio del hogar. Además, les obsequiaron con un tapiz bordado en Bruselas con escenas urbanas de Flandes y otro muy especial con motivos de El Bosco. Después de que el artero y taimado Felipe el Hermoso le encargara en 1504 un tríptico del Juicio Final, este pintor del ducado de Brabante se hizo conocido y famoso en las altas esferas de las cortes europeas. Coleccionar un fruto de su extensa obra era un deseo y una vanagloria, a pesar de ser considerado por algunos como herético y loco por su desbordante imaginación rayana en la demencia: sus personajes tanto se pasean por un Infierno llagado de castigos desquiciantes y perversos como se adentran en

los placeres inefables del Paraíso, rodeados de una fauna y flora exuberantes, casi oníricas.

Sin embargo, el regalo más apreciado sería el anillo de desposada que Luis entregaría a la novia. A lo largo de su vida, María de Cervellón aprendería que lo fácil había sido que el esposo enamorado pusiera el anillo de casada en su anular y lo difícil sería mantenerlo en su lugar, sellando un amor vivo y duradero, en tiempos recios y venturosos, como reza el ritual de la ceremonia: «hasta que la muerte los separe». Así custodiaría María aquella preciosa prenda que le entregó el esposo en día tan señalado. Tallado sobre lapislázuli, el escudo de armas en miniatura de los Van de Walle y Van Praet se desgastaría en su anular por el paso de los días y por el roce de sus dedos, que acariciarían el dulce peso liviano de un compromiso.

Entonces, la dote matrimonial era importante y la cuantía se tenía muy en cuenta, siendo algo a considerar por la familia de ambas partes. María aportó unas cuatrocientas doblas más un pedazo de tierra en la Lomada Grande que, en su día, heredaría su sobrina —ella, tan generosa y amante de los suyos— y del que por deseo de su tía se beneficiaría a perpetuidad. A su vez, su futuro esposo aportaría unas setecientas doblas que sumadas a las de la novia ofrecían una cierta garantía de futuro bienestar y que fueron el germen de una fortuna que, llegado el momento, heredarían los hijos habidos en el matrimonio y los hijos de los hijos, hasta varias generaciones.

5

LOS ESPONSALES

Y llegó el día de la ceremonia, el 8 de diciembre de 1537. El día amaneció frío y gris y todos deseaban que levantara el sol. El cortejo llegó a las puertas del oeste de la iglesia matriz del Salva-

dor y descendió por la escalera orientada más al sur hasta llegar a la amplia plataforma que da acceso a la puerta principal del templo. Y de nuevo se repitió el rito de las amonestaciones: se proclamaron los nombres y se lanzó otra vez al aire la inquietante pregunta sobre posibles impedimentos, y nuevamente replicó el eco disfrazado de silencio. Nadie verbalizó las temidas objeciones —al fin y al cabo, Luis Van de Walle era un extranjero— y un suspiro de alivio recorrió el ambiente que se iba caldeando. Allí se entregaron las donaciones mutuas en presencia de nobles testigos que rodeaban a la pareja de contrayentes. La novia se dio la vuelta y se disponía a hacer su entrada en el templo apoyada en el firme brazo de su padre el conquistador. Tan ofuscada estaba la gente —arremolinada en la plaza y dispersa por las escaleras, pendiente del veredicto de las amonestaciones— que apenas repararon en el vestido de María, oculto ahora por sus damas y por el séquito nupcial.

Ya sonaban solemnes los acordes del órgano acompañando el paso ceremonioso del cortejo que avanzaba por la única nave de la iglesia. Con paso lento, la novia intentaba no titubear sobre sus lujosos chapines; ponía los ojos en la arquería del crucero, elevada sobre los robustos soportes toscanos, mientras fijaba su mirada en el artesonado mudéjar policromado hasta su llegada al presbiterio: elevar el rostro era una manera de contener las lágrimas para evitar que se le humedecieran las mejillas. Un rayo de luz se colaba, tímido, por el óculo hastial reflejando la lustrosa cerámica verde de la pila bautismal, casi oculta en la penumbra del baptisterio. La música dejó de sonar y el coro entonó a capela un canon de la escuela de Borgoña donde se explató la polifonía. Una columna de luz, filtrada a través del lucernario, se posó frente a los contrayentes, que parecían flotar en un mar de pequeñas luciérnagas que iluminaban el rostro de la novia embellecido por el rubor.

Frente al presbiterio, los contrayentes hacían el juramento de fidelidad mutua al tiempo que llegaba el momento de la entrega del anillo, que el esposo colocaba en el anular de María. Las arras ya habían sido entregadas en la puerta de la iglesia y solo quedaba seguir la antigua tradición romana de besar a la novia: el *osculum* tenía un valor jurídico que reforzaba el derecho de la esposa a las donaciones. Los contrayentes juntaban sus manos que, sudorosas y frías, delataban los nervios contenidos a lo largo de la ceremonia; era un símbolo de unión desde el tiempo de los etruscos con el que se sellaba el compromiso. Y llegaba el momento de la misa de las velaciones. Ya se mencionaba este rito en la liturgia mozárabe: los contrayentes eran cubiertos por un velo de tela blanca —que podía ser un paño de altar— tapando la cabeza de la novia y deslizándose por los hombros del desposado. Se «velaba» solamente la faz de la novia para no ser vista por otros varones y reservarse para el esposo. Esta ceremonia simbolizaba la protección de Dios sobre la vida en común de la pareja.

Con el cumplimiento de estos rituales se daba por terminada la ceremonia. Los nuevos desposados se dieron la vuelta y se dispusieron a descender los escalones que separan la zona del presbiterio del resto de la nave. Fue un momento de esplendor. Allí se reveló completamente la riqueza del vestido de María de Cervellón, que ya pertenecía de pleno derecho a la estirpe de los Van de Walle. Las miradas de los asistentes registraban sin recato cada detalle del atuendo de María: el vestido estaba gobernado por el pudor. Ella, en su inocencia, encarnaba un ideal; su cara era espejo de su alma e imagen de la pureza: María fue virgen al matrimonio. Ella personificaba un canon impuesto por la mirada masculina: era la estética del decoro, de la honra, la imagen de la modestia, el crisol de la virtud.

El vestido, de un rico brocado granate profundo, borraba en su rigidez las formas ondulantes del cuerpo femenino, que, se-

gún la moral de entonces, era responsable de la luxuria masculina (*Hombres necios que acusáis / a las mujeres sin razón / sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que culpáis*, diría un siglo más tarde, y con mucho acierto, sor Juana Inés de la Cruz). La mujer no solo tenía que ser casta sino parecerlo, y la honra descansaba en pequeños detalles que había que cuidar, como el largo de la falda, cubrir la belleza nacarada del escote, rectificar la suavidad y el atractivo de las formas femeninas: cubrir la sensualidad con la rigidez de un vestido que ocultaba la belleza del cuerpo de la novia; era como encerrar la fragancia de la juventud en un estuche. El verdugo, sobre el que se posaba la saya, desprendía la ropa del cuerpo, creando una apariencia rígida que ahogaba cualquier atisbo de deseo. Bajo la saya, María vestía un faldellín a modo de enagua ricamente bordada; se puso de moda enseñar los bajos al subir al carro, lo que daba lugar a la exhibición de la riqueza, aunque siempre midiendo el margen del decoro. El corpiño, rígido como la saya, estaba ricamente bordado con cuentas, hilos de plata y oro, rematado por aljófares; por debajo asomaba el jubón interior que cubría el escote, sobre el que reposaba una gorguera de fina muselina blanca ribeteada por encaje de Brujas, lugar que, junto con Venecia, era la cuna del encaje. Sobre la rica saya resaltaban las largas mangas en punta que daban al atuendo un aspecto regio. María lucía, sobre el severo corpiño que aplastaba su pecho, un valioso joyel familiar del que pendía una esmeralda de cabujón orlada por rubíes a juego con un pinjante de esmeraldas del que colgaba una gran perla barroca en forma de lágrima, regalo de su familia materna. No llevaba pendientes; la altura de la gorguera, que estilizaba su figura, no dejaba lugar a tal adorno. María era de tez blanca y pelo trigueño: lo llevaba suelto como signo de su virginidad y adornaba las sienes con una guirnalda de flores frescas del jardín de su abuela Margarita; de ella colgaban cintas de seda e hilos de plata y oro con diminutas perlas, que asemejaban el rostro de María al de un ángel de Durero.

La novia, transmutada en esposa por virtud del ritual, avanzaba lentamente por la nave del Salvador subida a sus ricos chapines con paso menudo, apoyada en el brazo de su esposo. A Luis Van de Walle le brillaba la mirada, le burbujeaba la sangre y le cantaba el corazón, mientras sentía apoyado en su brazo el dulce peso del futuro. De nuevo sonaban los armónicos arpegios del órgano, esta vez acompañados por la flauta de pico y la vihuela. El coro entonaba un motete del maestro Josquin des Prèz en el que ya asomaba su gusto por el contrapunto y se lucía su destreza polifónica.

Fuera esperaban los invitados; la lista era larga a la vez que selecta. No podían faltar las poderosas familias de los descendientes de los conquistadores: los Fernández de Lugo, los Cervellón, los Santa Cruz, los Miranda, los Alcocer, los García Gorbarán, los Almanza, los González de Abreu, los Socarrás, los Montserrat, los Cabeza de Vaca, los Valdés... Y por supuesto la colonia flamenca: su hermano Jorge con su esposa Catalina, que se encontraban en la isla a la sazón, los Groenemberg, los Van-Dalle, los Wangüemert, los Westerling, los Van-Baumberghen y demás compromisos de ambas familias.

6

LA CELEBRACIÓN

Las fiestas renacentistas de la aristocracia y de la burguesía eran una exhibición de poder, la cornucopia de la abundancia: flores, frutas, exquisitos manjares, vinos y música. Guirnaldas prendidas sobre los ricos brocados de los manteles engalanando las mesas, candelabros y velones que hacían de la celebración un despliegue de la riqueza y un verdadero festín. Los músicos, con flautas y

vihuelas acompañando la espineta, daban a la celebración un aire gozoso. La alegría del vino arrancó a los invitados a bailar. Sonaron majestuosas pavanas y gallardas, junto con otros sones más populares como zarabandas y chaconas que, a pesar del tono algo subido de sus letras, se suavizaron por la galanura de los danzantes.

Atardecía; los invitados estaban cansados y los novios se retiraron a sus respectivos aposentos destinados a la espera impuesta por la costumbre del decoro, que custodiaba la honra de la novia. Se reunirían pasados los días en un momento adecuado, en un momento que no hiriera la decencia, casi siempre protegidos por la oscuridad de la noche o la penumbra del amanecer. Tardarían una semana en reencontrarse y consumar el matrimonio. Dicen que María, al entrar en la cámara nupcial, se descalzó de sus chapines, conocedora de la tradición bruja cuya creencia de pisar el suelo con los pies descalzos garantizaba su fertilidad. Allí le entregó el esposo un regalo que era tradicional hacerle a la esposa: un rosario de cuentas de cristal —claras como lágrimas— sugiriendo las virtudes de la novia y su obligación de ser devota. Junto a las ventanas colgaba un espejo convexo que, según la tradición, espantaba y ahuyentaba a las brujas de la mala suerte evitando conjuros y maleficios, a la vez que conseguía efectos lumínicos en la estancia. Fuera los esperaba la vida con sus proyectos y vicisitudes; ellos, emocionados, estaban haciendo presente el futuro.

IV. En las coordenadas del éxito

La evolución social de La Palma de entonces había determinado que algunas familias de esta época se hallaran en lo más alto de su poderío, en razón de sus saneadas posiciones económicas y de ocupar los contados cargos de privilegios; de ahí que todas llegaran a formar un conjunto homogéneo sostenido por lazos familiares e intereses comunes.
Jaime Pérez García.

1 CONSTRUYENDO EL FUTURO

A Luis Van de Walle le iba bien; su matrimonio lo había colocado en las coordenadas de la prosperidad. Se estaba fraguando la naciente sociedad isleña creada tras la conquista y él se sintió inmerso en una amalgama de identidades que fomentaba las relaciones. Casi todos eran forasteros: portugueses, españoles —andaluces, catalanes, gallegos, castellanos—, franceses, florentinos, genoveses, además de sus paisanos flamencos. Todos ellos emigrantes por motivos similares: hacer fortuna en un archipiélago recién conquistado donde el reparto de tierras y de privilegios facilitaba el ascenso y el acceso al poder.

La población aborigen había quedado muy diezmada por las guerrillas, por la captura de los «alzados» en rebeldía (cuántos apuros pasaron los conquistadores en la que fue conocida como villa del Apurón) que pasaban a la condición de esclavos, y por nuevas enfermedades —regalo envenenado traído por los colonizadores—. Los pocos que sobrevivieron se dedicaron al pastoreo del ganado —cabras, ovejas y cerdos— apartados de los poblados y recluidos en zonas remotas de la isla. En aquellos

reductos, los aborígenes se aferraron a sus viejas costumbres, recolectando frutos y raíces de helecho y amagante para elaborar aquella especie de harina basta que llamaban *gofio* (una voz que ya sonaba entre los conquistadores desde finales del siglo xv), que tostaban y molían y que, junto con el queso de la leche de las cabras, era la base de su alimentación, que —en tiempos de abundancia— enriquecían con carne, manteca, ñame y leche. Así pues, fueron los forasteros los que poblaron los principales núcleos habitados, en cuya nueva sociedad se reproducían los mismos o parecidos estratos sociales que en la capital del reino. Eran tierras de realengo; allí estaban los medios que alumbrarían la nueva riqueza de la isla: tierras fértiles, buen clima, recursos acuíferos y mucha energía y empuje para hacer fortuna a este lado del Atlántico. Los señores que ostentaban el poder concedían donaciones según fueran los méritos de la conquista; los más afortunados se beneficiaban de la llamada «data mixta», que consistía en la entrega de tierras con suministro de aguas. El poblamiento fue lento, contrarrestado por los contingentes que se embarcaban rumbo a América. El cabildo y los gobernadores ofrecían incentivos con el reparto de tierras, animando a los forasteros a instalarse en la isla.

Aparte de los Fernández de Lugo y sus descendientes, en especial su sobrino Lugo Señorino, que obtuvieron las mejores datas del reparto (como las del norte de la isla, en Los Sauces, cuyas aguas regaban las fincas de monte a mar, al igual que en Tazacorte los Groenemberg), estaban otros beneficiados que fueron adquiriendo poder. El éxito no se hizo esperar, amparados como estaban por los privilegios y por las donaciones obtenidas por sus méritos en tiempos de conquista.

En la colonia extranjera destacaron los hacendados flamencos debido a su cultura, por ser amantes del arte tan apreciado por la

acaudalada burguesía y por el deseo de mantener su prestigio. Y, efectivamente, desde el inicio de los asentamientos sobresalieron las dos mencionadas familias extranjeras que proyectaron su influencia y poder en sus amplias posesiones: los Groenemberg, que pronto castellanizaron su apellido y pasaron a ser conocidos como los Monteverde, y los Van de Walle, apellido que también sufrió parcialmente la castellanización: Vandeval, Vandal o Vandewalle, aunque parece que solo cristalizó esta última acepción. Los núcleos de producción de la riqueza se concentraban en vértices opuestos de la isla: uno en la zona norte, donde creció el pueblo de Los Sauces, y el otro al suroeste, en la zona de Tazacorte, la tierra firme que pisara el conquistador Fernández de Lugo en su primera incursión en la isla. Allí abundaban los recursos acuíferos —con sus nacientes en la caldera de Taburiente— que regaban la fertilidad de las plantaciones de caña de azúcar y garantizaban la producción de los ingenios. Para el resto de los pueblos los recursos eran bastante pobres, basándose en el ganado lanar y vacuno además de la siembra de cereales.

2 AÑOS DE SEQUÍA

A mediados de los años 30, la sequía que prosiguió a la plaga de langosta africana que azotó las plantaciones de caña de azúcar pareció un signo de la cólera divina: la isla se vio arrasada por la calamidad que no daba tregua. La carestía de alimentos empezó siendo amenaza y terminó siendo realidad: la hambruna estaba servida. Contaban que, en la furia devoradora de los insectos y frente al pueblo desesperado al ver desaparecer sus cosechas, el sacerdote se subía a los tejados de las iglesias blandiendo el hisopo con agua bendita apuntando a los cuatro puntos cardinales

para ahuyentar la plaga maldita. La ira de ese Dios, que se hacía el sordo al lamento del pueblo, parecía una desgracia aún mayor que la propia plaga: las rogativas ascendían inútiles como humo al cielo; detrás de las nubes se adivinaban la Vía Láctea y el silencio sideral de las esferas, casi tan grande como el silencio de Dios. Sin trigo, ni cebada, ni centeno, el hambre arreciaba a la par que el descontento de la gente: el hambre nunca había generado otra cosa que no fuera más miseria.

Mientras tanto, Luis Vandewalle iba acumulando bienes, haciendo negocios, prosperando como el buen mercader flamenco que era. Procedente del principal núcleo mercantil y bancario de Europa, sus antepasados se habían aliado con familias patricias de Brujas de tal manera que su relación con grupos eminentes de aquella ciudad era fluida y daba sus frutos. Sin embargo, y por suerte, el poder y el dinero no le habían endurecido las entrañas: dejó que en su corazón anidara la filantropía. Atento a lo que ocurría a su alrededor, tenía un ojo puesto en el pósito para pobres, fundado por Real Cédula de 4 de septiembre de 1537. Este resultó ser insuficiente por la carestía de cereales, lo que le indujo a hacer una sustanciosa aportación económica para paliar la escasez. Este gesto generoso de aprovisionar los pósitos de trigo y otros cereales, tan necesarios en tiempos de penuria, aplacó el hambre de muchos pobres entre los que repartió el grano. El pósito se ubicó en el edificio que siglos más tarde albergaría a la Sociedad Cosmológica, dando nombre a la empinada calle que trepa hasta la ermita de San Sebastián que, en un quiebro a la izquierda, se dirige al recién fundado convento de Santo Domingo. La calle del Pósito era transitada por pobres y ricos, devotos y pecadores, según fuera el hambre o la piedad las que animaran al viandante. Tendrían que llegar los albores del siglo xx para recibir el honorable nombre de calle de Luis Van de Walle.

LA EDIFICACIÓN DE SU CASA

A la par que cuidaba el entramado de sus incipientes negocios, Luis Vandewalle soñaba con el hogar que albergaría a su familia. La elección del lugar para edificar su casa solariega fue una intuición y un acierto: aupada sobre un promontorio, se asomaba a la costa arisca y brava desde donde se veía el hexagonal torreón defensivo de San Miguel, vigía invulnerable desde 1515 —hasta sufrir su vergüenza en el malhadado año de 1553—. Desde allí se abarcaba casi todo el horizonte, de norte a sur, cruzando el este de la isla y repasando los perfiles de las islas de Tenerife y La Gomera.

Rodeada de huertas y corrales, patios y serventías, tenía por la fachada oeste el recién construido convento de Santo Domingo, que se elevaba sobre la antigua iglesia de San Miguel; orientada al este, discurría a sus pies la calle Real, junto al litoral, por donde avanzaba paralelamente la calle de la Marina. Poco sabía el brujense la suerte que iba a correr aquel refugio y bastión familiar construido a golpe de esfuerzo, amor y nuevos nacimientos. Un solar de grandes dimensiones era una rareza en aquella ciudad larguilínea, constreñida y acotada por el mar y por montes que se despeñan en el océano sin rastro de vértigo.

La finca estaba dividida en dos suertes, la del norte y la del sur, que heredarían dos de sus hijos. Era de dimensiones generosas: dos plantas rodeadas por una buena huerta y lo que sería un jardín. Entonces, la influencia portuguesa en las construcciones de la isla se reflejaba en muchos detalles: el espacioso zaguán de la entrada —a través del cual se entreveía el jardín—, la escalera principal adosada a un costado, el empleo de azulejos que —además de influencia portuguesa— delataba su gusto por lo flamenco, la policromía de los techos. La sólida puerta de la

entrada principal estaba coronada por el blasón de la familia: *un escudo de gules con león rampante de plata, armado, Lampassé y coronado de oro*. En la planta baja estarían la bodega y las lonjas —para el almacenamiento de aperos y alimentos—, además del oratorio con una sobria muestra de arte flamenco.

La ancha escalera daba acceso a la segunda planta; en la contrahuella de cada peldaño se apreciarían los bellos azulejos de Delft —el tan flamenco *Delfts Blauw*, azul entre los azules, que tanto agradaba a María—, testigos de tantas subidas y bajadas y de todo el trajín de la vida del hogar que, silenciosos, guardarían los secretos de la casa, reflejando desde su arcilla vidriada la luz agazapada en el jardín que albergaría palmeras y dragos, el monstruo de savia roja que ha alimentado tantas leyendas. Los escalones de piedra conducirían al amplio salón principal, coronado por una techumbre a cuatro aguas con intrincado lacerío mudéjar polícromado. El arte islámico dejaría asomar su estética en aquellos motivos tallados en tea entre los que resaltarían un león rampante, una flor de lis —símbolo de lealtad, poder y honor utilizado en los blasones de la época—, además de otros motivos alegóricos. En la pared del primer descansillo de la escalera colgarían el tapiz con escenas urbanas de Flandes, y la entrada al gran salón la adornaría otro tapiz inspirado en los cartones de las escenas de *Los sueños* de El Bosco, que habían recibido como regalos de boda.

En el lado que se asomaba al este, orientado a la calle Real, se abriría una fachada de luz que inundaba la sala principal y el rincón del escritorio de Luis donde pensaba despachar sus asuntos, junto al bargueño en el que guardaría sus documentos. Al lado de los dormitorios principales, que se ubicaban frente a la plaza de Santo Domingo, se encontraba el gabinete donde las señoritas recibirían sus visitas o harían sus labores; los dormitorios de los sirvientes —con sus camastros algo amontonados— se hallaban en

la planta baja, cerca de los corrales, lugar de muchas de las faenas más laboriosas del hogar. Una vez transitado el zaguán, al fondo, se entraba de lleno en la zona de lo que sería el jardín. Había que darle tiempo al jardín, tiempo para sembrar y tiempo para crecer. Un jardín florecido no surge al instante, los árboles son lentos en alcanzar altura. Un jardín no está nunca terminado, siempre empeñado en el dulce y amargo proceso del crecer y del morir, sujeto al cambio de las estaciones.

4

TEJIENDO EL HOGAR

En su momento, Luis y María, con los sirvientes —entre los que se encontraban algunos esclavos—, ocuparon la casa, que era tan amplia como los límites de su felicidad; con ellos acamparon la armonía y el sosiego que los acompañarían en muchos tramos de la vida. La casa estaba construida y casi amueblada; ahora había que tejer el hogar, hacer que la vida germinara en cada uno de los rincones, sembrar los pasillos con el trajín de cada día, calentar los fogones con leña olorosa del monte, dejar discurrir el tiempo, que es el que da la pátina del vivir a las cosas. Y así, la casa y los amos se fueron acoplando mutuamente mientras el matrimonio soñaba con hacer realidad aquel mandato del *Génesis* de poblar la tierra.

V. La década fértil

...y dijo Dios: Creced y multiplicaos y llenad la tierra.
Génesis, 1:28.

La España del siglo XVI, profundamente aristocratizada, no puede entenderse sin la peculiar mezcla de sed de honor, fama y fortuna que conformará el patrimonio de una serie de individuos cuya personalidad va a cuajar en Canarias, al igual que en otros lugares de la Corona, en los inicios del mundo moderno.

Ana Viña Brito.

1

MARÍA DE CERVELLÓN, ENCINTA

De pronto, muy de mañana, María se sintió indisposta en la inmensa cama con dosel de postes torneados en cedro que su padre le regalara en la dote para su nuevo hogar. Su reciente costumbre de levantarse al alba para observar el sol alzarse detrás del horizonte cedió ante el mareo y las náuseas que la invadieron no más abrir los ojos. Era una sensación nueva que ella no supo identificar. Se acurrucó en el abrazo cálido de su marido y dejó hablar al silencio, interrumpido por el latido de su propio corazón. Luis sintió un estremecimiento cargado de intuición que le despejó las dudas: estaban esperando un hijo, su primer hijo... Y la abrazó lleno de orgullo al tiempo que se le despertó la ternura, y la quiso arrullar como a la criatura que alumbraría su esposa en pocos meses, murmurando —tímido— aquella nana imborrable que su madre le cantara en las frías noches de invierno en los paralelos entumecidos de nieblas y penumbras.

ORGANIZANDO EL HOGAR: EL ORATORIO

La casa era aún un hogar a medio hacer. Había tareas que organizar, muchos arreglos por concluir. No era falta de medios; Luis Vandewalle ya había puesto los cimientos de lo que sería una de las fortunas más caudalosas de la isla. La construcción del nido familiar era algo lento, como el madurar de la fruta, en el que cada mueble, cada objeto, cada recuerdo iba encontrando su lugar, como si la casa hablara, como si pidiera —a media voz— un vaso de agua para aplacar la sed de cada rincón vacío, estéril, sin amueblar.

María tenía una querencia: el balcón acristalado que estaba orientado al sureste, que un día acabaron por llamar el «balcón de la nostalgia». Desde allí podía ver el mar que no era visible desde su casa paterna. En aquel espacio de luz desmesurada podía observar el horizonte, la llegada de las naves, la mar encrespada en los inviernos, y las nubes arrastradas por el viento como cometas al sol. En una zona cercana, dispuso colocar una tarima más alta cubierta con alfombras de lana merina y mullidos almohadones de seda, brocado y terciopelo en tonos ocre, dorado y teja, salpicados por alguno que otro en azul índigo, su color favorito; todo traído de Flandes. Era el rincón de los susurros y del dulce dormitar en los ratos de ocio. Desde las ventanas, se avistaban las tímidas copas de las palmeras apenas sembradas en el huerto, emborrachadas por la embriagadora fragancia del jazmín que empezaba a florecer y, tenaz, intentaba trepar hasta el balcón.

En los silencios de la tertulia vespertina, se oía el tic-tac del reloj que Luis había encargado en Brujas para que se lo trajesen en un tornaviaje del norte. Era importante medir el tiempo; la gente del campo parecía tener un reloj interno que calculaba la hora con una puntualidad intrigante. ¿Cómo podían adivinarlo?

Se paraban un momento, miraban al sol calculando su altura —según fuera invierno o verano— y decían la hora exacta del día. La gente de ciudad carecía de esa sabiduría natural y se valía de los relojes de sol o de las campanas de la iglesia. El de la casa de los Vandewalle era un reloj linterna, de los que tan aficionada era la nobleza europea; la esfera estaba decorada con filigranas sobre el metal que embellecía las horas, una orla de flores que parecía dulcificar los minutos amargos de la vida. Lo tenían colgado en la pared marcando el tiempo con su arrulladora sonería que todos asociaban al hogar. Aquel reloj marcaría la hora de los nacimientos y, tristemente, las horas del morir de los moradores de la casa.

Ya atardecido, el aroma dulzón del jazmín se enredaba en los pensamientos de María, a la par que perfumaba las tardes nostálgicas de Luis que —de cuando en cuando— sentía el tirón de la lejanía de su tierra con olor a hierba húmeda, jazmines y glícinia; no en vano sus ojos se nublaron con la fragancia violeta que paseaba por sus recuerdos. Al anochecer, cerraban las celosías que tamizaban la luz y entretejían los sueños, para volver a la realidad de la calle, empedrada con guijas de la playa, que un día llevaría el nombre del patriarca familiar.

El matrimonio no dudó en organizar el oratorio en la planta baja de la casa: en el hogar se iba a fomentar la piedad familiar. Allí se ubicaron las imágenes de talla flamenca que recibieron como regalos de boda. En el lado de la epístola pusieron la grácil escultura de la Virgen con el niño, de los talleres de Malinas; el delicado policromado brillaba satinado en la penumbra acogedora, dando al rostro núbil de la Virgen un halo de fervor que invitaba a la oración. En el centro del altar colocaron el tríptico brabanzón con el calvario de Cristo acompañado por la Dolorosa y san Juan, y en el lado del evangelio veneraban una imagen de san Luis traída de Flandes.

María tomó por costumbre rezar el ángelus al mediodía, cuando la campana en la espadaña del vecino convento de Santo Domingo anunciaba que el sol había llegado a su cenit. Decían los ancianos que el papa Juan xxii, allá por el siglo xiv, concedía una indulgencia por rezar las tres avemarías en el momento del ángelus. Los más devotos interrumpían sus quehaceres y se ponían a rezar avisados por el toque de campana. Al alba y al anochecer volvía a sonar con puntualidad conventual el anuncio del rezo. Junto a la puerta de entrada al oratorio, al que se accedía por dos escalones de piedra, había a la derecha una pila de cerámica de Delft con agua bendita, donde los niños aprenderían a santiguarse. Junto a la pila, colgada en la pared, lucía la concha de peregrino de Santiago con la que pensaban bautizar a cada uno de los hijos que les enviara Dios.

En la madrugada del día de Difuntos, en aquel pequeño oratorio al que se asomaba el arte flamenco, María disponía en platos de cerámica holandesa —sobre el pequeño altar— unas lamparillas de aceite ofrecidas a las ánimas del Purgatorio: pequeños pabilos flameantes hechos con una mecha de trapo, mariposas flotando sobre un corcho nadando hacia la eternidad en un mar de agua veteado de aceite. En la penumbra de aquel recinto de paz, pequeños haces de luz navegaban en silencio acompañando a las ánimas benditas en su vagar solitario, buscando la paz nunca alcanzada mientras vivieron en la tierra, buscando entre las sombras el camino que las llevara del Purgatorio al Cielo, del litoral de este mundo a la morada de Dios. Ese gesto de piedad lo aprendió María de su abuela materna Margarita Bellid, que, solícita, atendía las súplicas de las almas en pena mientras deambulaban errantes por las sendas umbrías del jardín asilvestrado de su casa al anochecer.

UNA MASCOTA EN CASA

Entre tanto trajín de fundar su casa, distribuir quehaceres, entablar relaciones comerciales, organizar sus negocios y firmar acuerdos, Luis Vandewalle decidió adquirir un perro, mientras María gestaba a su primer hijo. A partir del Renacimiento, el perro dejó de ser considerado únicamente como auxiliar de caza y comenzó a gozar del estatus de animal de compañía, siendo testigo mudo de intimidades palaciegas o de las rutinas de cualquier hogar, a la vez que sería fiel compañero en horas de alegría y de desdicha. Desde su infancia, Luis siempre tuvo una querencia por los perros que guardaban la casona familiar en Brujas —en la Zouterstraete, en el lado sur, cerca de la Bolsa— deambulando por los jardines sombríos que se asomaban a uno de los canales de la ciudad. Cada hijo del primer matrimonio de Thomas Van de Walle con Catalina van Praet era dueño de una mascota, quien buscaba a su amo entre los siete hermanos de la familia, especialmente en los largos inviernos cuando se echaban junto a los pies de los niños, agazapados al calor de la chimenea de mármol del gran salón familiar renacentista.

Guiado por una corazonada, Luis se inclinó por un pastor garafiano, raza arraigada en la isla desde los tiempos prehispánicos y con una bien ganada reputación de dócil, amigable y noble. El espécimen elegido no apacentaría rebaños en los pagos de Garafía —al norte de la isla—, mas aprendería a vigilar la casa y a cuidar del primer Vandewalle nacido en la villa de Santa Cruz. Buscaba un nombre para el mastín y dudaba entre uno benahoarita —acreditando la procedencia del can— o indagar en su cultura continental. Rex tenía los ojos almendrados, la grupa alta, el pelo leonado, la cola alegre y poblada y una mirada intoxicada

de lealtad. Iba a formar parte de la familia desde los propios comienzos, crecería y envejecería entre ellos; percibiría los sonidos más sutiles de la casa, sonidos familiares y extraños; distinguiría olores, reconocería al familiar casi antes de llegar y estaría alerta frente al forastero y siempre tendría la mirada posada en su amo. Fue el primero de una saga de mascotas que acompañarían a los Vandewalle a lo largo de la vida. Poco sabía el viejo Luis que sería su más fiel compañía en los ratos sembrados de soledad y nostalgia de sus últimos días, cuando ya tenía la mirada nublada de pesadumbre.

4

RETRATO DEL PRÓCER A LA MANERA EUROPEA

Entre sus sueños, a Luis le rondaba uno que podía rozar los bordes del narcisismo. Influido, tal vez, por las costumbres de Flandes, soñaba con perpetuar su imagen no solo en sus vástagos —portadores de su linaje— sino en un lienzo, en un retrato que plasmaría sus facciones, su mirada, su postura: una visualización de la nobleza y el poder a la manera europea, la legitimación de un prestigio. Si Alejandro Magno eligió a Apeles en la antigua Grecia para que lo pintara y Carlos v a Tiziano —el maestro veneciano—, a quien dijo en la penumbra de una tarde: «Tú serás mi Apeles», ¿quién pintaría para la posteridad a Luis Vandewalle?

Por la isla recalaban en las naos de paso al Nuevo Mundo no solo mercaderes y negociantes, sino también religiosos misioneros, soldados, administradores, aventureros, cronistas y humanistas, además de contingentes de mujeres en edades casaderas, animadas por la política de la Corona de llevar futuras esposas a los conquistadores solteros en el Nuevo Mundo —asegurándose así una

«limpieza de sangre»— o esposas con sus familias para reunirse con sus boyantes maridos que habían hecho fortuna. Entre los humanistas había músicos, además de hombres de las artes y las letras. Así conoció el brujense a un pupilo del pintor flamenco Joos van Cleve, de la escuela de Brujas, cuando, enrolado en la carrera de Indias, arribó a la isla de paso para el virreinato de Nueva España. La nave llegó averiada al pequeño puerto de la ciudad y tuvo que permanecer anclada unas semanas en los fondeaderos para su reparación y abastecimiento de víveres. El pintor extranjero sabía de oídas de la importante colonia flamenca arraigada en la isla y no dudó en contactar con alguno de ellos. Su estancia fue laboriosa, no perdió el tiempo en medio del contratiempo, sino que pintó varios lienzos del paisaje de la costa avistada desde el mar, además de varios retratos de próceres extranjeros. Luis Vandewalle, ataviado con sus mejores galas, decidió posar con su perro Rex; ese posado junto a su mascota le daría un halo de cotidianeidad. Simbolizadas en su perro brillarían las ideas de lealtad, fortaleza y nobleza. Al fondo, junto a los cortinajes que enmarcaban una ventana por donde se filtraba la luz que iluminaba el retrato —y desde donde se divisaba el mar en lontananza—, se podía apreciar el escudo de armas familiar como vínculo con su linaje. El regio y, sin embargo, sobrio retrato ocuparía un lugar distinguido en la gran sala de recibir de su casa solariega, desde donde iba a ser observado y recordado por las generaciones futuras.

5

EL CAMINO DE LA NOSTALGIA

Para los isleños, aunque fueran extranjeros, mirar el horizonte era algo más que una costumbre. Por el mar llegaba todo lo bueno a la isla, igual que acechaban todos los peligros. El propio mar era un

azote en los inviernos, destrozando el malecón del puerto, inundando las construcciones a lo largo del litoral y siempre amenazante en los meses que precedían a la primavera o después de las calmas de septiembre. En el mar, allá en la lejanía, se dibujaba el camino de la nostalgia y en Luis reverdecía el deseo de regresar al paisaje que lo vio nacer; la morriña, ese mal que opaca la mirada y que aqueja a todo emigrante que, en su intenso mirar al confín del océano, avista e imagina —de vez en cuando— la silueta de las costas de su tierra cuando solo está viendo el perfil de las islas de enfrente.

Los Vandewalle eran unos emigrantes de lujo, procedían de acaudaladas familias de probado pedigrí asentadas en los centros de poder de la Europa renacentista, mas no eran ajenos a la añoranza; era algo así como «el mal del extranjero». Sin embargo, la actividad comercial que iba en aumento, y toda la vida que bullía a su alrededor, no dejaban mucho lugar ni tiempo para acunar los sentimientos. El balcón que acogía a los vigilantes del horizonte en la casa de los Vandewalle, el tan deseado y apetecible mirador, estaba protegido por los caros vidrios empromados —traídos de Brujas— que dejaban filtrar una luz tamizada a través de las celosías que acampaba en los rincones de su mansión.

6

LLEGADA DEL PRIMOGÉNITO

Mientras tanto, el embarazo de María seguía por los derroteros de la normalidad. Despertarse sin náuseas ni mareos era un alivio. En el transcurso de los días, María iba sintiendo unos tenues, a la vez que tiernos, movimientos en su vientre comparables al aleteo de mariposas; sentía una levedad flotante, como sin gravedad; era como desatar, de vez en cuando, un lazo de seda que no ofreciera

resistencia alguna. Era el feto desperezándose en un mar de sal, minúsculo aúrn, con espacio para balancearse de un lado a otro en el seno materno anclado a la cuerda de seguridad del cordón umbilical. La vida, en aquel cúmulo de células, avanzaba rápido siguiendo los códigos de su propia genética; su único propósito era crecer y madurar para pronto emprender el viaje más arriesgado de su vida aún sin estrenar: abandonar el mullido claustro materno para aterrizar en un charco de cegadora luz con voces atronadoras que lo incitarían al llanto. Allí vería la primera luz el primogénito de los Vandewalle. Sería el primero de la saga que naciera en la villa de La Palma, el que plantaría su raíz en suelo extranjero y que haría tan propio, tan suyo, por vía materna.

Y se cumplieron las lunas y María se puso de parto. En medio de prisas e incertidumbres, de calderos borbotando de agua hirviendo en la cocina porque arreciaban las contracciones, a la primeriza María la iban a asistir una comadrona y dos curanderas, expertas en «el arte de partear». Desde tiempo inmemorial, el parto había estado en manos de mujeres; ya en la Edad Media la Iglesia prohibía a los varones asistir a la gestante en una situación tan íntima. Ella, sentada al borde de la silla de parturienta, desgranaba dolores. La partera, arrodillada frente a sus pies, recogería al recién nacido, mientras las dos curanderas a su espalda la ayudarían a empujar masajeando su vientre hacia abajo desde el vértice de su corazón.

Mientras, el padre junto al abuelo materno y un familiar versado en astrología miraban por el balcón de la nostalgia escudriñando el cielo, analizando la conjunción de los astros e intentando descifrar cuál sería el futuro de la criatura a punto de nacer, confiando en que el neonato fuera guiado por una buena estrella. En medio del dolor de las contracciones, María fijaba su mirada en un cuadro colgado en su habitación con la imagen de

santa Ana —patrona de alumbramientos—, pidiendo, entre dolor y dolor, tener una buena hora. En un último esfuerzo desgarrador, que parecía arrancarla de esta vida, María sintió que algo cálido y escurridizo se deslizaba, ya sin dolor, entre los pilares del mundo. Algo ausente y ensimismada, oyó con alivio el primer llanto de su hijo y de soslayo alcanzó a ver cómo se aferraba con todas sus fuerzas —con su manita blanquecina— al índice de la comadrona. Cerró los ojos, se pasó la mano por la frente sudorosa y sintió el dulce peso de la criatura posada sobre su vientre vacío, ambos extenuados por el duro trabajo de dar y recibir la luz. Con los ojos aún cerrados, como saliendo de un sueño, tenía la certeza de haber terminado el trabajo más laborioso de toda su vida. Fue un momento de alegría sosegada, acumulada en aquel tierno amasijo de ropas blancas donde respiraba apacible la esperanza.

Todo estaba por venir, pero aquel septiembre de 1538 quedaría esculpido en su memoria para siempre: sería madre hasta la eternidad; es una condición que una vez que se alcanza no se abandona, de la que no se abdica jamás. Toda la casa, la familia y el servicio, se volcaron en el cuidado de la parturienta y del recién nacido que, como cualquier bebé, ignoraba su linaje. Los caldos hirviendo en la cocina perfumaban la felicidad de la familia. María, cansada y somnolienta, cerraba los ojos y se acariciaba el vientre extrañamente hueco. Sus pechos, doloridos e inflamados, hervían febriles mientras germinaba el calostro y más tarde la leche con la que amamantaría a su criatura. Era el momento de descansar de toda una noche en vela trufada por dolores intermitentes que iban y venían disciplinados, sin dar tregua. María cayó en un sopor mientras su hijo dormía en la preciosa cuna de sus antepasados, traída del continente, con su pequeño dosel del que colgaban diminutos cascabeles. Velaba su sueño el ama de cría que viviría en el hogar para aliviar el cansancio de la crianza del neonato mientras su merced descansaba.

María sentía un secreto regocijo porque el azar le había deparado alumbrar un primer hijo varón. Sabía muy bien que ese era el deseo de su esposo y nada le complacía tanto como hacerle feliz. Su primogénito era saludable y robusto, con un mechón rubicundo que recordaba a su padre; él daría continuidad a su estirpe, enarbolaría por muchas generaciones venideras aquel apellido que llevarían con orgullo y dignidad, aquel apellido que viajó desde Brujas con honor: la bonhomía la traía de cuna. En la elección del nombre del recién nacido siguieron la tradición familiar, llevaría el nombre del patriarca Van de Walle fallecido en Brujas en 1530: se llamaría Tomás, como el abuelo. Era uno de los privilegios de los que gozaría el primogénito.

Y llegó el día de la celebración del bautismo. La alegría de la familia de Cervellón borraría las ausencias de la gran familia de Brujas. Después de los desposorios de Luis y María, esta fue la primera fiesta de abolengo en la villa. En ella maridaban sentimientos religiosos e intereses profanos. El bautizo fue en la iglesia de Santo Domingo; fue la ocasión de estrenar la concha peregrina del apóstol Santiago; desde su cuenco se derramaría el agua bendita que por arte celestial alumbraría a un nuevo cristiano. María sintió el calor acogedor de la familia y de los amigos, y cerró complacida los ojos mientras sonaban los acordes del órgano acompañando un magnificat del maestro Pedro de Pastrana, aquella melodía de ángeles que la acercaba a la felicidad. En casa esperaban el ágape, los regalos al recién nacido y la dulzura de una celebración tan deseada. También era la ocasión de cumplir con los compromisos sociales, una situación en la que se estrechaban los lazos de amistad y se alimentaban las relaciones. Mientras, el pequeño Tomás dormía plácido bajo el delicado dosel de su cuna, ausente de la vida que bullía a su alrededor y de la que él formaría parte importante en el futuro.

VIENE EL SEGUNDO VÁSTAGO

Casi no había terminado de destetar a su primer retoño cuando María supo que estaba encinta de nuevo. La juventud y el amor derribaban barreras y en el seno de María se urdía una nueva vida. Era la primavera del 39 cuando supo reconocer los síntomas que la habían sorprendido hacia poco más de un año: sabía lo que estaba en camino. Los nueve meses del embarazo pasaron rápido; esta vez la naturaleza fue generosa y apenas sintió las náuseas y mareos que la dejaron indisposta varias semanas durante la gestación de su primer hijo. Los preparativos para el parto se repitieron como un ritual y se engalanó la cunita del primogénito, que —con poco más de un año— adquirió la categoría de «hermano mayor» y tuvo que ceder su pequeño trono a la criatura que estaba en puertas. Todo discurrió con normalidad, sin sobresaltos, y María alumbró a su segundo hijo a quien le impusieron el nombre de Miguel —un tributo al patrón de la isla, del que fue tan devoto el adelantado Alonso *el Conquistador*—. Este niño ingresaría en el año 1564 como fraile de la orden de Predicadores en el convento de Santo Domingo de Santa Cruz de La Palma. Y así, parece que se cumplía la tradición de que en las familias principales uno de los hijos entrase en una institución religiosa, mientras el primogénito se ocuparía de la hacienda familiar. Y se repetía el ritual de la celebración del bautismo, de usar la concha de peregrino de Santiago y de festejar en la casa solariega la llegada del nuevo vástago con familiares y amigos.

Pese a estar María tan entretenida con su pequeño infante, también tenía ojos para su primogénito, que hacía sus primeros peninos —intentando ponerse de pie para dar sus primeros pasos—, su primera proeza después de la aventura del nacimiento: toda una hazaña. Ver el mundo desde la posición vertical le daba

una perspectiva diferente a verlo desde la horizontal, ya fuera desde su alta cuna o desde el suelo gateando por los corredores de la ilustre casa solariega. Mientras el hermano mayor aprendía a caminar y a balbucear sus primeras palabras, su hermano pequeño dormitaba en medio de mimos y atenciones. El ama de cría estaba muy ocupada con dos criaturas en la casa.

8

MARÍA, EMBARAZADA DE NUEVO

Pronto llegó el tercer embarazo, apenas entrado el 41; la fertilidad de María daba buenos frutos. Y así nació el tercer hijo de la familia, con su herencia paterna azul turquesa en la mirada, a quien le pondrían el nombre de su padre: Luis *el Mozo* —para distinguirlo del *Viejo*—. Este nombre se conservaría en la familia —al igual que el de Tomás— durante los siglos venideros, en homenaje al nombre de su padre, que puso la primera raíz de la aristocracia brujense establecida en la isla de La Palma. Bautizar a la estirpe joven con los nombres familiares era una manera de mantener vivas las viejas generaciones, una forma de pagar un dulce tributo a los ausentes. Así, el árbol genealógico se iba poblando de nuevos brotes y creciendo al ritmo de la fecundidad y del amor.

Ocurrió que, a raíz del nacimiento de Luis, María quedó algo indisposta; una debilidad la hizo guardar cama durante unas semanas, y en lugar de retrasar la fecha del bautizo se decidió celebrarlo en el oratorio de la casa, una vez vertida el agua bendita en la pila bautismal de cerámica de Delft. El recinto podría parecer algo pequeño para la ceremonia y los invitados, pero la amplitud del zaguán y el jardín —que florido aromatizaba la fiesta— fueron

suficientes para la celebración, donde se repetían los ritos religiosos y profanos.

La familia crecía al igual que los negocios, así como los cargos de responsabilidad de Luis *el Viejo*, que iban labrando su reputación. Su prestigio y su solidez se afianzaban, cada vez más, en aquellos cimientos rocosos de la isla más joven del archipiélago, que a la sazón había ascendido de ser «Villa del Apurón» a obtener el título de «Muy Noble y Leal Ciudad», un feliz día de 1542. En medio de estos fastos que elevaban el rango de la ciudad, los nuevos vástagos de los Vandewalle crecían, y en pocos años la casa se llenó de risas y juegos. La sobriedad y preocupación de Luis se suavizaban con la alegría despilfarrada por los pequeños, que aprendieron a caminar y a correr por las galerías y por los jardines de la mansión; aprendieron a buscar escondrijos detrás de los cortinajes o debajo de las escaleras del servicio; aprendieron a escaparse del ojo vigilante del aya, que a veces recurría a los esclavos del servicio de la casa pidiendo ayuda para descubrir el paraje de los niños, al tiempo que la niñera aclaraba aquellas inocentes travesuras con su merced.

9

POR FIN LLEGÓ EL BENJAMÍN

Cuando ya parecía que la familia estaba consolidada, María se quedó embarazada de su cuarto hijo, allá por el año 1546. Los primeros embarazos fueron tan seguidos que apenas tuvo tiempo de recuperarse de uno cuando estaba en puertas el próximo. Ahora tenía más tiempo y la experiencia de tres maternidades anteriores. Fue una dulce espera, avanzando por el camino trillado de esos meses que se contaban luna a luna hasta alcanzar la madurez de su vientre,

de redondez exacta. Y nació otro varón. Difícil es adivinar si María experimentó alguna desilusión por no conseguir el secreto deseo de alumbrar una niña, a quien pensaba llamar Ana, mas la viveza y energía del pequeño Jerónimo —que resultó ser el vivo retrato de su madre— la hicieron feliz y pudo olvidar aquella herida en su esperanza.

Cada nacimiento era una fiesta, y el bautizo era un acontecimiento religioso que empezaba —al igual que el de sus hermanos mayores— con la celebración de la ceremonia en la vecina iglesia de Santo Domingo, en la que derramaban sobre la cabecita del neonato el agua bautismal usando la misma concha de peregrino de Santiago, seguida del agasajo en la casa familiar. De nuevo se presentaba la ocasión feliz para reunirse familiares y amigos que elogiaban la buena salud del neonato, buscándole parecidos a la vez que alababan la belleza del jubón de cristianar —heredado de un hermano a otro— de una lana muy fina, lleno de cintas y encajes, también traído de Flandes. En aquellas reuniones, el homenajeado se podía permitir dormir, llorar o mirar —con esos ojos muy abiertos de los recién nacidos que parece que no pestanen nunca— el desfile de extraños que se acercaban a celebrar al nuevo vástago de la familia, recostado sobre almohadones en aquella preciosa cuna con dosel y cascabeles, que ya era familiar en la casa. Tanto alborozo y trajín terminaban asustando al niño, que rompía a llorar siendo asistido por el ama de cría, que lo retiraba del salón y se lo llevaba a sus aposentos para calmarle, mientras su merced conversaba sentada con los invitados. El niño era colmado de regalos que, en el fondo, más que contentar al recién nacido —exceptuando aquel sonajero de plata que atrapaba la atención de la criatura— era una manera de afianzar alianzas familiares e intereses comerciales: lo privado y lo público se entrelazan asegurándose una red de lealtades.

LUIS, FILÁNTROPO Y DEPOSITARIO DE CARGOS

A la par que la familia crecía, así las obras de filantropía del patriarca: hizo donativos importantes al hospital de Dolores, contribuyó a una fundación para casar a huérfanas, donó una imagen de la Piedad de origen flamenco, entre otros actos de generosidad. Aquel año 46 estuvo sembrado por la prosperidad: comerció con el propio conde de La Gomera con azúcares, orchilla y mieles; fue nombrado regidor de la isla por el rey Carlos I, siguiendo la tradición de su padre, que, allá por 1517, había sido nombrado regidor en Brujas. Tal nombramiento vino a ser otra condecoración en el «medallero» de Vandewalle, al que se sumaban la de maestre de campo de las milicias y castellano de sus fortalezas, al igual que, en su momento, fue nombrado gobernador de armas de la isla. En estos cargos confluían prestigio y poder, afianzando aún más, si cabe, su influencia y autoridad moral en la Muy Noble y Leal Ciudad de Santa Cruz de La Palma, en la que se instalaban próceres extranjeros que conseguían el arraigo por su interés y participación en el devenir del pueblo. Ellos mismos trajeron otro modo de hacer y de estar, diferente al de los conquistadores; ellos personificaban el arte de la mercadería, que se proyectaba en el aumento de sus riquezas.

El núcleo cerrado de las relaciones entre los ilustres, además de endogámico, resultó ser una caja de resonancia de la reputación en la que se podía adivinar un halo de exhibicionismo. Las importaciones de obras de arte traídas del continente eran un tema de conversación recurrente entre ellos. A su vez, las damas se sentían orgullosas de sus colecciones de cerámica holandesa: las piezas azules de Delft eran una especie de trofeo en las alacenas de las casas solariegas, que suscitaban la admiración de las señoras ilustres, que no más entrar en la casa Vandewalle avistaban un horizonte de

azul infinito —en los azulejos de la contrahuella de cada peldaño de la escalera— avivando la nostalgia de algunos visitantes.

11

LA TIENDA DE VANDEWALLE

Por esos años, Luis *el Viejo* estableció una tienda en la que se vendían muchos productos de los que carecía la isla, lo que le permitió la obtención de grandes beneficios. Parece que muchos de los clientes saldaban sus deudas en pagos aplazados o en especie, que generalmente era vino que a su vez el mercader exportaba a Europa, consiguiendo con ello un negocio redondo. Este sistema de endeudamiento daba lugar a una red de intereses que incrementaba las ganancias del mercader creando una fuerte dependencia económica de los clientes con el propietario de la tienda, cuyas cuentas pendientes aparecían incluso en testamentos en los que los herederos se hacían cargo del compromiso de sus mayores. Pero el fuerte de la actividad comercial era la venta de textiles; las telas que se tejían en la isla eran bastas y Luis Vandewalle —con su olfato de negociante— vio la oportunidad de importar los muy apreciados «paños de Flandes», que procedían de las ovejas merinas españolas, siendo muy valorados por su suavidad además de su *lustre, finura y resistencia*, según la valoración de los mejores expertos. Se importaba una amplia variedad de telas de diferentes texturas y colores, y por su precio estipulado se pueden deducir su excepcional valor y categoría: el «londres negro» se cotizaba a ochocientos cincuenta maravedíes, superado por el «escarlatín», que costaba unos mil, entre otros muchos paños, fustanes y tornasoles que se vendían por varas.

A la tienda de Vandewalle iban las madres de doncellas casaderas para adquirir los textiles de las dotes matrimoniales.

En este trajín de compra y venta, la tienda vino a ser un punto de encuentro y en ocasiones hasta el rincón de chismes y cotilleos; era un buen lugar donde tomarle el pulso a la ciudad a la vez que un buen puesto de control de la población: allí se sabía de la llegada a puerto de los últimos navíos, de los negocios y transacciones, se hacía cambio de moneda —marcos de oro y de plata, reales, tostones y cruzados, por maravedíes, ducados, coronas, doblas y doblones—, se conocía la identidad y procedencia de los últimos viajeros arribados a la isla, se entablaban relaciones y se propiciaban los préstamos de los que Luis *el Viejo* era un avezado maestro por la experiencia adquirida en Brujas y en Amberes. El negocio de prestamista resultó ser muy lucrativo y con las ganancias de los intereses fue incrementando su patrimonio rural y urbano comprando casas, bodegas, lagares, viñedos y *tierras de pan llevar* en las zonas de Mazo y de las Breñas, donde proliferaba su clientela. También tenía en arrendamiento la mitad del ingenio del tercer adelantado en Los Sauces —que en su día adquiriría la familia—, del cual cobraba buenos dividendos. Asimismo, el producto de las tierras de caña daba grandes beneficios en los mercados internacionales, corroborando la importancia del negocio del «oro blanco».

Mas el año 46 también fue un año de pérdidas: allá en la lejana isla de Santo Domingo de Indias moría su hermano Jorge Van de Walle van Praet, en uno de sus viajes desde las islas Canarias, dejando viuda a Catalina Torres Grimón y huérfana a su única hija, además de una gran fortuna de la que fue albacea su hermano Luis. Y parece que estas pérdidas las compensaba el gran mecenazgo incrementando su labor filantrópica, ya que, al año siguiente, Luis *el Viejo* haría una generosa aportación económica para la traída del agua a la ciudad. Había problemas de distribución por la lejanía de los nacientes, por lo que se interesó por la construcción de acequias y canalizaciones, a la vez que se preocupó de su mantenimiento. Estas obras sociales, que denotan su interés por el bienestar del pueblo,

iban construyendo una reputación muy respetable y digna que daba al prócer flamenco un halo de respeto entre el pueblo llano.

12

ENTRENÁNDOSE PARA CASAMENTERO

El tío Luis también se ocupó de estudiar alianzas propicias para el matrimonio de sus sobrinas, hijas de sus hermanos Jorge y Anna Van de Walle van Praet, ya que cuando aquellas llegaron a edades casaderas eran huérfanas de padre. Sin pretenderlo en apariencia, pero sí con una clara intención, se convirtió en el tío casamentero. A finales del 46 arregló el matrimonio de su sobrina María Jaques Vandewalle —hija de su hermana Anna y de Jan Jaques— con el flamenco Jan Halmale o Juan de la Mar; recibiría una buena dote de dinero, ajuar para la casa e incluso una esclava negra llamada Marta, que se sumaba a otros esclavos de la familia, quienes a la muerte de sus señores adquirirían la libertad. Asimismo, en 1547 arregló el matrimonio de Catalina Vandewalle Torres-Grimón, de unos dieciséis años, hija de su hermano Jorge y de Catalina, que casó con Baltasar de Ghiselin, oriundo de Brujas, quien cambió su apellido por el de Guisla. Además de los bienes de su padre, Catalina recibió una buena dote de sus tíos maternos que, sumada a la herencia de su padre, constituyó una fortuna considerable. Pasado el tiempo, sus descendientes ostentarían el marquesado de Guisla Ghiselin, concedido por el rey Carlos III en el año 1776. Su antepasado Baltasar de Guisla había llegado a La Palma en los años 30 del Quinientos, sumándose a los señores ennoblecidos del archipiélago. Así, el fundador del linaje Vandewalle en la isla no disfrutaría de aquel título nobiliario en persona, mas sabía de primera mano lo que era pertenecer a la nobleza: su padre ostentaba el señorío de Lembecke y de Van de Walle en la lejana Brujas.

BENEFATOR RELIGIOSO: LOS DOMINICOS

A lo largo de la vida, la familia Vandewalle estaría muy ligada a la institución de la orden de Predicadores por vecindad, religiosidad y sobre todo por motivos sentimentales, ya que el convento sería morada de su hijo Miguel hasta el final de sus días. Aquella iglesia-convento, que les era tan cercana, fue fundada por los frailes dominicos en 1530 y construida sobre una antigua ermita de San Miguel Arcángel, del que era muy devoto el primer adelantado. Sufrió varias vicisitudes a lo largo de su construcción, pero el ánimo de los dominicos no decayó ni su celo por la predicación y el estudio: en su momento alojaría cátedras de Teología y Filosofía que vendrían a ser el meollo de su prestigio. Luis abrió la puerta de su generosidad y donó a esta fundación muchos miles de ducados para la dotación de la iglesia y embellecimiento del culto con regios ornamentos para el ajuar eclesiástico, a la vez que protegió a la comunidad en los años difíciles de aquella primera década. También fue el ámbito donde se lució no solo la generosidad, sino también la reputación de los donantes —de estirpes conquistadoras y ricos mercaderes extranjeros— que no escatimaron en traer importantes obras de arte religioso encargadas a los mejores talleres de Flandes: imágenes y pinturas que fomentaban la piedad de aquellos aventureros del norte que se asentaron en la isla. El filántropo Vandewalle no solo amparó a los frailes, sino que les cedió una propiedad en Buenavista mientras se resolvían algunos litigios, siempre pendiente de las necesidades de la nueva comunidad religiosa. Y allí, en aquel ámbito sagrado, se gestó el deseo de tener una capilla propia en la iglesia del monasterio que pensaba dotar con retablos, ornamentos y vasos sagrados.

Fiel a su propósito inicial, Luis Vandewalle *el Viejo* empezó a hacer realidad la fundación de la capilla familiar. Era la «niña

bonita» de sus anhelos —que tardaría varios años en concluirse—. Ahí confluirían devoción, poder y siempre el prestigio; era un signo visible de su posición social, de su piedad y de su grandeza. En la capilla colocaron un retablo de santo Tomás de Aquino, con los retratos y escudos del matrimonio Vandewalle-Cervellón, con la clara intención de perpetuar su recuerdo y su linaje. Con la fundación de esta capilla personal, en el lado de la epístola de la iglesia, se aseguraba un lugar privilegiado para atender a los oficios religiosos a lo largo de la vida e incluso más allá de la muerte: allí se iba a ubicar su propia sepultura, sería el lugar del panteón familiar donde descansarían sus descendientes, los miembros directos de su linaje: era uno de los beneficios otorgados a la distinguida familia por su protección y lealtad, que a su vez generaría algunos pleitos en el futuro entre algunos de sus herederos, que aspiraban a ser enterrados en tal lugar de honor —*Vanitas vanitatum, et omnia vanitas*—.

14

RELIGIOSIDAD FAMILIAR VS. ESCLAVITUD

La asistencia a misas, novenas o funerales era parte de la vida social de la ciudad y una ocasión para relacionarse las familias de alta alcurnia. Pagaban tributo a sus obligaciones religiosas a la vez que la situación ofrecía el escenario para una pasarela un tanto exhibicionista. No solo era el lugar donde ejercitar su fervor religioso sino también la oportunidad para desplegar el lujo discreto de la aristocracia; la riqueza se asomaba a los vestidos de señoritas y doncellas que paseaban de manera un tanto distraída el esplendor de la fortuna familiar: era una manera de acuñar su pedigree. Devoción y riqueza cogidas de la mano en un matrimonio algo insólito a los ojos de la gente común.

Esta religiosidad no estaba reñida con el hecho de tener esclavos, ya que se consideraba algo lícito y legítimo, incluso aceptado por la Iglesia, hasta el punto de que tener esclavos en los ingenios o empleados en el servicio doméstico era un signo de distinción. Sin embargo, había algunas voces denunciantes por apresamientos de cautivos mediante trampas y engaños, mas no era el caso de los Vandewalle, quienes en sus testamentos les concederían la libertad. Generalmente eran de procedencia bereber o subsahariana y solían comprarse junto con otros productos a sabiendas de sufrir de ciertos padecimientos o taras que no fueran incompatibles con las labores agrícolas o del servicio doméstico. Siguiendo los usos y costumbres de entonces, no era de extrañar que en el hogar de los Vandewalle gozaran de la servidumbre de aquellos siervos de mente limpia y naturaleza ingenua que cuidaban de sus tareas con lealtad inquebrantable: María, Ana, Marta, la vieja Felipa, la exótica Guiomar, Catalina, Francisquita, Luisa, Juanillo, Alonso y Leonor —servidores a lo largo de toda una vida—, además de los mulatos que hacían los trabajos más duros, eran el capital humano que engrasaba la maquinaria de las labores del hogar e, indudablemente, fieles sirvientes agradecidos por la generosidad de sus nobles amos.

VI. Años de aprendizaje

*Entre hombre y hombre no hay gran diferencia.
La superioridad consiste en aprovechar
las lecciones de la experiencia.*
Tucídides.

1

CUMPLEAÑOS DEL PRIMOGÉNITO

Rondando el mes de septiembre de 1548 cumplió diez años el primogénito de la familia, Tomás Vandewalle de Cervellón, y Luis el Viejo quería celebrar la entrada de su hijo mayor en la adolescencia. Era la ocasión de hacer una fiesta, de reunir familiares, de confraternizar con primos —los Cervellón se multiplicaban desplegando las virtudes de los conquistadores—; podría ser el momento de empezar a ojear futuras posibles alianzas entre aquellas familias fuertes y poderosas. Para tal evento se prepararon viandas propias de niños y de mayores, pero la sorpresa era el postre: Felipa, que trasteaba en la cocina entre pucheros y fogones, guardaba celosamente recetas de postres, los llamados «dulces de convento». Deseosa de sorprender, se aventuró a experimentar haciendo una crema con unas vainas traídas por los viajeros del virreinato de Nueva España que llamaban cacao, de sabor algo amargo que en las islas endulzaban con zumo de caña de azúcar y perfumaban con polvo de canela que, derramada sobre unas torrijas, prometía ser una delicia. Para los niños sería su fiesta.

Llegado el día, los invitados con sus familias entraron por el zaguán de la casa Vandewalle: los padres ceremoniosos, los niños casi en tropel, deseosos de encontrarse con los otros niños. En seguida se pusieron a jugar. Jugaban a perseguirse, a esconderse,

a hacer carreras sobre caballitos de madera imitando las justas de los mayores, a las canicas en el jardín, mientras las niñas —algo más tímidas— miraban y secreteaban entre ellas. El final de la fiesta era otra sorpresa: un teatrillo de marionetas con reyes, reinas, princesas, brujas, ogros y dragones. Este fin de fiesta dejaba a los niños hipnotizados, como en estado de trance: tanto estaban silenciosos —abducidos por el miedo y la emoción— como estallaban en carcajadas y aplausos cuando el héroe escapaba del peligro y rescataba a la princesa de las garras del dragón. Y así año tras año, ya que los tres hermanos mayores nacieron con un año de diferencia entre ellos.

2

LOS NEGOCIOS PROSPERAN

Las celebraciones familiares no distraían al jefe de la estirpe de los Vandewalle de sus múltiples obligaciones y compromisos. Al llegar a su casa en la calle del Pósito, después de saludar a su esposa y del encuentro con los niños —que hacían una algarabía cuando llegaba papá—, se iba directamente a su escritorio para hacer los asientos de las últimas operaciones comerciales en sus libros de contabilidad que guardaba celosamente en el bargueño. Entretanto, Rex no paraba de mover su espesa cola en señal de contento por el regreso de su amo, dando vueltas a su alrededor, al tiempo que olisqueaba sus borceguíes queriendo averiguar las andanzas de su dueño. El mecenas brujense no solo atendía su boyante negocio, sino que alimentaba su inclinación a la filantropía haciendo donaciones, que fueron una constante en su vida. Parecía que su fortuna y prestigio aumentaban impulsados por los vientos de la generosidad. En 1552 donó como limosna una escultura de san José —traída de Flandes— para la primitiva iglesia de Breña Baja;

las Breñas eran tierras de negocios y no era mala idea contentar a sus habitantes con una donación que loaba a su patrón y estimulaba la piedad del pueblo. Asimismo, se interesó por el negocio naviero del que era copropietario con otros mercaderes, enviando azúcares, melazas, vinos y otras mercancías al Nuevo Mundo o a los Países Bajos. Y para hacer el negocio completo, el avezado mercader aprovechaba el tornaviaje para traer las bodegas atestadas de lienzos, paños y encajes; también importaba ornamentos para el culto, tapices, piezas de orfebrería y porcelanas, al igual que libros, muebles, retablos y esculturas de los talleres de Amberes, Brujas o Malinas, además de otros bienes procedentes de los lugares adonde iban destinadas las carabelas. Su cabeza parecía un tablero de ajedrez en el que cada pieza se desplazaba con un movimiento calculado, con el mínimo gasto energético y el máximo rendimiento económico: de todo sacaba provecho, y la hacienda de Vandewalle crecía y sus arcas se engrosaban.

3

LA HORA DE CONTAR CUENTOS

A Luis le gustaba leer historias a sus hijos al anochecer: dulces resabios de su infancia cuando su padre los sumergía en las ensorñaciones de leyendas medievales de héroes triunfadores y reyes poderosos. Bajo el cielo oscurecido de la isla, Luis *el Viejo* adoptaba la voz del cuentista: se paseaba por las *Fábulas* de Esopo y los niños se enredaban decidiendo quién quería ser liebre o tortuga; otro quería ser perro reflejado en el río, o se apiadaban del cordero y condenaban al lobo por su astucia malvada. El arte de la oralidad los seducía al tiempo que les despertaba el gusto por la lectura. No se equivocaba Luis cuando en su traslado a las islas incluyó en su equipaje muchos libros, lo más florido de la literatura clásica —él,

asiduo lector de *La Ilíada* y *La Odisea*—, además de un ejemplar de *La chanson de Roland* y otro de *The Canterbury tales*. Luis estaba haciendo una buena siembra introduciendo a sus hijos a aquellos cantares de gesta de la Alta y Baja Edad Media europeas, donde juglares y trovadores recitaban largos poemas épicos poblados de héroes valientes, leales a sus señores, tanto como sumergirlos en los cuentos de Chaucer —ambientados en la Inglaterra de finales del siglo xiv— en los que los peregrinos, en su camino a la antigua catedral de Canterbury, contaban en la posada al anochecer historias de amor y humor, salpicadas por gestas de caballería. No podrían leer a los filósofos griegos en su lengua —como lo hiciera su padre—, mas tenían interés por la palabra escrita que los transportaba a reinos ficticios en países lejanos, desconocidos y muy diferentes a la realidad de las islas. Leer rompía, mágicamente, el aislamiento de la insularidad, trazando nuevas geografías al otro lado del mar.

Se hacía la hora de dormir, y María, siempre atenta al discurrir de la vida en su hogar, sabía que la hora de los cuentos llegaba a su fin. En ese ritual que precede a la hora del sueño, cada noche se despedía de cada uno de sus hijos con un beso en la frente al tiempo que le daba la bendición. Los niños pedían a su madre que rezara con ellos al Ángel de la Guarda para que velara sus sueños y los protegiera del mal; también invocaba María al papa Silvestre con aquella antigua y tranquilizadora oración que le rezara en su infancia su abuela Margarita para protegerlos de magias y malos espíritus: *San Silvestre bendito / del Monte Mayor / libra nuestra casa / y nuestro alrededor / de brujas y hechiceros / y del hombre malhechor*. El sueño caía como una bendición sobre los tejados de la casa de los Vandewalle, y los niños —seguros por la protección de san Silvestre— se entregaban al descanso transitando por aquellas aventuras que su padre les hubiera narrado y que en su inconsciente —discurriendo por las grandes calzadas de los sueños— alcanzaban dimensiones épicas.

LA FIESTA DE NAVIDAD

Y llegaba diciembre, el tiempo del frío, de la lluvia y de los charcos, cercano a la Navidad; un mes inmerso en las tradiciones que revivían con vigor en la memoria de Luis *el Viejo*. No eran los fríos del norte, ni la oscuridad a media tarde en Brujas, donde todo parecía mortecino cuando aún había horas de sol en los mares meridionales. Eran las vivencias familiares —en la mansión de los Van de Walle-Van Praet— las que reverdecían en el corazón de Luis. Eran tiempos de misas al amanecer en aquellos adviertos de oración y de esperanza, con velas prendidas en la penumbra presintiendo y anunciando la llegada de la Luz. Y así, se mezclaban las tradiciones: las del norte con las del sur, lo vivido y lo aún por vivir. Imposible olvidar al paternal Sinterklaas, tan amable con los niños —con su atuendo medieval rojo encendido y su perenne barba blanca—, y su ayudante Zwarte Piet, ocupado en el dulce trabajo de colmar la ilusión de los niños. No podían faltar los zapatos junto a la chimenea y el agua y las zanahorias para el caballo. En los Países Bajos, allá por el siglo xv, decían que la tradición de «poner el zapato» había nacido en las iglesias —el 5 de diciembre, en la víspera de San Nicolás— cuando los más ricos hacían regalos a los más pobres. También decían que todo empezó en Utrecht, en el ya lejano siglo XIII, cuando nació la costumbre de llenar los zapatos infantiles con monedas. Ya en el XIV se consolidaba la fiesta familiar y se ponía el zapato en casa junto a la chimenea por donde bajaba Pedrito con su cara tiznada de hollín derramando por el suelo dulces y juguetes, que viajaban apretados en un saco tan abultado como la ilusión de los niños. Todos estos recuerdos se paseaban por la memoria de Luis mientras instalaba el pesebre con sus hijos en la sala de su casa. ¡Cuánto enredaba el pequeño Jerónimo queriendo tocarlo

todo! —mientras sus hermanos mayores le increpaban—, fascinado por aquel belén de aromas aún frescos de Asís, donde el santo fraternal tocó al niño divino que cobró forma humana al roce de sus manos. Así rezaba la tradición del sur, trufada de milagros y prodigios.

Luis se adaptaba bien a los lugares y a los tiempos, mas siempre asomaba en su hogar un atisbo de las tradiciones bruñenses. En casa se hacían y horneaban las galletas de canela, tan típicas en su país, y sí, los zapatos se colocaban en el comedor, junto al balcón de la nostalgia, esperando colmar la ilusión de los niños que sabían de las tradiciones del norte por boca de papá. Y llegaba el festín de Nochebuena, y la llama de los fogones de la casa Vandewalle martirizaba el fondo de los calderos donde se cocían caldos olorosos, y el gallo tradicional —como en la nobleza europea— asándose en el horno con la aromática leña de brezo. Sí, los ricos sembraban sus mesas con cordero o el fruto de la caza, mazapanes y miel, regados con buen vino de los viñedos de Mazo, mientras los pobres se conformaban con verduras, legumbres, queso y unos tragos de vino peleón. Siempre la diferencia. Ya empezaban entonces los mazapanes y turrones en la cocina española. Decían que el turron nació de manos de las monjas en un convento de Santa Clara, y que el mazapán fue fruto de la casualidad; unos creían que era de origen árabe y otros que nació en Toledo, cuando en un asedio a la ciudad en el siglo xv —y debido a un exceso en la cosecha de almendras— se elaboró, como fruto de la necesidad, tal delicadeza. También se oía del roscón, conocido igualmente como el *Rey de la Faba*, de origen pagano asociado a las saturnales romanas, cuando el pueblo celebraba la llegada de los días más largos tras el solsticio de invierno y se comía —desde el remoto siglo III— aquella torta redonda que encerraba un secreto: la *faba*, un haba seca que a quien le tocara en suerte lo convertía, por arte de birlibirloque, en rey por un

corto tiempo. Y sonaban los villancicos, cantos alegres del pueblo llano al son del tambor —con sabor prehistórico— y de las castañuelas —instrumento tan antiguo como los fenicios—. Y se iluminaba la vida por obra y gracia del niño divino nacido en Belén hacia más de quince siglos.

Los recuerdos de la infancia se guardan en el corazón —donde todo se transforma y se engrandece al ritmo de los latidos— y en la memoria, donde perviven hasta los olores, que se acrisolan y se mitifican para convertirla en una edad feliz orlada por la nostalgia. Esa era la Navidad en la isla tan lejana al continente y bañada por el mismo océano, pero en latitudes más cálidas; una pequeña Tierra Prometida donde germinaba la abundancia y se hacían realidad los sueños.

5

LA ESCOLÁSTICA EN CASA

A María le preocupaba la educación de sus hijos. Quería que estuviesen a la altura de la cultura de su padre y no dudó en buscar maestros y tutores encargados de instruirlos en los fundamentos de las ciencias. Junto al jardín, y cerca del oratorio, había una estancia luminosa y adecuada para instalar los pupitres de los niños. Luis había traído de Brujas una copia de uno de los primeros planisferios que, allá por 1511, aparecía en la *Geografía* de Ptolomeo. María pensó que aquel plano de la tierra, colocado en el aula doméstica, daría a los niños una buena visión general de aquel mundo cambiante que su padre conocía y que ellos ignoraban; solo bailaban en sus mentes topónimos desgajados de su enclave real que ahora podían ubicar en el planisferio. En aquella cartografía incipiente —donde la política imperialista trazaba las fronteras de

nuevos territorios—, paralelos y meridianos se entrecruzaban como avenidas de poder que surcaban los navegantes para llegar a las nuevas y desconocidas costas alumbradas por el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Luis sabía, por experiencia propia, de la importancia de la lectura sin descuidar la caligrafía. Los hermanos mayores se esmerarían en conseguir la elegancia de la letra gótica, apreciarían la claridad de la uncial, la cursiva, y practicarían la tan necesaria cortesana de los reinos de la corona de Castilla, mientras el pequeño Jerónimo brujuleaba por el aula. Aprenderían a escribir con paciencia de escribano, sin olvidar los estéticos y tan socorridos márgenes. Cuidadosamente, Luis *el Viejo* supervisó con su esposa la elección de los tutores para sus hijos y, a pesar de que en la naciente y cambiante sociedad renacentista ya se abogaba por una educación pública y gratuita, la incipiente burguesía mantenía la costumbre —en las clases adineradas— de tener tutores privados para los hijos en el ámbito familiar. La idea era formar individuos libres y cultos. Desde tiempos medievales, la enseñanza basada en las siete artes liberales —que tanto le debía a la escolástica—, se había valido de lo que se dio en llamar el *trivium* y el *quadrivium* —disciplinas académicas que hacían referencia a las artes—, usados en las escuelas monásticas. El *trivium* agrupaba las disciplinas de gramática, dialéctica y retórica —que venían a ser el primer escalón de la enseñanza—, mientras que el *quadrivium* agrupaba aritmética, geometría, música y astronomía. Estudiando estas disciplinas estarían a la altura del esplendor cultural de Europa. Igualmente estudiaron los cambios en la geografía, reflejados por los cartógrafos de nuevos mundos descubiertos a golpe de insistencia y valentía —aquellos navegantes que tantas veces arriesgaron sus vidas en sus largos periplos—. En aquella aula de andar por casa no faltaron los elementos básicos iniciales: abecedarios, silabarios y cartillas que se pasaban de unos hermanos a otros. Ya de mayores

utilizarían manuales y los tan conocidos catones, que constituirían —junto con el conocimiento de las artes liberales— la base para estudios más avanzados de filosofía y teología. La Iglesia, que había monopolizado la enseñanza desde la Alta Edad Media, ahora iba a competir con el naciente Humanismo y, aunque se mantuviera la enseñanza religiosa, los estudios se centrarían en el hombre: del teocentrismo se pasó a poner al hombre en el centro, había menos dogmatismo, eran los albores del antropocentrismo que estaba más en consonancia con la mente abierta y moderna de Luis Vandewalle *el Viejo*.

En esa cuadrícula de organización del saber, los niños empezaron a aprender el abecedario; ya papá les contó —cuando eran muy pequeños— que cada uno tenía que aprender a escribir su nombre, aunque fuera con garabateos, porque allí estaba encerrada su identidad, algo que sería de ellos para siempre; se podría decir que el nombre, impartido al nacer, era su primera propiedad personal. A Miguel se le despertó muy pronto el interés por la música, y Tomás sintió el hechizo de la astronomía que lo atrapaba en las noches claras de la isla, rastreando en el cielo abovedado las constelaciones. Pero había que estudiar para aprender. Los niños se distraen en el aula, se deslizan del mundo real para irse a otro que solo ellos conocen; se entretienen con la mosca que pasa, con la esclava que trajina y cava en el jardín arrancando maleza, limpiando veredas, cogiendo flores que llevan a su merced como una ofrenda. Los hermanos mayores conjugan con aburrimiento los verbos latinos, que los envuelven en un sonsonete pegadizo que, a su vez, alternan con la cantinela de las tablas de multiplicar, mientras todos esperan que los llamen al almuerzo para ser liberados de las garras del saber. Pasaría tiempo —el tiempo de madurar— para que esta nueva generación de Vandewalles pudiera acompañar a su padre en sus paseos por el jardín y compartir su pensamiento acercándose a la filosofía.

A Luis *el Viejo* le gustaba el jardín; era su encuentro con la estética, con la vida y con la muerte. Era una confrontación entre el *carpe diem* y el *ubi sunt*, rubricado por el *tempus fugit*. Sí, el tiempo huía inexorablemente, y era en la contemplación del jardín —en el que se observa tan claramente el nacer y el morir— donde Luis hacía sus reflexiones filosóficas rememorando a Horacio y a Virgilio. Y volvía a los clásicos recordando a Heráclito —*nunca te bañarás dos veces en el mismo río*— con la plena conciencia de que el tiempo es implacable, de que todo cambia irremediablemente. La vida cambiante y frágil, posada brevemente sobre el tiempo, sin posibilidad de escapar de la decadencia.

De vez en cuando, el canto de los pájaros, que anidaban en los naranjos, lo arrancaba de su ensimismamiento filosófico y lo devolvía al fluir del agua de la fuente y al ladrido de Rex, que lo seguía atento husmeando su rastro por los vericuetos del jardín.

6

LA INFLUENCIA DEL PADRE

En las noches de invierno, al calor de las brasas de los fogones de la cocina, la familia se quedaba después de la cena alrededor de aquella gran mesa a la luz de las velas, donde Luis desgranaba recuerdos familiares y retazos de la historia. Disfrutaba relatando viejas leyendas que ya su padre se encargó de transmitir siguiendo la vieja costumbre de mantener viva la tradición. Y así, contaba a sus hijos cómo su padre, el viejo Thomas, se casó dos veces, cómo el dolor le rompió el corazón al morir su esposa Catherina van Praet, aquél triste 15 de junio de 1515, dejando a siete hijos huérfanos de madre. Hablaba del vigor de aquel hombre que, después de sufrir tal pérdida, se casó de nuevo en segundas nupcias

con María Moreel y les relataba cómo aumentó su ya numerosa prole, que alcanzó proporciones bíblicas. También contaba el origen de su familia establecida en Brujas desde el siglo XII y hablaba de los dignatarios que florecieron en su linaje: militares, eclesiásticos, autoridades civiles y miembros de la judicatura. El cargo de regidor parecía una querencia en aquella estirpe patricia que ostentaba el señorío de Lembecke desde principios del siglo XIII. Así lo demostraron muy pronto sus antepasados, empezando por Bartolomé Van de Walle, regidor de Brujas en 1260, y así hasta llegar a su padre, Thomas, que también fue regidor de la misma ciudad en 1515. Estas historias, que mantenían viva la esencia de sus ascendientes, permeaban en los adolescentes Vandewalle, quienes dejaban libre su imaginación reviviendo aquellas gestas del pasado familiar. Los hijos de Luis *el Viejo* eran todo oídos, se bebían la información sin pestañear y poco a poco iban siendo conscientes de cuál era su raíz y su abolengo. Todo caía en tierra fértil, alimentando los incipientes deseos de participar algún día en las funciones públicas de la ciudad y de experimentar en el tentador mundo de los negocios como lo hicieran el abuelo paterno y su propio padre.

En la Baja Edad Media, Brujas era el emporio comercial más importante de la Europa occidental. El estuario de Zwyn era parte de la clave, ya que ponía a la ciudad en relación directa con el mar. Siempre el mar, conectando los puertos de Cataluña, Mallorca, Cádiz y Sevilla con las ciudades del norte. Carabelas cargadas de minerales, lanas, frutas, vinos y aceites cruzaban el océano. Y así, llegaron los mercaderes flamencos a España para cuidar de sus negocios, haciendo gala de su habilidad mercantil y de su capacidad para asentarse en tierras extrañas. Y así, Luis también contestaba a la frecuente pregunta de sus hijos que le cuestionaban por qué se había venido desde tan lejos a establecerse en unas islas perdidas en el Atlántico, que para ellos era el único mundo conocido.

Otras noches el padre se inclinaba por las gestas históricas. Contaba cómo se estrecharon las relaciones entre España y Flandes, y relataba la histórica alianza entre el reino de las Españas y el Sacro Imperio Romano Germánico por medio del matrimonio de doña Juana I de Castilla —hija de los Reyes Católicos— con don Felipe de Habsburgo, llamado *el Hermoso*, cómo creció el imperio, cómo se incentivó el comercio. Y los hijos de Vandewalle preguntaban por los hijos de los reyes, por sus nombres, por su idioma; querían saber exactamente qué era aquella enfermedad de «locura de amor» que aquejaba a la reina Juana, por qué murió tan joven Felipe *el Hermoso*. Y ahí, el brujense narraba las conjeturas urdidas alrededor de su muerte: ¿una mala digestión?, ¿un envenenamiento?, ¿una conjura contra el consorte extranjero demasiado ambicioso, ahíto de poder? En ese punto se animaba la tertulia; todos querían saber los porqués y también ahí se entretejían historia y leyenda esparcidas allende los mares; ahí estaba la raíz maledicente que rodeaba a la realeza y que había llegado a tierras del archipiélago.

Luis *el Viejo*, con su manera de hacer y de forma gradual, sembró en sus hijos el deseo y la sana ambición de una vocación de servicio emparentada con el poder: las regidurías, las maest्रías de campo, los patronazgos..., todos cargos públicos, unos con responsabilidad y todos con prestigio. Era una tendencia que les venía de cuna, pues sus antepasados ya ostentaban este tipo de puestos: estaba en la sangre, estaba en los genes. Su influencia era como el agua clara que se filtra en el humus de la tierra y silenciosa y lentamente va alimentando la siembra. A lo largo de los días y los años iría recogiendo los frutos de su paciencia, de su convicción, de su insistencia. Todos sus hijos darían buenos rendimientos, que él llegaría a ver en el transcurso de su larga existencia.

DE CACERÍA

La memoria de Luis guardaba especiales recuerdos de cuando su padre, Thomas Van de Walle, salía de caza no con fines utilitarios sino por puro divertimento; no en vano, era el pasatiempo favorito de la nobleza, una distracción de aristócratas refinados para la que se requería paciencia, prudencia y astucia. Caza mayor, caza menor, volatería, cetrería... Algo tenía la caza si desde tiempos ancestrales la practicaban reyes, señores, hidalgos y cortesanos. Una pasión que sigue seduciendo a nobles y al pueblo llano. El recuerdo de aquellos halcones poderosos traídos por los mercaderes alemanes para aclimatarlos en Brujas —dispuestos a la captura de presas de volatería— lo arrastraba a sus años de adolescencia y primera juventud, mas los recuerdos se quedaban en Flandes y había que volver a la realidad de La Palma. Se organizaba la cacería: había que madrugar, transitar por terrenos pedregosos, subir pendientes y bajar collados. Hacían fuego de madrugada para espantar el frío acarreado por aquella bruma rastrera que se estrenaba en otoño. Y Luis Vandewalle se tenía que conformar con la caza menor: los conejos abundaban por el monte bajo de las Breñas, acosados por el veloz podenco insular —que ya obedecía a los aborígenes—, de oído y olfato prodigiosos. Sí, el podenco podía detectar su presa en lugares recónditos y capturarla sin daño alguno. Rastreaba el monte, y allí donde olisqueaba algo, donde percibía las emanaciones de la presa, el perro se paraba en seco marcando la posición del conejo. A veces, los cazadores recurrían al hurón —tan salvaje, veloz y escurridizo—, pero siempre con el riesgo de dañar la presa con su fierza. Al final de la jornada, los cazadores se repartían las piezas que —después de una limpieza minuciosa— terminaban en la olla sobre el fogón de leña transmutados en un guiso oloroso con tomillo y otras hierbas.

Para los hermanos mayores, acompañar a papá en las cacerías era una aventura; era una especie de paso iniciático al mundo de los adultos. Para Tomás Vandewalle Cervellón era una meta a conseguir, era adentrarse en aquel rito envuelto en el misterio de dar muerte a un ser vivo, que le daba entrada al mundo de los mayores y que requería observar, ejercitar la paciencia, respirar el silencio y vigilar a los perros —los perros siempre tenían razón con su olfato inequívoco— y, finalmente, cobrar la presa. También, en aquellas incursiones por el monte, Tomás —y más tarde sus hermanos, aunque Miguel nunca mostró interés por ir de cacería— descubrió las setas —tradición desconocida en la isla— y, siguiendo los sabios consejos de su padre, aprendió a distinguir las venenosas de las comestibles, que, regadas con buen vino, aseguraban un guiso delicado y sabroso. Y con la piel curtida de los conejos se hacían mantas para los niños que las esclavas cosían uniendo texturas y colores: la blanca era para el benjamín de la casa, tan suave como una brisa tibia, mientras que las hechas con distintas gamas de marrones y tonos ambarinos eran para los hermanos mayores: cada uno se abrigaba con los triunfos de la caza que engrosaban los buenos paños de Flandes.

Para Luis Vandewalle el ir de cacería era volver a una infancia mitificada junto a un padre cargado de sabiduría; era un tiempo de libertad, de reencarnarse momentáneamente en el hombre ancestral que se hizo experto en la caza para subsistir, era confiar en la paciencia y en el olfato, ese sentido tan primitivo que lentamente hemos ido perdiendo. Luis *el Viejo* tenía sentimientos encontrados: amaba a los animales y sin embargo los perseguía para cazarlos. Solo bastaba mirar a Rex y ver el reconocimiento y la lealtad en su mirada para sentir el pinchazo de la contradicción y hasta de la culpa. Pero el otoño —mezcla de olores y colores— tenía esas cosas: ejercía una atracción atávica que lo conducía al sotobosque en busca de la presa huidiza, de las setas comestibles o de los caracoles que, con su lentitud, eran el contrapunto de la velocidad del conejo: dos

animales dignos de protagonizar y competir en una fábula. Las primeras lluvias traían el otoño; otoño húmedo, brumoso y fértil que con su humilde cosecha enamoraba al *connoisseur* de otras latitudes.

Como era costumbre, de vuelta al atardecer, Luis —intento apaciguar el cansancio— se ensimismaba con el aroma humeante de una infusión de hierbas del huerto de su casa (la vieja Felipa, hierbatera muy entendida, siempre tenía listos hatillos de romero, tomillo y salvia colgados junto a la ventana de la cocina), que era bálsamo para el cuerpo y bendición para el alma. Sumergido en los vapores aromáticos, su mente voló de nuevo al norte, a la casa paterna, y de nuevo el arte le sirvió de solaz en el cansancio después de aquellos días de cacería. En su memoria, repasaba los bodegones del gran comedor de la casa de su familia en el continente; bodegones de naturaleza no muerta sino encendida, luchando por seguir con vida, aquellas aves de plumaje iridiscente junto a cuencos de cerámica rebosando con la más tentadora fruta. El arte imitando a la naturaleza, el viejo concepto aristotélico de *mimesis*. ¿Quién imitaba a quién? La imitación era tan fiel que el observador se sentía abrumado por aquel realismo de sangre caliente y perfumes afrutados: nunca había estado la naturaleza más viva que en aquellos bodegones que poblaban el gran comedor de los Van de Walle-Van Praet en Brujas. Adormecido en la penumbra de sus pensamientos, en aquel duermevela que lo dejaba ensimismado, Luis —desvelado por el toque de campanas al anochecer— de pronto volvió a la realidad de la calle de guijas y adoquines y preguntó cuándo estaría lista la cena. Sobre el mar, la noche crecía tormentosa, los rayos rajaban el cielo abovedado trazando líneas quebradas imposibles que, incandescentes, sucumbían cerca del horizonte. Era el momento de cerrar los cortinajes y escuchar el batir de la lluvia en los tejados, que se desriscaba desde los aleros sobre la calle callada a los pies de la casa. Palidecía el otoño y se barruntaba el invierno.

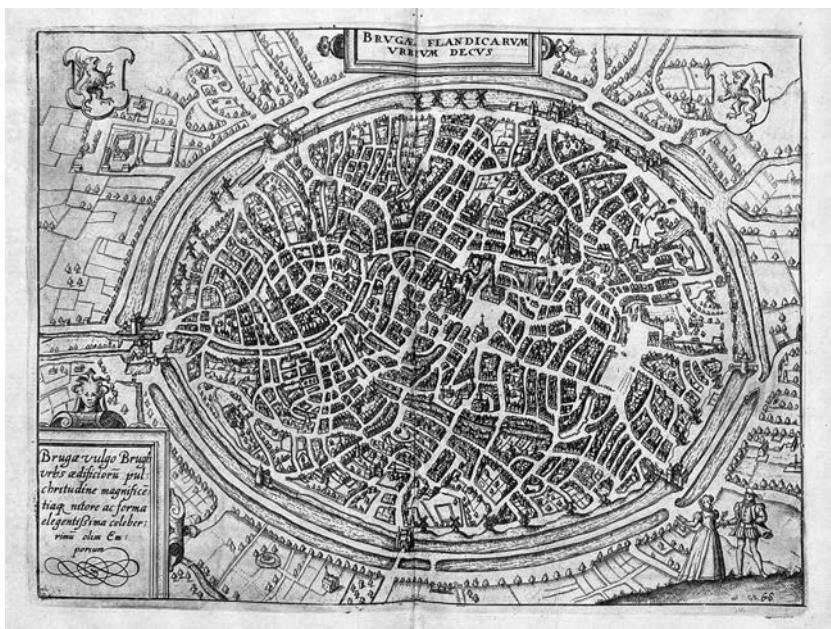
EL FUTURO: UNA INCÓGNITA

En la gran actividad de la vida de Luis Vandewalle *el Viejo*, todo iba orientado a un éxito creciente para él y para la ciudad, cuya opulencia era conocida más allá del horizonte. Nada hacía presagiar los peligros que llegarían por el mar, la cercana y terrible tragedia de la que sería víctima la Muy Noble y Leal Ciudad de Santa Cruz de La Palma.

Ilustraciones



Mapa de Flandes. Matthias Quad, 1592



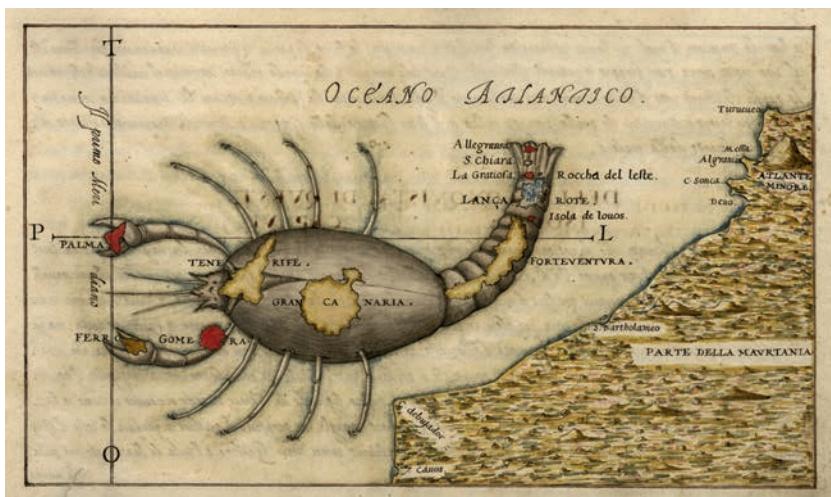
Plano de Brujas. Lodovico Guicciardini, 1625. Colección Poggio Rodríguez



Vista de Brujas, origen de los Vandewalle. Oficina de Turismo de Brujas



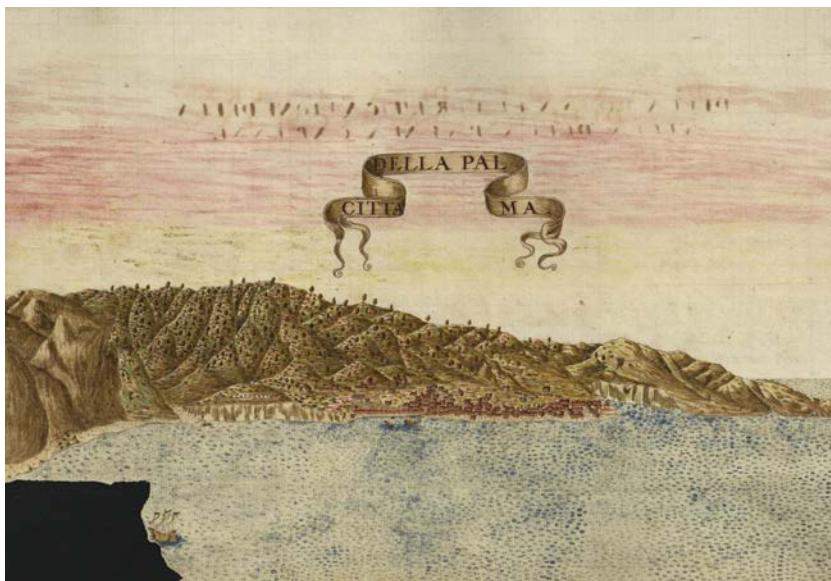
Catedral de El Salvador, Brujas. Oficina de Turismo de Brujas



Mapa de Canarias. Leonardo Torriani, ca. 1590. Universidad de Coímbra, MS-314020



Mapa de La Palma. Leonardo Torriani, ca. 1590. Universidad de Coímbra, MS-314020



Vista de la ciudad de La Palma. Leonardo Torriani, ca. 1590.
Universidad de Coímbra, MS-314020



Plano de Santa Cruz de La Palma. Leonardo Torriani, ca. 1590.
Universidad de Coímbra, MS-314020



Casas consistoriales de Santa Cruz de La Palma, que hubieron de ser reconstruidas tras el ataque de Pie de Palo de 1553. Archivo General de La Palma



Parroquia de El Salvador, Santa Cruz de La Palma. Archivo General de La Palma



Convento dominico de San Miguel de las Victorias y casa de la familia Vandewalle,
Santa Cruz de La Palma. *Nobilissima palmaria civitas*, ca. 1770.
Real Sociedad Cosmológica

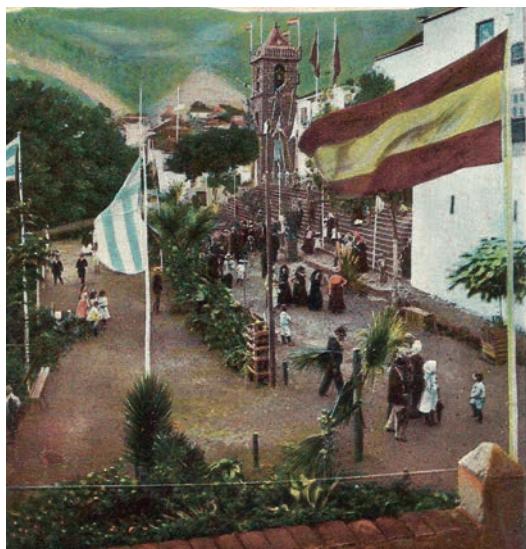


Casa Vandewalle y convento dominico de San Miguel de las Victorias, ca. 1900.

Archivo Jorge Lozano Vandewalle



Los jugadores de cartas, por Lucas Hugensz van Leyden. Museo Thyssen-Bornemisza



Plaza de Santo Domingo, Santa Cruz de La Palma, ca. 1905.
Colección Antonio Lorenzo Tena

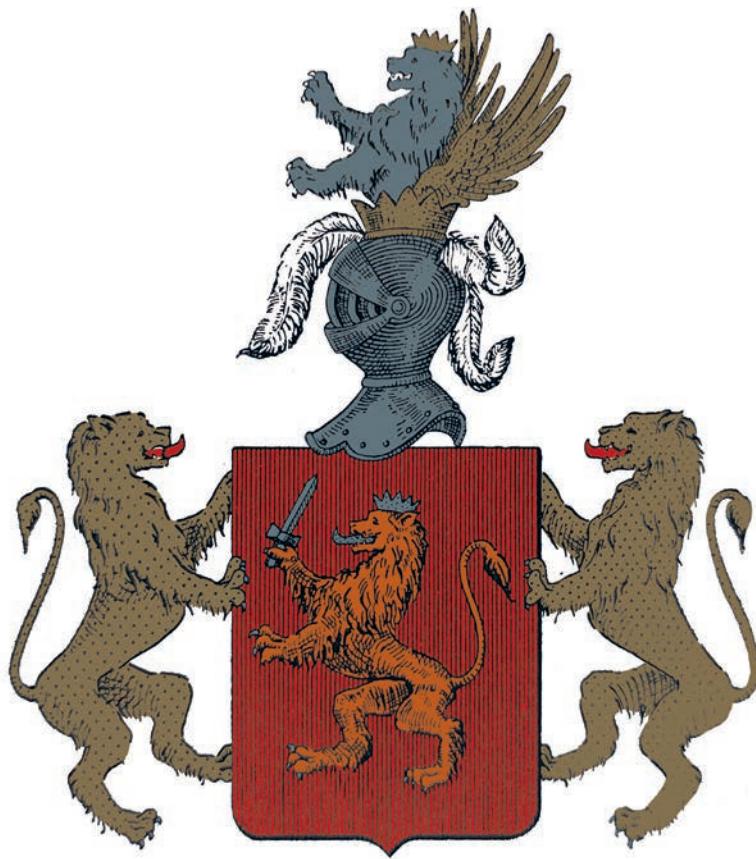


La última cena, por Ambrosius Francken, s. xvi. Iglesia de Santo Domingo,
Santa Cruz de La Palma



Retrato de Giovanni Arnolfini y su esposa, por Jan van Eyck, 1434.

National Gallery, Londres



Blasón del apellido Van de Walle. *Nobiliario de Canarias*, 1954



El marquesado de Guisla Ghiselin fue concedido por Carlos III a los descendientes de Luis Van de Walle en 1776



Virgen de la Merced con san Ramón Nonato y santa María de Cervellón, por Juan Manuel de Silva, ca. 1735. Iglesia de Santo Domingo, Santa Cruz de La Palma

VII. 1553: año de fuego

Esta ciudad era tan vana y soberbia, tan lozana y pomposa, tan rica y bien provista, tan suelta en la injusticia y los vicios y tan dada a deleites con su fertilidad, y tan libre y señora, que no temía la adversidad ni recelaba castigo, por lo cual bien mereció ser cauterizada en su vana presunción y descuido.

Gaspar Frutuoso.

1

EL ATAQUE PIRATA

Era verano. Acodado en el mirador de la nostalgia en las tempranas horas del amanecer, Luis oteaba el horizonte sin ánimo de vigilar peligros y con afán de disfrutar del alba, de beberse aquel resplandor anaranjado que teñía de azafrán el mar en un reguero de luz que iba de la playa al horizonte. Embelesado por tanta belleza, de pronto, se percató de unos perfiles extraños, de unos velámenes ajenos al paisaje marinero que le era tan familiar. A medida que aclaraba el día y se definían las siluetas que se iban acercando a la costa, tuvo que contener el impacto que le produjo la certeza de lo que estaba viendo: naves extranjeras bordeando peligrosamente la costa e intentando desembarcar en medio del oleaje. Era el 21 de julio de 1553. No daba crédito a su visión, pero tuvo el aplomo de mandar recado con un esclavo a la cercana iglesia de Santo Domingo con la orden de repicar a rebato en señal de un peligro inminente: la isla estaba siendo atacada y podía ser víctima de un asedio.

Los franceses, espoleados por la rivalidad con España debido a los amplios territorios del inmenso imperio del rey-emperador Carlos I de España y V de Alemania, asaltaban la isla. Venían del

Caribe con el ánimo encendido, sedientos de botín. Fracasaron en un intento de asedio a Madeira; más tarde corrieron igual suerte en las islas orientales de Canarias y, extrañamente, ignoraron la rica ciudad de Garachico, al norte de Tenerife. Por fin arribaron a las costas de La Palma, ciudad boyante con fama de alto nivel económico, lo que la convertía en un gran atractivo para los corsarios, maestros del pillaje, que soñaban con un suculento botín. Fue un ataque sorpresa; los trámposos bucaneros engañaron a los isleños, que esperaban armados en el embarcadero. Estos pensaban que venían a por las urcas extranjeras —cargadas de azúcar— ancladas en el puerto. Los astutos piratas hicieron ver que una de las naves se dirigía a la fortaleza de San Miguel, cercana al lado sur de la ensenada, mientras el resto de la flota atacaba por el flanco del noreste en la zona conocida como La Explanada. Unos setecientos hombres armados con arcabuces y lanzas desembarcaron y tomaron la ciudad en poco más de una hora, frente a unos palmeros desorganizados que apenas ofrecieron resistencia con palos y piedras. El normando François Le Clerc, viejo lobo de mar, estaba al mando de la flota; tenía fama de codicioso, ungido con el prestigio que le daba el haber participado en muchas incursiones y asedios en los mares caribeños. El ser lisiado, por haber perdido una pierna en la batalla de Guernsey en el año 49 —qué poco sabía él que un día se habría de aliar con los ingleses—, no afectaba a su prestigio, sino que más bien acrecentaba su fama de corsario imbatible enrolado en interminables expediciones a las Antillas, arrastrando el bien ganado sobrenombre de *Pie de Palo*.

Al servicio de Francia, el viejo hugonote normando no cejaba en su empeño y bravura con la mirada y la mente fijas en el tercer puerto del imperio, conocedor de la riqueza floreciente de la isla. Con él viajaba su lugarteniente, el despiadado Jacques de Sores, quien realizó el desembarco por sorpresa y con gran rapidez. Le Clerc no bajó de la nave, sino que daba órdenes; dictó el saqueo

de viviendas y la profanación de la casa de Dios: parecía la confabulación de unos fanáticos calvinistas con unos insaciables piratas sedientos de un fabuloso botín. Siguiendo la consigna del voraz corsario encaramado a su pata de palo —que más que una humillación parecía un trofeo—, los piratas obedecieron y se dejaron llevar por un fervor iracundo: saquearon, robaron, destruyeron, secuestraron a mujeres, usurparon sin un atisbo de indulgencia. Fueron casa por casa requisando riqueza y recuerdos, destruyendo la historia reciente de la ciudad, asolando el arte, el prestigio y la nobleza, sembrando destrucción y cosechando humillación.

2

PÁNICO EN LA CIUDAD

María oyó aquel repique altanero y sintió un escalofrío por su cuerpo. Parecía que tocaban a fuego y no sabía dónde. Oyó el revoloteo de los criados y la voz grave de su esposo, pero no alcanzó a entender aquel recado lleno de prisa. Se despertaron los niños, vinieron el miedo y las preguntas y todos volaron al balcón para ver qué ocurría: no hubo que explicar nada, los niños entendieron e instintivamente corrieron a esconderse. María sintió que una espada de hielo recorría su espalda; había que tomar decisiones.

La gente corría por calles y callejones sin poder controlar el pánico. Los piratas, avezados en el pillaje y alentados por algún traidor que les allanó el camino, asaltaron casas ilustres: las casas del adelantado, las casas del regidor, casas de hidalgos y ricos mercaderes para llevarse un gran botín en dinero, joyas, plata, obras de arte y todo lo que pillaron. Entre tanta confusión, los palmeros intentaron salvar lo que pudieron de sus pertenencias y huyeron a esconderse al monte, a ponerse a salvo de aquella furia

ingobernable y temible. Algunos tuvieron aún menos suerte y fueron hechos cautivos por los invasores, que pedían altos rescates; entre ellos, tomaron como rehén a una joya de la nobleza: doña Melchora de Socarrás y Cervellón, esposa del regidor Sánchez de Estupiñán, por la que pedían unos cinco mil ducados de rescate. Esta noticia corrió por la ciudad como un reguero de pólvora. El miedo se adueñó de los poderosos: nadie estaba a salvo de la insidia filibusta y Luis el Viejo temió por la seguridad de su familia. Se refugiaron —intentando sortear el peligro— en sus casas de Buenavista, desde cuyo erguido promontorio podía vigilar lo que estaba sucediendo en la costa y tomarle el pulso a la tragedia. Desde lo alto, la torre defensiva de San Miguel parecía una pequeña fortaleza de juguete, insuficiente para contener siquiera a un pelotón de soldaditos de plomo. Focos de pequeñas humaredas ascendían esparcidos por la ciudad, como un atisbo del infierno que se avecinaba; el fuego venía del norte y el viento calderero no ayudaba a sofocarlo. Santa Cruz de la Palma estaba en vías de convertirse en un cementerio de cenizas.

3

CAOS Y DESTRUCCIÓN: DEVORADOS POR EL FUEGO

Antes de retirarse, cuando parecía que estaban hartos de tanta codicia, y en un último arranque de odio que fue *in crescendo* a lo largo de los diez días que duró el asalto, prendieron fuego a la ciudad de pleno: grandes columnas de humo se elevaban sobre magníficas casas, suntuosas iglesias, edificios civiles, conventos, ermitas, las casas consistoriales, el archivo público, además de los de las iglesias, donde se guardaban valiosos documentos. La historia se quedó sin voz, la crónica tan necesaria enmudeció dejando un vacío irreparable: seis décadas de historia escrita desaparecían

calcinadas por las llamas. El convento de Santo Domingo sucumbió, al igual que la torre del Salvador. La misma suerte corrió el hospital de Dolores, en el que ardió todo: la casa de los pobres, la cuna, el orfanato, el expósito, el asilo... El fuego no perdonó ni dejó asomar la más mínima indulgencia. También sufrieron el mismo azote inflamado la iglesia de San Francisco y la placeta de Borrero hasta la calle del Apurón. Prendieron fuego a lugares emblemáticos ornados con sobrias forjas y escudos tallados en piedra. Asomadas al vacío, las gárgolas —incrédulas— se vistieron de espanto. De nada sirvieron el poder de los blasones ni el respeto a lo sagrado; todo fue pasto de las llamas, que parecía que ardían más voraces cuando arrasaban iglesias y conventos. ¿Y dónde estaba el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob? De nuevo se hizo el sordo, como en la plaga de langosta cuando asoló y devoró los campos, allá por los años 30. Parecía que los hugonotes y su odio a los católicos ganaban la partida, a la vez que fue la ocasión para que los franceses demostraran su poderío frente al reino de las Españas, aunque solo fuera a través del vergonzoso trabajo sucio de su afamada y temida piratería.

4

LA RETIRADA

Los asaltantes huyeron en sus naves cargadas con un botín que sobrepasaba con creces sus expectativas; muy seguros estaban de que la isla encerraba tesoros donde su avaricia no tendría límites. Y tras la retirada, solo quedaba desolación, destrucción y el imponente silencio que sigue a la tragedia. Lentamente, los avergonzados vencidos volvían a los solares devastados a recoger los restos del naufragio. Comprobaron, con harto dolor, cómo habían arrasado con todo: la ciudad era tierra quemada. Pocas construcciones

quedaron en pie, por lo que se tenían que enfrentar a una reconstrucción penosa, larga y costosa. Mas esta desgracia humillante se convertiría en un reto: había que recuperar el viejo esplendor de la ciudad y gracias a los boyantes negocios de los mercaderes, que seguían con sus exportaciones a Indias y a Europa, y a la ayuda de la Corona, iban a poder afrontar el enorme gasto de la recuperación de la Muy Noble y Leal Ciudad.

VIII. La reconstrucción

En diez años la ciudad se restauró tanto, que ya aventajaba a las que solía; reedificaron templos más ricos y suntuosos, casas más altas, hermosas y valiosas; el convento de Santo Domingo mucho mejor que estaba antes; la capilla mayor la ha mandado a hacer de sus bienes, muy alta y costosa el licenciado de Santa Cruz, dándole también rico retablo y ornamentos.
Gaspar Frutuoso.

1

BORRANDO LAS HUELLAS DEL INFIERNO

Si el año 1553 fue el año de la destrucción, el 54 y los siguientes fueron los años de la reconstrucción. La ciudad sangraba por todos sus costados. La noticia de la debacle se esparció casi con la misma rapidez del fuego que la devoró y la afrenta infligida por los franceses al honor del imperio llegó a oídos de la capital del reino. Herida en su orgullo, la corte de España fue sensible a la tremenda pérdida —que se calculaba en unos 800.000 ducados— y no solo contribuyó con dineros para reconstruir las casas consistoriales y otras sedes del gobierno, sino que también vio la necesidad de una fortificación del litoral de la isla; la ciudad era muy vulnerable y no estaría libre de nuevos ataques, como se corroboró lustros más tarde. En 1554, el matrimonio del joven príncipe Felipe de España con la reina de Inglaterra, su madura tía segunda María Tudor —que lo entrónizó como Felipe I de Inglaterra, *iure uxoris*—, trajo una paz efímera a los mares, que se esfumó con la prematura muerte de la reina, reanudándose los ataques piratas a lo ancho de los mares —a los que se sumaron los de los berberiscos— y las islas serían de nuevo objeto de la codicia filibustera.

RENACIMIENTO DE LA CIUDAD

La casa solariega de Luis Vandewalle *el Viejo* no escapó de la voracidad del incendio. El prócer de Brujas no perdió tiempo en comenzar su reconstrucción sobre las ruinas parciales en el mismo promontorio, atalaya sobre el puerto con vistas a la fortaleza de San Miguel. Desde su propio hogar podía observar, en lontananza, posibles ataques piratas cuyos amargos recuerdos habían quedado sembrados para siempre en su memoria. Después de haber sufrido semejante humillación, el propósito era conseguir una ciudad más bella y prestigiosa —además de apropiadamente fortificada—, devolviéndole su antiguo esplendor.

Fue una oportunidad para que la generosidad del brujense se explayara de nuevo: ayudó —junto con otros próceres y mercaderes— a la reconstrucción de la iglesia de Santo Domingo y su convento haciendo grandes donaciones. Dicen que el resultado fue el renacer de un templo de mayor suntuosidad, como si hubieran querido compensar tal humillación sacrílega con más pompa y boato. La destrucción del hospital de Dolores —en la calle de la Cuna, cerca del Lomo de Mataviejas— clamaba al cielo. ¡Tuvo tantos perdedores!: enfermos, huérfanos, madres desamparadas, mendigos... se podría decir que se convirtió en el hogar destruido de los desheredados de la tierra. El viejo Luis no se hizo el sordo, ni sufrió de ceguera para ver tanta desolación. Parecía que le enmendaba la plana a aquella indiferencia del Dios del Antiguo Testamento y no dudó en contribuir con grandes sumas de dinero a la reconstrucción del hogar de la compasión.

LUIS VANDEWALLE, MECENAS: LA CAPILLA DE CERVELLÓN

En esos años, en los que se multiplicaban la generosidad y el esfuerzo para reconstruir el honor devastado y retirar las ruinas del incendio, el poder y la reputación de Luis Vandewalle *el Viejo* también se acrecentaron. En los mentideros de la ciudad se rumoreaba sobre su próximo nombramiento como fiel y bolsero del almojarifazgo —viejo sistema aduanero de los monarcas musulmanes—, encargado de controlar los impuestos sobre las mercancías descargadas entre islas. Tal nombramiento lo afianzaba aún más en su posición privilegiada; solo unos pocos eran merecedores de tal honor. Su apoyo a la Corona lo demostró ampliamente: después de la gran debacle no había dinero y Vandewalle lo adelantó para comprar pólvora de arcabuz y piezas de artillería para la defensa de la isla. Su actividad no cesaba: tanto se ocupó de buscar una nueva casa para la Aduana como de dar dinero para las honras fúnebres de la reina doña Juana I de Castilla. ¡Pobre Juana! Recluida y aislada en Tordesillas por su locura de amor desmedido, de amor de anaconda, que la incapacitó para reinar desde 1509 hasta su muerte, pasado el medio siglo. Sin embargo, había que gestionar aquella situación con tacto; Juana fue la verdadera reina de Castilla —aunque suplantada a lo largo de su vida por su padre, por su esposo y por su propio hijo Carlos V—, era una pieza valiosa en el tablero de la sucesión que garantizaba la continuidad del linaje real.

Inmersos en la recuperación urbana, y después de reparados los daños sufridos en la iglesia de Santo Domingo por el satánico incendio, se continuó con la obra de la capilla de Cervellón, de la que Luis *el Viejo* fue su gran impulsor, mas no se daría por finalizada la obra hasta el año 1567. Estos gestos de filantropía delataban el sentir general entre las acaudaladas familias de la nobleza isleña, que, por una especie de mimetismo, se sumaban a la corriente de la

generosidad. Así lo hizo la familia de Santa Cruz con la donación de la impresionante tabla flamenca de *La última cena*, del afamado pintor Ambrosius Francken, y las seis tablas de Pierre Pourbus, de la escuela de Brujas. María era especialmente devota de la tabla que representaba la genealogía de Jesús y el árbol de Jesé; frente a ella se encomendaba al amparo de la Sagrada Familia con el rezo del rosario de cuentas de cristal, aquel regalo que su esposo le diera en la noche de bodas como garantía de su piedad.

¿Y cómo saber con certeza si el gran benefactor de la orden de Predicadores estaba movido por el fervor religioso o por un secreto miedo, casi inconfesable, pero a la vez tan humano? En la memoria de todos estaba el impacto de la condena al poderoso Jácome Monteverde, a quien (allá por el año 1528, después de la segunda visita de la Santa Inquisición a La Palma con la intención de poner freno a la impiedad, la blasfemia, la herejía y los diabólicos sortilegios) se le acusó de comprar y leer libros heréticos y de defender ideas luteranas, por lo que fue procesado y condenado por el tribunal de Sevilla *a desfilar como penitente descalzo en el primer auto de fe y a permanecer recluido un año en un convento hispalense*; en aquella ciudad murió encarcelado en el monasterio de San Francisco el Grande por el mes de julio de 1531. Lejos estaba aquel día glorioso de 1521 cuando Monteverde recibió en Amberes el título de Señor de las Islas Canarias. Es probable, aunque imposible saber si fue cierto, que aquellas acusaciones y condena indujeron a Luis Vandewalle a manifestaciones públicas de piedad, afianzando abiertamente su posición de firme creyente en los dogmas de Roma. Las sospechas heréticas eran objeto de falsas denuncias, de dimes y diretes; era como una trampa en la que se podía ver atrapado en cualquier momento. Tanto peso tenían que a Monteverde, en su día, no le sirvieron de nada su esplendidez y generosidad con la Iglesia católica a lo largo de los años: fundó la ermita de San Miguel en su hacienda de Tazacorte y la de Nuestra Señora de las Angustias en el

barranco del mismo pueblo; trajo en sus propios navíos desde Flandes magníficas tallas, como la de Nuestra Señora de la Encarnación, la de San Miguel Arcángel, la de Nuestra Señora de las Angustias y la de la Inmaculada Concepción, para la capilla mayor de la iglesia-convento de San Francisco —que él fundó—, además de ornamentos y otros enseres para el culto. Ninguna de estas devotas acciones hizo cambiar la opinión de los miembros del Santo Oficio y su condena fue inapelable para escarmiento de todos aquellos que se sintieran tentados por las ideas desviadas defendidas por la Reforma.

Quizás por esas razones, Luis Vandewalle *el Viejo* se esforzaba en mostrar su adhesión a la Iglesia, una adhesión sin fisuras que no permitiera sobrevolar el fantasma de la herejía que pusiera en peligro su credibilidad y su integridad. Su creencia en los dogmas católicos se evidenciaba en las pinturas del retablo para la capilla familiar, que se centraba en una narrativa de la Última Cena y del cordero pascual, exponiendo de forma gráfica un discurso contrarreformista opuesto a las tesis de Lutero. Era una exaltación de la eucaristía, ya prefigurada en el cuadro de santo Tomás de Aquino —doctor eucarístico—; su donante quiso poner de manifiesto su adhesión pública a uno de los puntos más contestados de la Reforma Protestante: la presencia real de Cristo en la eucaristía. La citada capilla dispuso de una tribuna cerrada por celosías que garantizaba la privacidad de la familia: podían asistir a los oficios religiosos sin ser vistos e incluso entrar por un acceso directo desde el exterior. Contribuía a la belleza del recinto el frontal de la mesa de altar, forrado con azulejos de Sevilla, además del rico artesonado mudéjar de la techumbre, con su planta rectangular, decorado con temas vegetales. Todos estos elementos coronaban magníficamente la capilla de Cervellón, de la que Luis y su esposa eran patronos e, indudablemente, era un exponente de los privilegios de esta familia, un signo visible de su posición social, de su piedad y de su generosidad.

Aquel refugio bendito sería un lugar predilecto de los Vandewalle, donde se alimentarían de lo sagrado. Parecía que con la restauración se volvía a la normalidad y a la dulce costumbre de los ritos. Luis *el Viejo* había conseguido la dotación de una capellanía perpetua de misa cantada todos los jueves del año. Preguntada María por sus hijos del porqué de tal día, el propio Luis tuvo ocasión de explicarles que fue un jueves cuando Jesús, junto a sus apóstoles, fundó el sacramento de la eucaristía en la cena pascual. La devoción y el boato se completaban con la procesión de la custodia de plata —donada por el brujense— con la Sagrada Forma acompañada por los frailes del convento, que con su monótono canto loaban a Dios. Era costumbre de la familia Vandewalle asistir a este rito semanal acompañada por sus hijos. Cada jueves estaban atentos al repique de campanas que anunciaba la ceremonia, para la que se vestían con un lujo discreto: había que estar a la altura, pero con sobriedad; eso les inculcaba su merced, doña María de Cervellón. Era la ocasión de familiarizarse con la procesión de los frailes, la música del órgano, el chisporroteo de las velas y la solemnidad del cirio pascual con aquellas inscripciones que más tarde aprendieron que eran unas letras griegas que encerraban nuestro destino: alfa y omega, principio y fin. Era la ocasión de que el prior fuera vestido con aquel terno de damasco blanco y ricamente bordado en oro, donado por el mecenas brujense.

Estas prácticas piadosas inculcaban la devoción en los hijos, que, poco a poco, iban intuyendo la importancia de los ritos y la alianza de la Iglesia con los poderosos. Igualmente, los niños se sentían fascinados por el crepitar de la llama de las velas proyectando sombras en las paredes de la capilla, por el canto apaciguador de los frailes, por el sonido vibrante de los acordes del órgano, por el aroma casi hechizante del incienso, por el aura divina que circundaba las imágenes de bulto en los retablos... Fue allí donde se gestó la vocación religiosa del pequeño Miguel Vandewalle Cervellón,

que sus padres alentarían con fervor hasta que, en su día, tomara los hábitos de la orden dominicana. Terminado el oficio religioso, el benjamín le pedía a mamá —casi en secreto— que levantara los manteles del altar para mostrarle el ara, la piedra consagrada que escondía reliquias misteriosas de mártires y de santos de lugares lejanos —de quienes conocían sus historias— y que ellos sabían que la había regalado papá. Muchos de aquellos jueves, cuando estaban a punto de abandonar la capilla familiar, el pequeño se ocultaba tras las celosías de la tarima intentando jugar al escondite en aquel recinto sagrado donde la risa y la alegría eran enemigas de la solemnidad y el silencio.

4

EL REY HA ABDICADO. ¡VIVA EL REY!

Apenas iniciado el año 1556, el día quince de un gélido mes de enero, el heredero de los Austrias, Felipe II, fue coronado como rey en Valladolid tras la abdicación de su padre, el emperador Carlos I de España y V de Alemania, tomando posesión de su vasto Imperio. Mientras los fastos de la coronación se celebraban en la capital del reino, la isla de La Palma seguía inmersa en su microcosmos de intrigas e interrogatorios del Santo Oficio que, sin embargo, no impedía su recuperación de la reciente catástrofe por arte del boyante comercio, a la vez que su puerto mantenía su importancia a nivel mundial a pesar del perverso ataque de la piratería francesa. La ciudad tenía aún muchas heridas recientes, pero el deseo de superación y la determinación de los que ostentaban el poder hicieron posible que empezara a brillar de nuevo.

Mientras, palidecía aquejado de gota en el monasterio de Yuste el emperador Carlos V, quien finalmente agonizaría por el

ataque de un enemigo tan insignificante como un mosquito que, procedente de las fuentes del jardín, le transmitió la malaria. Él, vencedor de grandes gestas militares a lo largo y a lo ancho de su imperio, fue abatido por un minúsculo insecto: su último y humillante adversario. El que disfrutara de tantos privilegios y honores no gozó de la longevidad de su madre, que se perpetuó en un aislamiento enloquecedor: le sobrevivió escasamente tres dolorosos y oscuros años, entregando su alma a Dios apenas estrenado el otoño de 1558. Este luctuoso suceso se dejó sentir en todos los confines del imperio, donde se celebraron exequias por su alma para las que se tomaron acuerdos —como se hiciera en La Palma— con respecto a las demostraciones de luto por el augusto difunto. Pero el dolor no estaba reñido con la vigilancia y la persecución, ya que, a la vez, las islas Canarias estaban sufriendo los rigores de la Santa Inquisición en su tercera visita. Perseguían delitos judaizantes y condenaban sin paliativos el luteranismo, que seguía cuestionando las órdenes religiosas, las bulas, el papado y hasta la existencia del mismo Purgatorio.

5

UNA CIUDAD MÁS HERMOSA

Y, ciertamente, la reconstrucción —que borraba el vandalismo de los hugonotes— se alzó de manera soberbia, a la par que sobria, en la obra de las casas consistoriales, auspiciada por el recién coronado Felipe II. Ya traía el joven rey una trayectoria de sus viajes por Europa, siendo príncipe, junto a su padre, cuando se relacionaba con sus súbditos del norte; allí se había familiarizado con el sumptuoso y elegante estilo renacentista que se asomaba, regio, a la armónica logia de cuatro arcos de medio punto en el nuevo consistorio. Columnas estriadas se elevaban a lo alto, símbolos

alegóricos y górgolas arropaban el sobrio medallón del recién coronado Felipe II, a la vez que el regio escudo imperial —centrado en la fachada— presidía el magnífico edificio renacentista. La piedra tallada sería el soporte para la historia; aquel perfil prognáptico y barbado de los Habsburgo hablaría desde la roca —imborrable libro lítico— a las futuras generaciones.

La presencia del nuevo monarca en la fachada del edificio era una muestra del agradecimiento de la ciudad al rey protector que lo había financiado. La estructura y porte de las casas consistoriales eran tan sólidos como el mismo imperio español, a la vez que constituyan un cierre excelente a la plaza triangular que se abría a los pies de la iglesia del Salvador, donde se lucía la cultura europea, donde el arte *da un salto del Neolítico insular al humanismo renacentista* en aquella isla lejana del Atlántico. La construcción de un edificio de tal porte llevó su tiempo, y no fue hasta el año 1563 cuando se dio por finalizada la obra. Los fastos de la inauguración hicieron historia; fue la ocasión de un despliegue de clase, prestigio y poder. La nobleza de la isla y los cargos políticos se congregaron en aquel rito profano; había que estar presente, la ausencia de alguno de los cargos relevantes podía crear un vacío inquietante: había que estar al tanto de los acontecimientos. Allí estaba el regidor de La Palma, el ilustre don Luis Vandewalle *el Viejo*, con todo el peso y autoridad moral de filántropo y mecenas, que infundía respeto a sus paisanos desde su bien ganada ciudadanía a través de su matrimonio con la Cervellón. Por esos mismos años, se llevó también a cabo la reconstrucción de las fortalezas defensivas a lo largo del litoral de la ciudad: *la conciencia de un ataque inminente y por sorpresa estimula, en medio de los conflictos con Inglaterra, la organización militar y la prevención defensiva*. No solo se recuperó la dañada torre de San Miguel, sino que también se construyeron el castillo del Cabo, conocido como el de San Fernando, y las baterías de Nuestra Señora del Carmen y de San Felipe. Las dos nuevas

portadas, Norte y Sur —rematadas por almenas y ennoblecidas por los escudos de España, de san Miguel y del gobernador Fonseca—, flanqueaban y defendían el núcleo urbano y se abrían junto a las murallas naturales de la ciudad, definidas por el barranco del Degredo y por el lomo de la Encarnación —junto al fuerte del Cabo—, que se asomaba al mar.

Alrededor de 1561 se acometió la reparación de la perjudicada torre del Salvador, que se coronó con un reloj traído de Flandes: la Iglesia, con su poder moral, marcando el tiempo de los pueblos. A partir de entonces, las horas desgranadas desde el campanario van trazando los sucesos de la ciudad; el reloj es testigo mudo de lo que ocurre en aquellas calles algo estrechas y jalonadas por regias edificaciones ennoblecidas por la heráldica familiar. Tras cada puerta una historia, tras cada hora un hecho para la crónica de la ciudad. El gran reloj de Flandes tanto marcaba la hora del encuentro fortuito de enamorados como la de la misa dominical o la del sepelio de un parroquiano, cuando la campana doblaba con el toque de difuntos. El tañido más esperado era el del Sábado de Gloria en Semana Santa, en el que, dislocadas, las campanas repicaban la alegría del resucitado mientras el reloj marcaba la hora exacta del renacer a la vida para los cristianos.

IX. La paz amenazada

*En Constantinopla y en toda Asia hubo muertes y saqueos,
y por doquier se presenciaban escenas de asesinatos,
robo e incendio por causa de los dogmas cristianos.*
Friedrich Hegel.

1

SE REBELAN LAS PROVINCIAS DEL NORTE

Entonces el mundo parecía inmenso y las distancias se medían por los días de viaje que separaban tierras lejanas y costas bañadas por mares exóticos. Los acontecimientos bélicos y de otra naturaleza, ajenos a las distancias, se iban acumulando y escribiendo páginas de la historia, mientras las noticias llegaban a los centros de poder con semanas o meses de retraso. Los focos de autoridad del imperio español hundían sus raíces en paralelos y meridianos muy distantes; era un imperio tan vasto que afirmaban con certeza que *el sol no se ponía en sus dominios*. Así pues, mientras la capital del reino tenía recientes los últimos festejos de la coronación del sucesor de los Austrias, en los Países Bajos calvinistas y anabaptistas iniciaban abiertamente una rebelión contra el dominio español. La actitud iconoclasta y violenta contra iglesias y monasterios desembocó en una división de la nobleza flamenca, hasta el punto de que en Brujas se suprimió el culto católico y las ofensas sacrílegas contra imágenes se tornaron un horror.

La situación de enfrentamiento en las provincias del norte convirtió a los flamencos de la isla en sospechosos de herejía: sobre ellos recaía una vez más la vigilancia de la Inquisición, que tan bien había aprendido el inquietante oficio del interrogatorio. Como contrapartida, se promovió la exaltación de la eucaristía. Luis Vandewalle, queriendo demostrar su fidelidad a los dogmas más importantes de la fe católica, hacía visible su veneración de imágenes y tablas religiosas —alejándose de la praxis iconoclasta—, además de su participación en cultos y oficios de la Iglesia. Su fiel adhesión fue allanando el camino para ahuyentar el fantasma herético que se podía ocultar en cualquier recodo del pensamiento. ¿Cómo era posible que solo en la isla de La Palma hubiera más condenados por la Inquisición que en el resto del archipiélago? ¿Eran los palmeros más avanzados intelectualmente o más «modernos» que el resto de los isleños? ¿Sería el contingente extranjero más proclive a las ideas rompedoras centroeuropeas?

Sin embargo, y a pesar del malestar político-religioso de fondo, el clima benevolente de las islas se reflejaba en los aconteceres de la ciudad, que cabalgaba segura en su ascenso tras la tragedia de la última década. La isla seguía avanzando por los derroteros de la recuperación y los negocios florecían por el buen hacer de los mercaderes. No así en tierras de Flandes, donde la intransquilidad acorralaba el sosiego, donde se iban cociendo a fuego lento las traiciones. Un malestar general azuzaba la rebelión: los cimientos del imperio amenazaban con tambalearse. La opresión del dominio español sumada al celo religioso —tan amante de la ortodoxia— no fue una mezcla beneficiosa que fomentara la paz. En aquel clima de confusión e incertidumbre, Felipe II envió a un noble de su confianza a los territorios septentrionales para

controlar a sus soliviantados súbditos y recaudar dineros para el ejército.

Corría el año 1567 cuando, en las tempranas horas del amanecer, Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, desvelado e incapaz de conciliar el sueño —por el reciente encargo del rey—, repasaba en su memoria los títulos que ostentaba y que guardaba como alhajas en el cajón del prestigio; distinciones concedidas por sus reales señores y ganadas por su nobleza, lealtad y honor: Mayordomo de Reyes, Gobernador del Ducado de Milán, Virrey del Reino de Nápoles, Gobernador de los Países Bajos, Virrey del Reino de Portugal, Grande de España y poseedor del Toisón de Oro, además de ducados, marquesados, condados y señoríos... Tintineo de joyas codiciadas en las que se entremezclaban estallidos de guerras y fragor de batallas: esplendor mezclado con sangre, dolor y muerte. Brillos de mercedes otorgadas con la harta convicción de que eran merecidas y defendidas como la buena honra. Muy seguras tenían que haber estado aquellas cabezas reinantes, como la de Carlos I de España y la de su heredero Felipe II, para confiar en el tercer duque de Alba y delegar en su lealtad tantas encomiendas. No dudó el sucesor del emperador de los Habsburgo en requerir del duque que lo representase en sus esponsales con la princesa francesa Isabel de Valois, cuyo matrimonio trajo la paz al reino de España, así como con la archiduquesa —y sobrina del propio rey— Ana de Austria, tercera y cuarta esposas del austero, prudente y en ocasiones infiel Felipe II.

Mas la lealtad no estaba reñida con el rigor y la dureza, ni la diplomacia —de la que hacía gala el duque— con la fuerza represora que doblegó y castigó la rebelión de los Países Bajos en los albores de la Guerra de los Ochenta Años. El llamado *Duque de Hierro* instituyó el temido Tribunal de los Tumultos, conocido también como Tribunal de Sangre, con la intención de perseguir

a los calvinistas, enemigos de la Iglesia católica —como ocurriera en el año 53 en las islas—, con el propósito de condenar a los iconoclastas que, en el ardor de sus creencias e incontrolado fanatismo, asaltaban y quemaban imágenes, iglesias y conventos. Tal fue el furor de su celo que se cuenta que condenó a casi nueve mil herejes, de los que fueron ejecutados alrededor de unos mil, a quienes desposeyeron de sus propiedades, que les fueron confiscadas. ¿Cómo llorar tanta pérdida?: familia, costumbres, casas arrasadas por el fuego. ¿Cómo dejar atrás todo lo que significaba la raíz de sus linajes?

3

NUEVO ÉXODO HACIA EL SUR

Ante tal avalancha de terror, la mejor salida de aquel escenario de sangre y fuego era el éxodo, una huida propiciada por el miedo: había que salvar la piel. El sur era la respuesta y el refugio; había que entremezclarse y diluirse entre la piedad de los fieles católicos mediterráneos, había que declarar, abierta y casi ostentosamente, lealtad a la autoridad de Roma. No cabía la posibilidad de ningún resquicio que dejara colar la duda herética que condujera a una condena segura. Así lo entendieron todos aquellos nobles que se trasladaron al sur. Dejaron atrás familia, hacienda, amigos, cultura, costumbres, honores, todo el entramado que tejía sus vidas, para aventurarse a lugares que, a pesar de ser desconocidos, prometían ser más seguros, lugares donde no fuesen señalados como sospechosos o etiquetados de hugonotes. Entre los supervivientes y evadidos de aquellas persecuciones que originaron tal éxodo había diversidad de personas, no todas ellas huidas por motivos religiosos, no todas ellas teniendo como meta el sur del continente. Algunos vieron la oportunidad de emprender otras singladuras, ya

que el sur era una especie de pasadizo, algo así como un corredor para avanzar más allá, al otro lado del mar, donde se engendran fortunas y donde luce la esperanza como la luz de un candil en la cuna del poniente.

Así, la masacre causada por la残酷 del duque de Alba y el terror provocado por el Tribunal de los Tumultos, constituyeron una puerta abierta a otros mundos hollados ya por otros aventureros. Y los huidos del norte discurrieron por los cauces allanados por otros emigrantes ya instalados en las islas meridionales donde prosperaban los ingenios, sumándose a los esfuerzos de los extranjeros que labraron sus fortunas en tierras del archipiélago. La Palma —crisol en el que se fundían diferentes culturas, lugar de fronteras con una apenas estrenada tradición de acogida al forastero— era propicia a los negocios de los recién llegados; allí la vigilancia de las normas mercantiles era un tanto más laxa que la impuesta en el continente. Los arribados en aquella «segunda ola» de emigrantes ilustres —avezados en el arte de la mercadería— llegaron a un terreno abonado, lleno de conexiones comerciales con Europa y el Nuevo Mundo: las avenidas del dinero y del poder estaban bien trazadas y transitadas por expertos que hablaban diferentes lenguas y que aprendieron a entenderse con la misma rapidez que fluía el dinero.

4

LA GUERRA INTERMINABLE

Muy a pesar de los poderes reinantes, los vientos que soplaban en los Países Bajos eran borrascosos. La década del 67 al 76 fue, efectivamente, tan tumultuosa como el tribunal del mismo nombre que sembraba el terror. Estaban inmersos en lo que sería una

guerra de dimensiones épicas, dolorosa y destructiva, provocada por la rígida imposición de la religión católica por el severo *Duque de Hierro*. Al duque de Alba le sucedió, en 1573, el gobernador don Luis Requeséns —fallecido tempranamente—, a quien sustituiría el ilustre don Juan de Austria. Y el hermanastro del rey tuvo que enfrentarse a los rebeldes, «bravísimos bribones», y comprobar la imposibilidad de pacificar a aquellos súbditos ingobernables, corroídos por la ira y el deseo de independencia.

Mientras, allá donde las aguas se remansan en la calidez de las estaciones, la vida pululaba con sus preocupaciones, sus proyectos, pequeñas intrigas y empeños. Por fin, en la década de los 60, se daba por terminada la capilla de Cervellón —en la iglesia de Santo Domingo—, ubicada a la derecha del altar mayor, bajo la advocación del Santísimo Sacramento, con una espléndida dotación por cuenta del prócer brujense. Y así, Luis Vandewalle el Viejo vio su propósito coronado por el éxito, estableciendo el patronato en su casa solariega frente a la iglesia. Se diría que en la alta sociedad palmense se respiraba un aire agridulce: había conocimiento del desangramiento acarreado por la guerra al norte del imperio, mientras en la isla se consolidaba la plena recuperación con el buen sabor del triunfo, lo que conllevaba la convivencia de sentimientos encontrados.

X. Venturas y desventuras de la década

1

LA HAMBRUNA ASOLA DE NUEVO

La terminación de las obras de las casas consistoriales fue un hito en el transcurrir de la década. El porte señorial del edificio, ubicado en el mismo corazón de la ciudad, era un testigo firme que desvanecía cualquier recuerdo de la humillación sufrida por el ataque pirata. La esbeltez y la riqueza de los nuevos edificios creaban nuevas expectativas, ahuyentando el resquemor de años pasados y los sinsabores de la guerra de los Países Bajos, que la distancia se encargaba de amortiguar.

A la par que la ciudad renacía de sus cenizas, Luis Vandewalle *el Viejo* no claudicaba en su ritmo como filántropo y no dudó en fundar otro pósito a comienzos de los 60 —que se unificó con el pósito del cabildo— porque el existente resultaba insuficiente. No andaba descaminado en sus proyectos, ya que en el 62 la isla sufriría una gran sequía; el calor arrasó los viñedos y la hambruna se cernió sobre la ciudad. Aún permanecían vivos algunos resbos de la escasez que sufrieron allá por los años 30. En medio de la tribulación, apelaron de nuevo al auxilio divino: acudieron en procesión a la ermita de Nuestra Señora de las Angustias, en Tazacorte, haciendo rogativas, ante aquella imagen dolorosa donada por el poderoso Jácome Monteverde, que en su pesar podía identificarse con la angustia de los hambrientos. Las penurias que padecía la isla no resistían más dilación: el hambre no entiende de esperas y más de dos mil personas se encaminaron con rogativas a la Virgen. Dos días estuvieron errantes implorando la ayuda divina, que se

manifestó, una vez más, en la generosidad de Luis Vandewalle, que dio de comer a unas dos mil personas congregadas en aquella romería del dolor. El pueblo llano, agradecido, asemejaba a su benefactor con Jesús de Nazaret que, ante una multitud hambrienta, multiplicó los panes y los peces.

2

DON LESMES DE MIRANDA: MÚSICA DOMÉSTICA

A espaldas de las miserias traídas por la hambruna al pueblo llano, la clase alta de la ciudad seguía inmersa en la seguridad del dinero y la estabilidad del poder. El pueblo sufría las carencias acarreadas por la sequía mientras la nobleza gozaba del bienestar y de la diversión. Eran años de opulencia para el mercader burgalés Lesmes de Miranda —asentado en La Palma—, quien tenía negocios con los Monteverde en el ingenio azucarero de Argual, además de comerciar con paños, tejidos y cueros que le proporcionaban buenas ganancias. A este acaudalado castellano le sonrió la fortuna, pues gozó de buena posición económica, pero también le azotó la desgracia, ya que perdió a su esposa quedando viudo y padre de una familia numerosa. Sin embargo, a don Lesmes le confortaba el consuelo de sus ocho hijas, *todas bonitas y en edad de casarse*, expectantes frente a lo que les ofreciera su pequeño mundo. La boyante economía del burgalés le permitía disfrutar de una mansión con buenos muebles, muchos de ellos importados de Flandes, donde no faltaba un clavicordio: quería que sus hijas fueran instruidas en el arte de la música y la danza con un profesor versado en ambas disciplinas.

Don Lesmes estaba influido por los ecos de la vida social en las grandes capitales europeas que llegaban a la isla y despertaban

el deseo de emular sus signos de distinción reflejados en el lujo, las joyas, la ropa, los muebles, las piezas de arte tan estimadas y, sobre todo, la música. A la sazón había llegado a la isla, junto con su distinguida esposa, el médico portugués Méndez Nieto que, en su afán de codearse con los poderosos, consiguió ser acogido *por un hombre rico en la placita de la ciudad, frente al barrio de La Chorrera*, y que habiendo ido a buscarlo *con gran pompa*, lo albergó en la planta alta de su casa durante todo el tiempo que su nave permaneció en el puerto. Don Lesmes de Miranda tenía fama de ser un buen anfitrión, y así lo demostró con su huésped lusitano y otros tres viajeros que lo acompañaban, ya que, efectivamente, *los alojó en una casa suya que lindaba con su propia residencia, y allí los colmaba de regalos*. La cercanía a las doncellas de la familia despertó la curiosidad de los viajeros, y así uno de ellos tuvo la insolencia de abrir *un agujero en la pared para poder hablar con una hija de su huésped, de ocho que tenía*. Se supo que un tal Luis Angulo puso los ojos en la joven Isabel con unas intenciones que iban más allá de la admiración y se acercaban al deseo. Nada de esto se ocultó a los ojos del señor de la casa, que ingeniosamente urdió un plan que terminó por avergonzarlo. Así fue como, descubierta la argucia de su invitado, don Lesmes tramó su propia «venganza»: un día entre semana organizó una fiesta e hizo vestir a sus hijas mayores con los más hermosos atavíos y las instaló en el salón; Catalina, Leonor y Magdalena aún eran muy pequeñas y se dedicaban a espiar y a escuchar el mundo de los mayores detrás de las puertas de la gran sala. Las niñas miraban con cierta envidia la suerte de sus hermanas mayores, apostadas sobre ricos almohadones frente a las ventanas. La luz incidía generosa en el rostro de las jóvenes, haciendo aguas y tornasoles en las ricas sedas de sus vestidos; ellas estaban nerviosas y acaloradas ante la perspectiva de bailar frente a los invitados. La intención del borgalés era mostrar abiertamente la belleza de sus hijas, *ofrecidas ahora «de la popa a la proa» a las miradas*

que solo las habían visto más que por embudo, dando a sus huéspedes una lección de cortesía y buen hacer. La fiesta se animó cuando el maestro de baile invitó a las jóvenes a bailar por turno mostrando su gracia, para luego todas juntas lucir su talento bailando con gran soltura la *Danza del hacha* iluminadas por antorchas que, llevadas con gentileza, despertaron la admiración de aquellos señores. Cuentan que la más joven bailó un «*Canario*» con tantas variaciones y armonía que todos estos señores afirmaron no haber visto nunca en la Corte, de donde venían, cosa semejante.

No se conformó don Lesmes con invitar a los forasteros, sino que aprovechó la ocasión para reunir a familiares y amigos cercanos. La lista de asistentes venía a ser un mapa en el que destacaban las relaciones mercantiles escenificadas en el ámbito de la intimidad del hogar del rico mercader: familias de abolengo en las que se encontraban, entre otros, los Vandewalle y los Monteverde, que ignoraban que iban a disfrutar de una velada de música doméstica muy a la manera del continente. Las reuniones de amigos y familia eran la ocasión de urdir otros planes ajenos a la mente de las doncellas, cuya juventud y belleza eran un adorno inestimable en los salones de los Miranda y, a la vez, fue la oportunidad elegida por aquel gentilhombre para, de forma sutil, dar una lección a la osadía de uno de los forasteros que, prendado de la belleza y tersura de la doncella, había tramado semejante plan de espionaje. Sin duda, los salones de don Lesmes de Miranda albergaron esa noche un resquicio de la lejana Europa y la gracia de las bien ensayadas mozas, bailando aquellas danzas cortesanas, fue un despliegue de refinamiento del que se hablaría en los escogidos círculos de la «gente gruesa» de la ciudad.

Si los títulos nobiliarios los otorga la realeza, el poder que da el dinero a los comerciantes venidos del continente no es menos ostentoso, y allí, en la fiesta de los Miranda, brillaron el empuje y la realeza

del dinero, el poderío de los mercaderes extranjeros que configuraba la idiosincrasia de la ciudad. En sus relaciones, la mayoría de ellos desplegaban habilidad y buena labia en la consecución de sus fines, y cerraban sus negocios con un apretón de manos sin necesidad de acudir a la autoridad competente que pusiera su sello con lacre junto a aquellas firmas alambicadas que daban peso al trato.

En el atardecer de la fiesta —y cerca de la hora de la oración—, don Lesmes, sentado junto a sus convidados, se abstrajo mientras hacía un recuento mental de la velada, de sus huéspedes, de la actitud osada de uno de los forasteros especialmente interesado en una de sus hijas, del éxito de su «lección de cortesía», de la brillantez de la música, del acierto de las danzas y de la pomposa presencia de Méndez Nieto con su joven esposa, que pronto los abandonaría camino del Nuevo Mundo. Repasaba mentalmente aquellas conversaciones con mercaderes que apuntaban a pactos con éxito, y sonreía para sí pensando en la simpatía que despertaban sus hijas entre los invitados. Por su parte, las damas comentaban, con una mezcla de entusiasmo y una cierta envidia y complacencia, el atuendo de los presentes en la fiesta, con especial interés en los vestidos de las mozas danzantes, la delicadeza de los encajes, el esplendor de las joyas y la aureola de las jóvenes, que desprendían sensualidad mezclada con inocencia a partes iguales... Sí, la velada había sido un éxito y un hito en las efemérides de la ciudad.

3

FIESTAS DEL CARNAVAL

Mediado el siglo xvi, ya llegaban a la isla noticias de las fiestas del Carnaval. Su origen milenario se asocia al cambio de las estaciones, cuando se acababa la comida acumulada durante el invierno,

y también a la lucha arrogante entre el hedonista don Carnal y la austera doña Cuaresma. Aquella batalla, antigua como imperios venidos a menos, inspiró en el siglo xiv al gran Arcipreste de Hita dando origen al *Libro del buen amor*. Estas noticias llegaron al archipiélago de mano de los españoles y portugueses que hacían escala en la isla en sus viajes al Nuevo Mundo o venían dispuestos a instalarse en la prosperidad de La Palma. Era una fiesta pagana en la que se rompían las normas, la fiesta de la libertad y el desenfreno que propiciaba los primeros escarceos con la broma, la falsedad y la lascivia. La autoridad eclesiástica intentaba reprimir tal desatino, ya que significaba —además de la posibilidad de que se mofaran de altos cargos de la Iglesia— la pérdida del control y el peligro de una desatada promiscuidad, escondida astutamente tras la máscara. Eran días en los que el libertinaje quedaba suelto rondando por calles y callejones de la ciudad al anochecer; era la ocasión de que la alta alcurnia se mezclara con el pueblo llano; podía ser el imperio del desorden, la burla y la diversión tras la cortina del anonimato. Los criados corrían con el recado de sus amos a las señoras de reputación dudosa esperando discretamente sus favores. Los señores disfrazados, envueltos en sus capas con el rostro embozado, provocaban a las frívolas cortesanas, ya que las señoras de abolengo quedaban bien custodiadas en sus casas por miedo a perder la honra, que era el mayor freno, mientras ellos tenían «licencia» para viajar de *la alta cuna a la baja cama*. Y así, los caballeros de fuste se aventuraban en el río de la noche y se sumergían en los enredos, el equívoco y la broma procaz, cercana al descaro.

La fiesta duraba poco y había que aprovechar la diversión antes de la llegada de los rigores de la Cuaresma, con su tiempo de abstinencia. La velocidad del divertimento hacía presentir la fugacidad de la vida y la proximidad de la muerte, tan evidente el Miércoles de Ceniza cuando se imponía el polvo a los feligreses ha-

ciendo una cruz en la frente y recordando salmódicamente —como presagio ominoso— aquella frase de la escatología cristiana: «Polvo eres y en polvo te convertirás». Era tiempo de ayuno, penitencia y oración en desagravio por las ofensas cometidas durante el desenfreno del Carnaval. Los frailes de los conventos loaban a Dios con su canto gregoriano; imploraban perdón para los desventurados pecadores —en peligro de una condena eterna—, que terminarían en aquel pavoroso infierno que quedó tan bien reflejado en las pinturas enloquecidas del Bosco. La familia Vandewalle se sumaba a estos ritos de desagravio, mas, por la magia de la máscara, nunca se sabría con certeza de la posible participación del señor en la fiesta del desenfreno. Al desvelar tal aventura se corría el riesgo de la desmitificación del personaje, por lo que los mismos criados —testigos de tantos secretos— guardaban un sigiloso y respetuoso silencio.

4

JUEGOS DE MESA

Los Van de Walle eran aficionados al juego de cartas y al ajedrez desde su adolescencia en el continente: era un entretenimiento familiar. De las paredes del gran salón de su casa paterna, en la brumosa Brujas, colgaba un cuadro de Lucas van Leyden: la tabla de *Los jugadores de cartas*, que muestra una partida de naipes entre dos hombres de aspecto noble y una dama poniendo sus cartas sobre la mesa. Una escena idílica sobre un fondo de arboleda frondosa reposando sobre un cielo azul. La serenidad de la dama contrasta con la expresión de suspense —y un tanto desconfiada— de los caballeros. Quizás el pasatiempo no fuera tan entretenido y alguien del trío estaba perdiendo. Esta escena de Van Leyden estaba bien grabada y volvía a menudo a la memoria de Luis el Viejo cuando

jugaban a las cartas —aquellos bellos juegos de naipes traídos de Brujas— en los ratos ociosos de cualquier domingo por la tarde.

A medida que sus hijos se iban haciendo mayores, también se iban aficionando a las cartas, e incluso apostaban pequeñas cantidades permitidas por su padre. Luis Vandewalle estaba muy al tanto de los posibles descalabros acarreados por el juego. Recordaba muy bien los apuros y sinsabores que pasó un familiar cercano después de haberlo apostado todo y perder su hacienda; era una navaja de doble filo amenazante y peligrosa, una posible ruina que acechaba a los jugadores empedernidos. Los jóvenes se entusiasmaban y eran llamados al orden, mientras las amigas de su merced jugaban a las damas —en el gabinete, cerca del balcón de la nostalgia—, un juego tranquilo y sosegado apropiado para las señoritas y casi tan antiguo como nuestra civilización. De vez en cuando, los caballeros se reunían para jugar al ajedrez, que requería estrategias que obligaban a pensar bien los movimientos y a templar los nervios, mientras se afilaban la concentración y la memoria. Había que estar en silencio, y los niños observaban callados los entresijos del ajedrez a la vez que memorizaban las jugadas de cada uno de los mayores mientras intentaban adivinar cuál sería el próximo movimiento. Eran pasatiempos de la clase alta y del pueblo llano, especialmente el de las de cartas, que llenaba las horas de ocio del atardecer, mientras la cocinera preparaba el refrigerio para la cena.

Así terminaba el día la familia, haciendo comentarios banales de los últimos acontecimientos de la ciudad, cuando no hablaba con su hijo Tomás de sus importantes negocios. Al otro lado de la pared —que convenientemente mantenía la distancia social—, las criadas cuchicheaban entre ellas al amor de la lumbre que languidecía, mientras amasaban el pan para el día siguiente o cardaban la lana de las ovejas recién esquiladas.

EL TELAR Y LAS TEJEDURÍAS

...en eza dicha isla se ha comenzao a hacer seda porque la experiencia que dello se ha hecho hera muy buena. Así rezan las crónicas de la época ponderando las labores artesanales de entonces y la suavidad y brillo de la seda elaborada y tejida en los pueblos del oeste de la isla, y es que con los portugueses y los andaluces llegó a La Palma el arte ancestral de la tejeduría. Con el arte también llegaron las instrucciones para construir el telar de pedal acompañado de una terminología lusa —*ordume, tapume*— que perduraría en las islas; lusismos que evocaban con cierta nostalgia tierras portuguesas y que las abuelas guardarían en el futuro como un legado, cuando ellas ni siquiera sabían dónde estaba Portugal. Y se construyeron telares con olorosa tea de pino canario —aquel pino que desafiaba al fuego— que ocuparían estancias en muchos hogares: en los modestos por necesidad y en el de los ricos por entretenimiento —bordar en bastidores y tejer eran pasatiempos femeninos en las cortes europeas—. En la isla estaba la materia prima: lino, lana y seda que, gracias al arte de las tejedoras, se transmutarían en madejas para la urdimbre. Pocas décadas atrás los nativos vestían pieles de animales, pero la conquista dio la oportunidad de saltar del Neolítico hacia adelante, hacia el porvenir en la isla; era la ocasión de abandonar paulatinamente aquellas rústicas vestiduras que abrigaban el cuerpo de los aborígenes al tiempo que lastimaban la piel, mientras se iba imponiendo la moda castellana y la de otros pueblos extranjeros. Sembraron lino —campos de color lavanda—, criaron ovejas en Garafía y en los húmedos pastos de las Breñas, que los pastores esquilaban cuando moría la primavera y despuntaba el verano, y para los gusanos de seda afincados en El Paso —traídos desde tan lejos— había que plantar moreras.

Estas innovaciones llegaron a oídos de María de Cervellón, que se interesó en el arte de los hilos y en la magia de la metamorfosis de los gusanos, que, transmutados en capullos y zambullidos en una caldera de cobre con agua hirviendo, se resignaban a su aniquilación. La criada de turno revolvía aquel delicado amasijo —dorado como un trigal— con una vara de brezo, como bruja urdiendo un sortilegio: capullos que cedían la seda para que los ricos se vistieran con más lujo y gloria que el mismo rey Salomón. Así fue como María se inició en el arte del tejer. A ella, precisamente, no le faltaban tejidos para elegir: paños de lana fina, brocados, sedas, holandas y tafetanes, además de los encajes traídos de Flandes y Venecia, mas su querencia era un telar para aprender a tejer. Las artesanas la enseñaron a cardar, a hilar con el huso y la rueca, a urdir, a deslizar la cañuela de un lado a otro con agilidad de pez en el agua, nadando de acá para allá entre los hilos trabajando la urdimbre. Ese era un entretenimiento que espoleaba la creatividad de la señora de Vandewalle, interesada por la variedad de hilos y la magia de las tinturas —cochinilla, cebollas, cáscaras de almendras, nueces—. Ensimismada en su trabajo artesanal, pedía a las criadas, años atrás, que vigilasen a los niños mientras le daba al pedal de la rueca, ocupado su pensamiento en la labor que tenía entre manos. Y María aprendió a tejer con las mujeres de los colonos mantas de dos y tres lizos, traperas para llevar al campo, manteles de lienzo fino para la mesa —en los que bordaba en rojo borgoña las iniciales familiares—, toallas orladas de macramé, pañuelos de la más delicada seda para su esposo que ella guardaba en uno de los arcones de boda, de oloroso cedro. Ella era una señora ilustre y con fortuna, no necesitaba ni hilar ni tejer, mas lo hacía por afición.

El cuartito del telar junto al jardín, bajo la sombra de las palmeras, era su celda privada, su oratorio. En el rincón junto a la ventana dormían los cestos llenos de lana, de trapos, de lino,

ovillos listos para urdir. Allí se acercaban, furtivos, los gatos medio salvajes que trasegaban por las huertas esperando la suerte de un descuido para alcanzar un ovillo y ponerse a enredar. ¡Cómo espiaban sigilosos para colarse furtivos!, aguardando con paciencia gatuna la oportunidad de saltar dentro de los cestos para dormir al calor de la lana. Y llegaban distintas camadas de gatos, al ritmo de las lunas y del celo, y había una especie de contencioso entre los esclavos, los mininos y los niños que no siempre se resolvía con buen fin: estaba en juego la propia vida de los felinos. La gata, trepadora de tejados y andariega, reincidía en sus conquistas y volvía cada poco tiempo a casa oronda, con fertilidad flamante, sin rastro alguno de un compañero que acreditara su paternidad. Era lista y sabía buscar un buen escondite que protegiera a su nueva camada, alejada de las malas intenciones que flotaban en el aire de las huertas y el corral. Los esclavos amenazaban con ahogar en la fuente del jardín a los gatitos recién paridos y el pequeño de la casa imploraba a su señora madre el indulto necesario. A su vez, Miguel tenía debilidad por aquellas miniaturas de pelusa suave que parecían juguetes y, en cuanto podía, los escondía en los bolsillos para llevárselos a su aposento. Con suerte, los mininos crecerían y estarían fuera de peligro, capaces de huir como centellas de las garras asesinas, mas mientras fueran cachorros no tenían más remedio que someterse a la condición de juguetes. Los niños de los esclavos se entretenían atándoles cuerdas con cascabeles al rabo; los azuzaban y los gatos —aburridos de aquel juego— terminaban por escaparse para cazar lagartos, ratones y mariposas, obedeciendo a su instinto que nunca se equivoca.

Así, en el hogar de los Vandewalle convivía el perro del señor —rey de la casa que tenía acceso a los aposentos íntimos de su amo— junto a otros animales: unos canarios que, dentro de una gran jaula, endulzaban con sus trinos el despertar de María al amanecer, al tiempo que estimulaban la curiosidad de Luis el

Viejo, para quien estas diminutas aves eran parte del exotismo de la isla, cautivas en aquella espaciosa pajarera que se asemejaba más a un templo oriental que al hábitat natural del *Serinus canarius* (pájaros autóctonos de las islas que empezaron a llamarse «pájaros del azúcar» —por los ingenios en las islas— y que se pusieron tan de moda en las cortes y en la alta nobleza europeas); las renovadas camadas de felinos que mantenían a raya los ratones en las huertas; dos vacas y una cabra que compartían los corrales (¡cómo trabajaba el queso y la mantequilla Frasquita!); las bulliciosas gallinas perseguidas por el gallo arrogante —caleidoscopio de colores—; un cerdo que engordaban para la matanza de todos los noviembres cerquita de San Martín —promesa de pucheros suculentos y deliciosos chicharrones en los suaves inviernos de la isla—; y además el hermoso caballo Arión, de un negro profundo —cuidado y ensillado por un esclavo—, sobre el que Luis *el Viejo* cabalgaba orgulloso por las calles y los campos cercanos, recordando sus ya lejanas andanzas a caballo por el continente en tiempos del emperador. Mas Arión no estaría mucho tiempo solo; en uno de aquellos aniversarios seños, a María le regaló su esposo una preciosa yegua color miel, casi alazana, de crines encendidas, con un lucero blanco en la frente. A ella se le antojó llamarla Aurora.

6

1537-1562: LAS BODAS DE PLATA

Vivir en la lejanía de las colonias tenía sus ventajas y sus inconvenientes. Distantes de los centros de poder, los complicados problemas del imperio —que llegaban a la isla con retraso de meridianos— se vivían con un cierto desapego, sin llegar a ser indiferencia, en el que cabía un margen para la celebración. En la isla, conocedores de las vicisitudes del reino, intentaban disfrutar

de los logros de la reconstrucción y estaban siempre dispuestos a paladear el buen sabor de cualquier aniversario, efeméride o festejo. Como si el *carpe diem* de Horacio tomara toda su dimensión celebrativa e irrumpiera feliz en el tedio de los días.

Y pasaron los años y se sumaron los lustros y se amontonaban los recuerdos. Entraba el año 1562. Ese año traía un aniversario gozoso: los Vandewalle-Cervellón cumplían sus bodas de plata. Cinco lustros que encerraban media vida: había que celebrarlo. Aquel 8 de diciembre de 1537 empezaba a resultar algo lejano, aunque había recuerdos en rincones de la memoria que María había guardado con celo. Recuerdos de olores, sonidos, colores... era una mezcla de sensaciones que revivían con la frescura de una fragancia. Recordaba el sonido de aquel canto a capela en su entrada al templo del brazo de su padre. ¿Seguiría cantándole el corazón a su amado Luis? De vez en cuando, las evocaciones de María se deslizaban por los derroteros de la nostalgia; sin embargo, no la arrancaban del todo de la realidad: había que preparar la fiesta, había que celebrarlo religiosa y profanamente.

Mientras, Luis pensaba en un regalo para su esposa digno de tal aniversario. Se acordó del conocido platero Pedro Leonardo, orfebre de renombre en la isla, y decidió encargarle un servicio de fuentes de plata para la mesa con candelabros a juego y una caja joyero de filigrana de la misma aleación. No era corona de plata, como se hacía en los países del norte desde tiempos medievales: de Alemania venía la tradición de que al cumplirse cinco lustros de las bodas se le regalaba a la esposa una corona de plata (en alusión a aquel dardo argentoso que, por las buenas artes de Cupido, había atravesado el corazón de los enamorados) por la buena fortuna de haber conservado la vida de la pareja y de la familia tantos años. Era un obsequio para perdurar en el tiempo, con un grabado del escudo familiar y sus iniciales entrelazadas como sus propias vi-

das. Ella le regaló a él un tintero del mismo metal —posado sobre una rica bandeja— con la inscripción del nombre de sus hijos en sus cuatro lados rubricados con sus fechas de nacimiento, como queriendo sellar una vida fructífera.

La mañana de aquel 8 de diciembre amaneció luminosa alumbrando las ilusiones cumplidas de la pareja: cuatro hijos saludables, bienestar económico y una familia creciente; los futuros matrimonios de los hijos eran una promesa de continuidad. Todos se encaminaron a la iglesia de Santo Domingo; cuando el repique de campanas anunciable la celebración eran las once de la mañana. Subieron las escaleras que elevaban el templo sobre lo que un día fue una colina; salvaron los últimos peldaños disimulando la emoción y María escondiendo un ligero y pasajero temblor. Ya no estaba el brazo de su padre para apoyarse, ni la emoción se parecía a la emoción primera de hacía veinticinco años. María había crecido en estatura moral, en fortaleza, en sosiego; era como la mujer bíblica del *Cantar de los cantares*, como una perla valiosa, como un bastión de entereza, y entró segura, cabeza alta, del brazo de su esposo, confortada por aquella música sacra que la serenaba. La celebración fue larga, pero María sentía el secreto regocijo de ver a su hijo Miguel participando en los ritos que alimentaban su vocación religiosa. Se renovaron promesas, se intercambiaron anillos, se cruzaron miradas que podían leer los sentimientos escritos en el corazón. A la salida esperaban las felicitaciones de la familia, de los amigos. Luis *el Viejo* era la imagen de la plenitud y del éxito.

En casa quedaron sirvientes y esclavos ultimando preparativos; el jardín y la huerta pulcros, sembrados de colores; los salones dispuestos con sus mejores galas; el comedor esperando a los comensales y en la cocina el trepidar de los calderos y el horno de leña encendido asando a fuego lento las piezas de cacería; verduras de la huerta, los postres de Felipa, todo a la espera de los señores

que, en una misa de Acción de Gracias, alababan a Dios por las mercedes recibidas. Mas Luis *el Viejo* no se conformó con obsequiar a su esposa, sino que quiso celebrar la efeméride con un regalo a la Iglesia. En un tornaviaje de sus barcos venía una imagen de san Luis de los talleres de Malinas que donó al monasterio dominico. Con suerte, vendrían más aniversarios que sellarían el compromiso de un amor duradero: quién sabe si bodas de oro, bodas de diamante... pero ese tiempo aún estaba por llegar, el tiempo en el que suceden las cosas, que nadie para o interrumpe. Solo la vida, posada fugazmente sobre aquel tiempo, tendría la última palabra: la vida efímera y el tiempo eterno.

7

PROFESIÓN DE FRAY MIGUEL VANDEWALLE Y CERVELLÓN

La vocación religiosa de Miguel fue como una semilla sembrada por la mano de un ángel al amanecer cualquier día de su infancia en el silencio de su inocencia. Miguel esperó y calló; solo compartió con su madre parte de su secreto. María aprendió a no preguntar y a confiar. Miguel crecía y sentía la falta de sintonía con los negocios de su padre mientras que, por otra parte, experimentaba atracción por los libros, por la reflexión y el silencio y, solo más tarde, por la filosofía, por la teología, por el misterio. Desde su casa, podía ver en el convento el ir y venir de los frailes y del único hermano lego de la comunidad; allí se respiraba la vocación de servicio, de estudio, de trabajo... había algo que le seducía, y no eran los sueños de allende los mares que tuviera su padre décadas atrás; era una realidad posible frente a su propia casa.

María observaba a su querido hijo Miguel e intuía sus pensamientos, que ella guardaba en su corazón. Mientras, soñaba con

la hora en que su hijo vistiera aquellos ropajes de seda y oro que tiempo atrás su esposo donara a la iglesia sin poder adivinar que un día sería su propio hijo quien los llevara, ni que celebraría en la capilla de Cervellón. Tendrían un gran apoyo dentro de la propia Iglesia que tantos desvelos había despertado en el alma de Luis el mecenas, el filántropo, el prócer brujense que sembró su raíz en la isla en el ya casi lejano 1535.

Y así, parece que los avatares de la familia Vandewalle discurrían por las bien trazadas rutas del paterfamilias. La década de los 60 estuvo llena de aconteceres que se desgranaban en tierra fecunda y florecían dando abundante fruto y alimentando el árbol familiar. Si 1562 fue un año marcado por una efeméride íntima, 1564 se recordaría como el año en el que Miguel Vandewalle profesó como fraile en la orden mendicante de Santo Domingo. Decían que, al haber renunciado a crear una familia propia, recibió de sus padres una legítima de mil quinientas doblas. Todo encajaba en un plan ideal: el primogénito Tomás se ocuparía de la hacienda familiar, mientras que el segundo hijo tomaba los hábitos religiosos en la plenitud de sus veinticinco años. Con la fundación de la capellanía estaba garantizada la misa cantada de todos los jueves del año, además de dos procesiones; todo vinculado a la tan querida capilla de Cervellón. En este entramado religioso, Luis *el Viejo* recibió, en su momento, un diploma de hermandad como distinguido bienhechor de la orden de la que eran beneficiarios su esposa María e hijos hasta el cuarto grado de consanguinidad con derecho a asiento y sepultura en la misma capilla familiar para él y sus descendientes.

El día de la profesión de fray Miguel fue un día glorioso; toda la familia estaba en el templo. La brillantez de los acordes del órgano en tono mayor, el canto de los frailes, la procesión del Santísimo en la custodia bajo palio, el aroma de las volutas

de incienso —que ascendían a aquellas techumbres de belleza mudéjar—, los cirios, las flores, las imágenes y tablas flamencas, los ornamentos y vasos sagrados que tenían el marchamo de la generosidad de Luis *el Viejo*, contribuían al esplendor y al boato de la celebración. En el momento en el que Miguel juró su triple voto de castidad, pobreza y obediencia, Luis y María convergieron en la mirada y ambos corazones latieron al unísono habitados por un solo deseo: pedían a Dios lealtad para los votos de su hijo, sabiendo que la renuncia que estaba haciendo iba a ser dura, pero también llevaría aparejadas sus propias compensaciones. Ambos sentían que estaban recogiendo los frutos de la buena siembra, y las campanas tocaban a gloria, aquellas mismas campanas que una década atrás habían tocado a rebato para avisar del peligro inminente de la invasión de los piratas hugonotes. Aquellas campanas marcaban el tiempo desde la aurora hasta el anochecer, llamaban a maitines y a vísperas, repicaban de alegría compartiendo la felicidad familiar con la vecindad, con toque de fiesta, con repique de domingo. Desde entonces, los Vandewalle tendrían en la orden de Predicadores un custodio de su propia sangre velando por ellos ante el padre celestial.

8

MÁS SOBRINAS CASADERAS

Los compromisos en la familia Vandewalle se iban multiplicando, tanto en la esfera religiosa como en la profana. En 1565, el tío Luis seguía haciendo honor a su fama de mediador y de tener buen olfato para las alianzas familiares, que daban como resultado un tejido endogámico donde primaba el interés común de las partes, y no es de extrañar que hiciera sus pesquisas e indagaciones para tales alianzas entre sus paisanos del norte. Llegado el momento, concertó

el matrimonio de sus otras dos sobrinas, Susana y Ana, hijas de su hermana Anna Van de Walle y de Jan Jaques, ya fallecido, por lo que el tío de las jóvenes se había convertido en su albacea y valedor. Susana casó con el flamenco Hanes van Dayzel —con quien Luis *el Viejo* ya tenía tratos comerciales—, estante en la isla y relacionado con la familia Monteverde. Como el mercader que era, su interés giraba —como polilla atraída por la luz del dinero— en torno a la actividad mercantil que realizaba en una tienda de su propiedad. El contrato matrimonial se hizo en la isla entre el contrayente y el tío de la novia, mas la boda se celebró en Brujas, donde residía temporalmente Susana Jaques Vandewalle. Los novios volvieron a La Palma, donde, además de una buena dote, recibirían ayuda del tío Luis, en cuya casa vivieron más de diez años; años fértiles en los que engendraron seis hijos que multiplicarían los nombres familiares. La otra hija de Anna Van de Walle, Ana Jacques, también tuvo un matrimonio concertado por su tío: casó con Anes Vantrille, de posición ventajosa en la isla, y Luis *el Viejo* estipuló para su sobrina una jugosa dote, siempre pensando en la conveniencia de acumular propiedades. El telar donde se tejía la trama económica de las diferentes familias importantes estaba en marcha y el hilandero se esmeraba en conseguir resultados ventajosos para todas las partes, siendo el producto final una urdimbre resistente, donde la mujer era la lanzadera indispensable para conseguir un tejido económico estable y poderoso.

En efecto, los intereses económicos estaban muy presentes en aquellos contratos matrimoniales; la mujer venía a ser un mero objeto pasivo de intercambio para realizar una transacción de bienes entre las partes. Se hace difícil imaginar que el amor tuviera cabida en aquellos tratos matrimoniales llevados a cabo entre hombres poderosos. La novia, que debía ser la protagonista, se convertía en mercancía; debía ser sujeto y tuvo que conformarse con ser objeto de intercambio: eran matrimonios de conveniencia. Esas eran las

normas de un pacto ineludible controlado por el patriarcado; no había libertad de elección. La alternativa más honrosa a quedarse soltera era el convento —morada de varias descendientes de los Vandewalle—, mas no era muy deseada por muchas de aquellas doncellas casaderas. Parece que María de Cervellón fue más afortunada, ya que se casó por amor, a pesar de ser una «presa» muy codiciada dentro del paisaje social de la villa y, por tanto, posible víctima de un contrato no deseado por ella. Luis Vandewalle *el Viejo* tuvo ojo y tuvo suerte.

9

UN PORTUGUÉS ILUSTRE VISITA LA ISLA

Por esas fechas visitó la isla un viajero ilustre, Gaspar Frutuoso, sacerdote y humanista portugués. Dado que era un hombre de religión, visitó los conventos de órdenes mendicantes en la ciudad y pudo comprobar en persona la riqueza en arte religioso que custodiaban franciscanos y dominicos. Su vena de historiador pisó un terreno fértil y pronto se vio inmerso en el trabajo de desgranar el paisaje y la historia de la isla.

En el convento de Santo Domingo tuvo ocasión de conocer a fray Miguel Vandewalle Cervellón, que no dudó en introducirlo en el círculo de su padre, Luis Vandewalle van Praet. Era un mundo de relaciones fructíferas, casi cosmopolita, alimentado por las últimas informaciones de las personas cultas recién llegadas. Luis *el Viejo* se interesó de inmediato por la trayectoria del humanista y por su periplo por las islas Azores recogiendo documentación para la elaboración de su *Saudade da terra*. La topografía y la historia de la Macaronesia fueron un hechizo para el sacerdote lusitano que le empujaba a observar, a estudiar y a escribir, y así Canarias

también fue objeto de su trabajo: las islas del Atlántico fueron su especialidad. Las tertulias en casa de los Vandewalle-Cervellón hicieron historia, trenzando arte, teología y filosofía. Estaban trazando el camino hacia el futuro; aquellos cultos personajes estaban dibujando en sus conversaciones el perfil de una utopía que nacía de aquel intercambio de pareceres y conocimiento a la sombra de una arcadia isleña que germinaba en el jardín de los Vandewalle.

10

LUTO EN LA CORTE

Los frentes en el imperio se multiplicaban: los Países Bajos seguían sublevados. Los tercios estaban descontentos por falta de recursos, había incendios voraces que intentaban reducir a ceniza ideas religiosas y políticas; intrigas y espionaje campaban por sus fueros, América encandilaba con su riqueza despertando la avaricia, y todo aderezado por una ambición desmedida de poder y deseos de traición.

Por si esto no fuera suficiente, a las desgracias políticas se sumaron las pérdidas personales en la realeza española. El tórrido 24 de julio de 1568 murió sospechosamente el heredero de don Felipe II, el príncipe don Carlos de Austria. De esa pérdida tuvieron noticia en el archipiélago, causando una sorpresa apaciguada por la distancia. Decían que el móvil fue un devaneo amoroso: pensaban que el príncipe se había enamorado de la joven reina Isabel de Valois, esposa de su padre Felipe II y veinte años más joven que el rey, algo que no era del todo cierto. Las razones que lo exasperaban eran más de tipo político que amoroso: sus quejas, su furia y desesperación nacían al verse apartado de las decisiones de la corte, debido a sus múltiples problemas físicos y mentales, sin ningún aliado —que él buscaba secretamente— que lo defendiera.

Don Carlos, pues, era un joven ambicioso y de violencia desmedida que dio sobradas muestras de inestabilidad emocional, con gestos de agresividad hacia su propio padre, a quien consideraba el causante de todos sus males. Se autoexilió en una huelga de hambre, asediado por el desasosiego en los confines de su soledad: era su manera de reclamar violentamente un imposible. Ya su bisabuela doña Juana I de Castilla había utilizado tal argucia para exigir —en su impotencia— que le devolviesen a su querida hija póstuma, la infanta doña Catalina de Austria, que le había sido sustraída por orden de su hijo Carlos, el que un día sería el emperador. Dicen que, en su enajenación, se acrecentó el carácter agresivo del príncipe, teniendo que ser encarcelado por su augusto padre, y que tal reclusión fue cubierta por un manto de silencio: nadie se atrevía a hablar de tan desafortunado suceso, amordazando estupor y vergüenza mientras duró el cautiverio. Murió a consecuencia de aquel amargo extravío apenas estrenada su juventud: veintitrés años destinados a descansar prematuramente en el convento de Santo Domingo del Real, para ser trasladado más tarde al Panteón de Infantes del monasterio del Escorial. Dejó tras de sí una estela de habladurías y conjeturas: ¿envenenado?, ¿encarcelado por oscuras razones? Su violencia y ansias de poder lo llevaron por la senda equivocada haciéndolo víctima de sí mismo; su excesiva codicia —aderezada con un odio profundo a su padre— dictó su condena. La muerte del único heredero varón de los Habsburgo dejó al país estupefacto y al rey sumido en una gran tristeza. En los mentideros del reino solo se hablaba *sottovoce* de las sospechosas circunstancias de aquella tragedia, mientras el pueblo llano empezaba a murmurar en romances los entresijos de aquel drama histórico, que muy bien pudo haber inspirado una de las tragedias de Calderón de la Barca en el siglo XVII.

Y se fueron sumando las muertes en la casa de los Austrias en aquel otoño nefasto, ya que el vientre de la joven reina había

florecido con un tercer embarazo que se malogró a los cinco meses de gestación. La reina consorte palidecía con una debilidad de muerte, quedando su esposo, el rey, abatido en una gran desolación. Solo habían transcurrido tres meses desde la muerte de su hijo el príncipe don Carlos cuando tuvo que hacer frente, de nuevo, a la muerte que iba haciendo su trabajo; según el propio decir del rey, aquel año de 1568 «había sido mi año funesto, el año de mis pesares». Y allá en el archipiélago, la nueva campana traída de Flandes y erguida en el tercer cuerpo de la dañada torre del Salvador —que suplía la destruida por los piratas en el 53— tocaba a muerto en las exequias del príncipe que murió por mal de amores, tal como cantaba dudosamente el pueblo, y en las de la reina consorte de España doña Isabel de Valois. Aquella campana, apenas estrenada, que *marcó las horas de gloria y ocaso* de la Muy Noble y Leal Ciudad de Santa Cruz de La Palma.

XI. Lógicas casamenteras y otros aconteceres

1

TOMÁS VANDEWALLE Y CERVELLÓN - ESPERANZA
FERNÁNDEZ DE AGUIAR

...de cómo el contrato matrimonial trascendía lo privado y es vital para comprender las alianzas de poder, las relaciones sociales o la transmisión del patrimonio. Así se enfocaban y forjaban las alianzas matrimoniales en el Quinientos, en las que la realeza y la nobleza europeas eran experimentadas, y La Palma emulaba esas prácticas sociales en las que el amor era secundario al interés de las partes, afanadas en construir, mantener y acrecentar el poder y el patrimonio a través del matrimonio.

Se acercaba el final de la década y la reconstrucción de la ciudad estaba superada, mientras los acontecimientos familiares se iban sumando a la rutina diaria de los Vandewalle. La nueva generación crecía y se iba haciendo mayor. Luis *el Viejo*, fiel a su política de casamentero —llevada a cabo con sus sobrinas— y convencido de la fuerza de estas alianzas, arregló el matrimonio de su primogénito Tomás Vandewalle y Cervellón, que apenas superaba la veintena, con la joven Esperanza Fernández de Aguiar, nieta del conquistador Juan Álvarez Cordero. Había una buena relación con los Fernández Aguiar, y por medio de este bien planeado matrimonio se aumentó el patrimonio de ambos. Ya Tomás había entrado en los negocios de su padre cuando en el 65 participó en la fundación de la Compañía Comercial, de la que también formaba parte el flamenco Hanes van Dayzel —miembro político de la familia—. Tras las huellas marcadas por su padre, fiel a su sangre

de mercader, Tomás adquirió propiedades agrícolas en el noreste de la isla, poseía parte de la hacienda de los Catalanes, tenía tierras, casas, aguas y cañaverales.

Y se prepararon los esponsales con igual mimo que se hicieran los de sus padres veintitantes años atrás en la iglesia del Salvador. Y se repetía el ceremonial que Luis *el Viejo* protagonizó entonces ganando el trofeo más importante que consiguiera en toda su vida: María de Cervellón Bellid, a quien amó por el resto de sus días. ¿Quién sabe dónde se escondía el amor en aquella pareja de jóvenes privilegiados de la nueva generación, comprometidos en un matrimonio pactado? A juzgar por el fruto de la unión, aquella familia numerosa era garante de la continuidad del linaje de los Vandewalle en las islas: siete hijos tocados por el noble carisma del mecenazgo y la filantropía eran una firme inversión de futuro. Si no hubo amor a primera vista entre la pareja, sí parecía que la unión propició el cariño que da como fruto la complicidad. Por su parte, Tomás cumplió con creces las expectativas de su padre: además del crecido éxito en sus operaciones comerciales, desempeñó el patronazgo de la capellanía de Santo Domingo, al igual que fue nombrado regidor perpetuo de la ciudad justo un año antes de su fallecimiento, en 1594.

2

RONDANDO LA DECADENCIA

Ya María de Cervellón empezaba a sentirse algo delicada de salud, pero hacía de tripas corazón para no abdicar de sus responsabilidades. No quería que su esposo viera su declive, que cada día era más difícil de ocultar. A menudo se sentía indisposta y se le nublaba la mirada; ya apenas distinguía la línea del horizonte,

y el sol, al amanecer, era como una naranja inmensa, desvaída y difusa, que brotaba fuera de tiempo en el sitio equivocado, cuando ella sabía muy bien que los naranjos no florecen en el mar sino junto a los muros de su jardín. Con la vista emborronada, buscaba en la penumbra del día un gatito de la última camada que, furtivo, aprendió el camino para llegar a la anciana: se subía a su regazo, se acurrucaba calentándole el corazón y sus doloridas manos que más parecían sarmientos faltos de savia; acariciarlo era un sedante.

Sin mucho éxito, Luis trató de ayudarla con la atención de los mejores médicos de la ciudad, pero su condición no mejoraba y allí donde crecía la preocupación sucumbía la esperanza. Mas la mente de María seguía lúcida como en sus mejores tiempos; estaba pendiente de los ires y venires de la casa y algo ansiosa por el futuro de sus hijos Luis *el Mozo* y Jerónimo. Ya Tomás estaba en buena ruta tras los pasos de su padre, prosperando en los negocios. En el terreno familiar daba a su madre su primer nieto, que también llevó el nombre de su padre y el de su bisabuelo Thomas, fallecido en Brujas en el año 30. Y con los años vendrían otros brotes que aumentarían la frondosidad del árbol familiar: Gaspar, Luis, María, Juan, Esperanza y Catalina poblarían la casa solariega que Luis *el Viejo* edificó en lo que se llamó la calle del Pósito, que siglos más tarde sería bautizada con el nombre del mecenas.

3

LUIS *el Mozo* - ÁGUEDA DE BRITO

El tiempo de la ya debilitada María se consumía, y su querencia de ver bien casados a sus dos últimos hijos se hacía apremiante. Ya su esposo sopesaba posibles alianzas con familias poderosas

para concertar los matrimonios de sus dos hijos menores. En la mente de María estaban presentes las conversaciones al respecto mantenidas con doña Xinebra de Brito, viuda del mercader Luis Álvarez, cuya hija Águeda de Brito estaba en amores con Luis *el Mozo*; amores aprobados por su madre Xinebra, quien tenía bien programada su dote de cuatro mil doblas de oro, fincas, casas y ganado en tierras de Mirca, Mazo, Puntagorda y Buena Vista. Por si no fuera suficiente, se añadían al ajuar y a los muebles dos esclavas —la negra Catalina y la mulata Leonor— que aseguraban un buen servicio a los señores, todo hecho *sin pleito ni contienda alguna*. La viuda Xinebra no dejaba nada sin atar, lo controlaba todo. Así reza la escritura de la dote firmada el 9 de diciembre de 1568. Entre los ocho testigos figuraba Luis Vandewalle *el Viejo*, artífice del trato, junto a su consuegra doña Xinebra de Brito. La escritura fue tan clara y detallada que se lee sin mucho esfuerzo entre líneas el interés de la tal doña Xinebra en ofrecer una dote sustanciosa y tentadora para Luis *el Mozo*, y quizás más aún para su augusto padre —que la creía pieza fundamental en la acumulación de la riqueza—, cuyos planes eran el producto de un cuidadoso cálculo.

Se celebraron los desposorios en el comienzo del año entrante de 1569. Debido a la precaria salud de doña María de Cervellón, la fiesta se celebraría en un tono menor; los ánimos de la familia estaban un tanto apagados. El rito de los desposorios fue oficiado por su hermano fray Miguel junto a otros dos clérigos y volvieron a vivir la emoción de la música, la espiritualidad del incienso que ascendía sobre sus cabezas como una nube protectora y la mirada —orlada de beatitud— de todas aquellas imágenes y tablas venidas de Flandes, de los talleres brabanzones y de Malinas. La música, de nuevo, emocionaba el corazón de la debilitada María, que, a pesar de su dolencia, quería estar presente acompañando a su querido hijo Luis en día tan señalado.

Este heredero del nombre de su padre, Luis Vandewalle y Cervellón, fue maestre de campo en 1583, familiar del Santo Oficio y regidor perpetuo de la ciudad entre 1585 y 1593, año de su fallecimiento. La influencia de su padre fue un marchamo permanente en la vida de sus hijos; no era fácil crecer y destacar junto a un personaje tan brillante —capaz de eclipsar cualquier intento—, mas los tres hijos varones que siguieron sus pasos siempre trataron de estar a la altura del prócer brujense. Siendo mayordomo de la fábrica parroquial, importó una imagen de san Luis, rey de Francia, además de costear la puerta de la iglesia del Salvador. También ostentaría el patronazgo de la capilla de Cervellón, una vez que faltase su hermano Tomás: la tradición se mantenía. Competir con el buen hacer y éxito de su hermano mayor tampoco fue fácil; sin embargo, Luis *el Mozo* estuvo a la altura y no defraudó a su padre.

Siguiendo la tradición familiar, bautizó a sus cinco hijos en la iglesia del Salvador, con cuyos clérigos tenía una buena relación por devoción y por vecindad: vivieron en la casona que *su mujer aportó a la sociedad conyugal cuando contrajeron matrimonio*, ubicada junto a los puentes sobre el barranco de Nuestra Señora de los Dolores, lindando con la calle Real y a pocos pasos de dicha iglesia y de la Plaza Mayor; allí colocó Luis, *en un torreón de la fachada, el escudo de la familia de Cervellón* honrando la memoria de su señora madre. Y los Vandewalle-Brito se ocuparon de buscar buenos padrinos para los niños, que era una manera de ampliar la familia social que propiciaría buenas relaciones y fructíferos tratos en el futuro. Y así se iba conformando la élite de la ciudad entre los que se repartían el poder, la tierra, la riqueza y los cargos; una élite que iba cogiendo fama de culta y refinada al soaire de las influencias de Europa.

JERÓNIMO VANDEWALLE Y CERVELLÓN -
MARÍA DALMAU ROBERTO

Y aún faltaba una última boda por concertar: la de su hijo Jerónimo. Su padre planeó el matrimonio con otra persona relevante de la sociedad isleña: la hija del mercader catalán Marco Dalmau Roberto. La unión de estos linajes conformaba la flor y nata palmera del momento y contribuía al engrandecimiento de las familias. Los entresijos de este nuevo entramado familiar se elaboraban bajo la sabia vigilancia de Luis *el Viejo*. Había varias variantes que contemplar: negocios en trámite, fortalecer relaciones y, no menos importante, las dotes ofrecidas por los padres de las futuras esposas, para quienes ganar para sus hijas el «premio» de un Vandewalle era, además de un buen partido, una buena inversión. María Dalmau era guapa y entre ella y Jerónimo surgió la atracción, y pronto sintieron la pasión alborotada del enamoramiento. Parece que se repetía la historia de amor entre María y Luis *el Viejo* a finales de los años 30. Esta vez el amor venció al dinero; fue una pareja que gozó de las bondades del matrimonio.

Jerónimo seguía de cerca las huellas de sus hermanos Tomás y Luis *el Mozo*. Quiso participar en la Compañía Comercial de su padre y hermanos, que surcaba los rumbos de la prosperidad. Adquirió propiedades: fincas en las Breñas, viñedos y *tierras de pan llevar*. Siguió la sabia política paterna de diversificar los negocios invirtiendo en distintas propiedades. No gozó Jerónimo de la larga vida de su progenitor, ya que falleció antes de terminar el siglo; en la partición judicial de Luis *el Viejo* se nombra a María Dalmau como viuda de Jerónimo y curadora de sus hijos. La ausencia temprana del paterfamilias se dejó sentir en los años venideros, mas la bien tejida red de relaciones familiares suplió —de alguna manera— aquel vacío, creando la sensación de estar protegidos por

todos aquellos Vandewalles que engrandecieron con sus acciones a la Muy Noble y Leal Ciudad de Santa Cruz de La Palma.

5

TIEMPO DE OSCURIDADES: EL TRÁNSITO DE MARÍA

Mientras la abuela María padecía en su penumbra el deterioro de su salud, la familia crecía con la llegada de los primeros vástagos de la segunda generación. Casi no pudo disfrutar de su primer nieto, el pequeño Tomás Vandewalle Aguiar, que apenas había nacido en la primavera de 1570. Alegría y tristeza trenzadas de forma inevitable; la naciente generación era garantía de continuidad.

La salud de María empeoraba; sin embargo, tal era su lucidez y clarividencia que decidió hacer testamento en abril de ese mismo año, testamento que firmó su marido por ella debido a su avanzada ceguera. Le faltaría vida para gozar de las primeras niñas de la familia, sus nietas María, Esperanza y Catalina, hijas de su hijo Tomás. Y María cerró sus ojos para siempre un día de junio de 1570; su casa se nubló de tristeza, y Luis Vandewalle *el Viejo* perdió, de pronto, todas las amarras que lo ataban a la vida, era un barco sin rumbo, a la deriva. Él, tan seguro, emprendedor y valiente, se encontró de pronto solo, desasistido, ajeno a la vida y con el interés por las cosas empequeñecido. Su potencia y su ímpetu le habían hecho olvidar la fragilidad de la vida y la inevitabilidad de la muerte. Fue una certeza presente en cada rincón de la casa que, repentinamente, sin el aliento de María se quedó hueca, vacía, oscura. Parece que los pájaros canarios percibieron la presencia de la muerte, que silenció en adelante los trinos de los amaneceres. El último descendiente de Rex aulló hasta la madrugada con un dolor primitivo, para luego enmudecer como señal de respeto por

el pesar de su amo. María fue reina de un vasallaje exclusivamente masculino y, desde esa ausencia irreparable, se la iba a echar de menos en los años venideros. Y en la cercana espadaña de la iglesia del convento las campanas doblaron a muerto, con ese tañido triste que solo entiende el viento, el viento sobre el que cabalgan las ondas que transportan el dolor.

El funeral fue al día siguiente en la iglesia de Santo Domingo, tal como ella había especificado en su testamento. Allí se llevaron varios jarrones de su colección de porcelana de Delft, en recuerdo de doña María, para dejarlos como testimonio de su presencia en la capilla de Cervellón. La iglesia se llenó de familia, de amigos, de fieles... Los frailes entonaban, en fila disciplinada, el *Dies irae* con mansedumbre, aquella melodía de muerte que ya sonaba en el siglo XIII, mas la garganta de fray Miguel se cerró al canto; su voz no emitía sonidos mientras que, con ojos secos, apenas acertaba a leer con un hilo de voz los salmos de la liturgia. En la capilla de Cervellón habían abierto la sepultura; allí esperaban a María su reposo y su destino, vestida con el hábito dominicano —tal como ella había especificado en su testamento—, presta a recibir la indulgencia plenaria cuando ya no había prisa para nada. El toque triste de campana, que gemía con lentitud cansada, seguía recordando a todos el sonido apagado de la muerte, mientras la losa de mármol que llevaría su nombre —a la espera de inscribir el del esposo, diecisiete años más tarde— caía sobre la que sería su última morada con un golpe seco, definitivo.

Terminadas las exequias, silencio y pesadumbre se aliaron y acompañaron a Luis *el Viejo* a su casa solariega. A pesar de caminar junto a los suyos, Luis experimentó la más absoluta soledad y tristeza en la ausencia de María. Su perro, obstinado, sin aceptar aquel hueco sin presencia, se echó junto al sillón vacío que ocupaba en vida su merced y allí pasaba las noches esperando, con

lealtad canina, su regreso. Desde entonces, para Luis el visitar la capilla de Cervellón fue un bálsamo y un dolor vertidos sobre su herida; ambos sentimientos le acompañarían el resto de su vida. Y las tardes se hicieron eternas, y el anochecer auguraba horas de insomnio, noches en blanco, vértigo frente a un abismo de soledad, que siempre le seguiría tan fiel como su propia sombra. Y Luis *el Viejo* buscó más que nunca la lealtad de su perro, con aquella mirada tan triste como las horas vacías del amanecer.

6

TESTAMENTO DE DOÑA MARÍA DE CERVELLÓN Y BELLID

A pesar del dolor, había que encarar la realidad: se abrió el testamento de María y allí se transparentó el amor, la piedad, la generosidad, el deseo de justicia, el detallismo de María, que, en su lucidez última, no olvidó ni dejó nada al azar. Quizás lo más revelador de su alma generosa fuera su interés por otorgar la libertad a sus esclavos: la negra Catalina y su hija Francisquita —mulata de seis años— y el mulato Juanillo —de unos doce años e hijo huérfano de Luisa, la esclava ya fallecida— adquirirían la condición de libertos tras la muerte de su honorable señora. Quiso dejar muy claro su deseo de que ellos recobrasen su libertad y los premió con dinero —la propina de toda una vida a su servicio—. Bajo este mandato testamentario subyacía el deseo de que orasen por su alma en su periplo a la otra vida. Nunca olvidó María el bálsamo sanador de las oraciones a las ánimas del Purgatorio que tanto le inculcara su abuela Margarita, y eso deseaba ella para su alma. Las misas semanales en la capilla de Cervellón estaban garantizadas todos los jueves del año, y Luis *el Viejo*, en su devoción semanal, imaginaba a María amparada bajo el manto protector de la Virgen, inmersa en una felicidad sin fin, recobrada la vista para sus ojos del alma.

MARTIRIO DE LOS JESUITAS

Según el decir de la gente, los males nunca vienen solos. El dolor y las pérdidas se acumulan: ese mismo año, las órdenes mendicantes de la isla recibirían una puñalada que destrozó el tejido religioso tan bien urdido por los frailes en los últimos lustros. Los piratas franceses, al mando del feroz corsario Jacques de Sores, pasaron a cuchillo a cuarenta jesuitas misioneros que hicieron escala en Tazacorte en su periplo a Brasil; por algo le pusieron al hugonote calvinista el sobrenombre de *Ángel Exterminador* —pesado como un grillete—. La noticia fue como un reguero de sangre que enlutó los pueblos y las calles de la ciudad, aquel lágamo sagrado que los convertiría en mártires. La humillación y el oprobio del ataque pirata de 1553 acudieron inmediatamente al recuerdo de todos; solo habían pasado diecisiete años desde aquella masacre.

Dominicos y franciscanos sintieron el frío de los cuchillos asesinos como una herida propia que descuartizaba el cuerpo de la Iglesia: cuarenta puñales hincados para siempre en la memoria, cuarenta puñales clavados impunemente en la historia. El alma y el corazón de la Iglesia se desangraban mientras los frailes, en desagravio, cantaban atragantados de tristeza. Fray Miguel Vandewalle trataba de no dejarse avasallar por el sentimiento de pérdida y por la impotencia frente a la barbarie. Él era apenas un adolescente cuando, en el 53, la ciudad sucumbió a la ira y al fuego de los piratas de *Pie de Palo*: recordaba muy bien cuando su padre mandó a uno de sus esclavos a la iglesia, con un recado lleno de prisa, para que las campanas tocaran a rebato por el asalto filibustero. El terror de aquella experiencia fue una cicatriz indeleble que se instaló en su memoria; fray Miguel tuvo que aprender a perdonar, pero no consiguió olvidar. La convivencia de ambos sentimientos le creaba un conflicto: el Dios de Jesús de Nazaret le animaba a perdonar,

pero su raíz de hombre de honor —descendiente de una estirpe con un pasado militar intachable— lo arrastraba a mantener vivo el recuerdo de aquel asalto sangriento que humilló, desmembró y degolló a sus hermanos jesuitas.

Y Miguel tuvo que aprender a vivir con la contradicción en el alma, como un huésped intruso que había que mantener a raya. Era como un enfrentamiento entre el Dios del rencor y el Dios del perdón, el Dios de las huestes poderosas del Antiguo Testamento que se vengaba por las ofensas de los idólatras —adoradores del becerro de oro—, frente al Dios de Jesús del Nuevo Testamento, que absolvía y olvidaba los agravios, que animaba a perdonar no *siete veces sino setenta veces siete*, que viene a ser lo mismo que olvidar. A fray Miguel, con su bondad natural, le quedaba aún parte de un camino de aprendizaje por recorrer; el ascetismo del convento le ayudaría en ese caminar por el desierto de la desolación. Su reciente orfandad lo dejaba, aún más si cabe, a la intemperie en aquel páramo de sentimientos encontrados. Él tenía buena voz y se refugiaba en el canto consolador de la oración de las horas —tan arraigado en las órdenes mendicantes—, que sembraba el día de rezos que apaciguaban el alma, mientras paseaba por el claustro solitario y silencioso del dolor, en el convento de Santo Domingo. Y todo ocurría en el luctuoso año de 1570. Un año para olvidar.

XII. Años de ocaso

*Con todo eso, te hago saber, hermano Panza
—replicó don Quijote—, que no hay memoria a quien
el tiempo no acabe, ni dolor que la muerte no le consuma.*
Miguel de Cervantes.

1

SE ACUMULAN LOS HONORES: FAMILIAR DEL SANTO OFICIO

En el discurrir de la historia, el péndulo de los acontecimientos oscila entre el apogeo y la decadencia, el éxito y el fracaso; mas, en ocasiones, el artilugio se queda atascado, irremediablemente, en los caladeros de la decadencia. Hacia esos derroteros —con aroma de final— se iba orientando la vida de Luis Vandewalle *el Viejo*, que, en el último tercio del siglo xvi, abordaba los años de una ancianidad cercana aunque aún quedaran honores por recibir y privilegios que disfrutar. Y siempre los rumores que alimentaban los mentideros de la ciudad rodando por las calles, rumores que terminaban por hacerse realidad o desaparecer por ser hijos de las habladurías de la gente. Se decía que estaban a punto de nombrar un nuevo familiar de la Santa Inquisición y, en los foros de la «gente gruesa», se hacían cábalas en torno a sobre quién recaería tan alta distinción, cuya labor consistía en ayudar a los padres del Santo Oficio a dilucidar las delaciones heréticas. Había que aumentar la vigilancia religiosa en la isla para evitar cualquier atisbo de rebelión entre los simpatizantes de los erasmistas, que estaban ocasionando tantas tragedias en los Países Bajos, inmersos en la Guerra de los Ochenta Años. Las peculiaridades de los territorios no eran equiparables: Flandes era una región importante al norte del imperio y Canarias una tierra colonizada, fácilmente abarcable

y controlable a pesar de la diseminación de las islas; de eso se encargaba la Inquisición en sus visitas periódicas, donde practicaba el «arte» del interrogatorio.

El nombramiento de aquel cargo, apetecido por muchos, estaba en el aire inquietando la serenidad de los posibles aspirantes, cuando el recuerdo del verano de 1570 —en el que conflubió la muerte de doña María de Cervellón con la masacre de los cuarenta jesuitas— estaba aún caliente en los sentimientos del pueblo. Sin embargo, y a pesar del peso de los acontecimientos, Luis Vandewalle seguía erguido en su dignidad y honor; los vientos de la catástrofe y la pérdida no lo habían derribado. Llegó el nombramiento y, una vez más, sus credenciales, su limpieza de sangre y su reputación de cristiano viejo le hicieron merecedor de aquel honor que recibían muy pocos y que él hizo compatible con el cargo de regidor de la ciudad.

Tal cargo conllevaba privilegios que Luis *el Viejo* ya miraba de lejos; aquel resplandor no le encandilaba, era como una bandera izada en el mástil del prestigio que llevara inscrito el lema de «cristiano por los cuatro costados». Y ¿qué sentimientos contradictorios habitarían el corazón del prócer brujense? Tenía que vigilar a muchos de sus compatriotas y amigos, custodiando la ortodoxia de sus creencias y prácticas religiosas, cuando él mismo era consciente de haber sido objeto de una investigación minuciosa, allá en Brujas.

Y sobre el cargo venía la responsabilidad: su misión era informar. Era una figura temible que cotejaba la información recibida en la penumbra del anonimato. Para Luis, aquel cometido de denunciar, perseguir y detener a posibles herejes lastimaba los márgenes de su sensibilidad. Espiar, vigilar desde la sombra —sin que la víctima fuera consciente— chirriaba contra sus principios

de honorabilidad y bonhomía. Luis tenía que sopesar lo conveniente con lo condenable, la lealtad con la traición. Muy fresca revivía en su memoria la condena inapelable a Jácome Monteverde —sin posibilidad de escapar de la dureza del castigo—, condena que fue capaz de desdibujar el entramado de su obra filantrópica y de devoto donante por las acusaciones vertidas sobre él a los padres del Santo Oficio. Allí se perseguían ideas que se traducían en acciones. La ortodoxia de la religión oprimía a las personas tolerantes erosionando los límites, cuando no el meollo, de la libertad. ¿Qué lo empujó a aceptar aquel cargo que, a la vez que deseado, le quemaba en las manos? Luis era un hombre de bien, que avanzaba por los carriles de la modernidad rumbo al nuevo horizonte al que apuntaba el Renacimiento —iluminado por la luz del saber—. Y ahí estaba él, inmerso en la oscuridad tenebrosa del confesonario delator, sumergido en la España contrarreformista del rígido y austero Felipe II. De nuevo, la contradicción era un aguijón soterrado y venenoso. Sin embargo, en lo escondido del corazón, aquel nombramiento venía a ser como un salvoconducto, un blindaje que lo alejaba del abismo de la sospecha, de la desconfianza, del recelo; no podía olvidar su condición de extranjero, quién sabe si proclive a las tesis de Lutero, según alguna posible maledicencia. Mas nadie podría dudar de su pedigrí de cristiano fiel a Roma, probado a lo largo de tantos años en la isla, nadie podría poner en tela de juicio su ortodoxia. Esa inmersión total en la trama político-religiosa de esta colonia del imperio era el precio que había que pagar a cambio de tranquilidad y sosiego. Él, en lo hondo de su alma, trataba de justificarse, mas no era fácil llevar en solitario aquella íntima traición a sí mismo... Echaba de menos a María, sabía que lo entendería, solo con ella podría compartir aquella desazón que sus hijos ni siquiera imaginaban. Ser familiar del Santo Oficio era un alto honor que él llevó con dignidad, pero sin alegría; la alegría se había diluido por entre

los muros de la pena que cercaban el jardín y la huerta de su casa solariega.

Y en la penumbra del atardecer, después de largas conversaciones de negocios con sus hijos y de comentarios sobre el nuevo cargo añadido a sus espaldas algo cansadas, llegaba el momento de las confidencias y del solaz familiar mientras sobre la casa caía la serenidad de la noche.

2

LUIS *EL VIEJO* HACE TESTAMENTO

La década avanzaba lenta, mientras la tristeza y el cansancio iban socavando las fuerzas de Vandewalle. Sin embargo, él seguía atento a sus asuntos —que delegaba parcialmente en sus hijos—: controlaba préstamos, ventas, envíos a ultramar, relaciones familiares. Por su cabeza revoloteaban ideas, deseos, incluso tentaciones de emprender algún negocio nuevo —fiel a su vocación de mercader, que no lo abandonaba— que sus hijos se encargaban de frenar o de encauzar.

Cuando, tres años atrás, a María de Cervellón se le cerraron definitivamente los ojos, a su esposo Luis se le abrieron los del alma. María le dejó en herencia su lucidez —de la que no estaba falto—, y pronto se dio cuenta de que a él también le había llegado el tiempo de hacer testamento. Corría el año 1573. Las propiedades ya estaban adjudicadas a sus tres hijos laicos, a los que además donó la cantidad de tres mil doblas a cada uno. Las posesiones de su hijo Miguel estaban *donde no hay polilla ni óxido para hacer estragos y donde no hay ladrones para romper el muro y robar*; sus intereses tenían otro horizonte: el deseo de trascendencia y sus votos de castidad, pobreza y obediencia no son bienes que se hereden sino

ideales a los que se aspira en el silencio y la soledad del convento. Por esa parte, Luis *el Viejo* estaba tranquilo. Pero, ¡había tanto que disponer!: obras pías, limosnas, donaciones, objetos personales a los que buscarles un heredero digno, la libertad de sus propios esclavos y los que habían sido compartidos con su ya fallecida esposa. También había que considerar las disposiciones para su entierro, las exequias... Quizás un atisbo de vanidad quedaba vivo en el corazón fatigado de Luis *el Viejo*, quien pensaba para sí mismo un funeral de honor que reflejara, de alguna manera, lo que fue su vida en una de las Islas Afortunadas. Soñaba verse arropado —en la gelidez de la muerte— por todo lo que le había sido tan cercano en vida: familia, amigos, comunidad religiosa, los cantos, los ritos, el tan querido templo de Santo Domingo que, en la capilla de Cervellón, iba a acogerlo en la frialdad de su tumba y en la calidez de las oraciones. Su hijo fray Miguel era un ancla de seguridad en su periplo hacia la eternidad, la mano entrañable que lo conduciría hasta esa niebla que antecede al misterio, la voz salmódica que rogaría por la salvación de su alma con una fidelidad filial.

El toque del ángelus, al atardecer, lo devolvió a la realidad de su escritorio de viñático, cerca del balcón de la nostalgia, donde esbozaba con su clara caligrafía cortesana las primeras anotaciones que especificaban sus últimos deseos. Tenía que poner orden en su cabeza y en sus ideas. No era fácil; era hacer balance de su vida, un repaso, casi un inventario de su historia que le estremecía con una cierta anticipación. Pero la mente organizada del brujense hizo el itinerario a lo largo de los días, considerando cada uno de los detalles.

Mientras él planificaba su ritual de retirada, los nietos —que iban llegando en «camadas» ordenadas— multiplicaban el ilustre apellido de Vandewalle, ofreciendo mil posibilidades al futuro. Sus primeros pasos, sus balbuceos, sus risas, sus juegos, alimentaban su esperanza cuando ya los años no sumaban, sino que restaban:

con cada luna, con cada estación, con cada año vivido la vida se iba acortando, a la vez que el final se iba acercando, como aquellos navíos que aparecían lejanos en el horizonte aminorando, imperceptiblemente, la distancia hasta llegar a las playas del desembarco, del deceso, con prisa de última página. Luis no podía distraerse de este cometido que le exigía concreción y que, a veces, lo arrojaba indefenso al reino de la nostalgia ...*mi vida sin mí*... Llegarían tiempos de ausencia, pero él, hombre pragmático, no se entregaba fácilmente a la tiranía de los sentimientos y volvía fiel a su tarea de organizar la vida sin él, de ordenar su legado y de especificar claramente sus deseos.

Enfrentarse al testamento fue volver al recorrido que hizo tres años atrás su esposa María; era una despedida de la vida y de las cosas. Las posesiones resultaban casi una rémora que poco a poco había ido asignando a cada uno de sus hijos. Estaba claro que la casa solariega se dividiría en dos suertes, la del norte que ocuparían su hijo Tomás y sus descendientes, y la del sur para su hijo Jerónimo y los suyos —hogar que arropó a su esposa, María Dalmau, en su viudez algo temprana—. En su ordenada cabeza, Luis trazó las coordenadas de aquel periplo de palabras enfocadas a aclarar sus deseos y a deshacer, de antemano, los posibles enredos que no pocas veces germinan entre herederos que no llegan a entenderse. Anticiparse a posibles desavenencias era una cierta garantía de paz entre los hermanos.

En el documento que guardaba su última voluntad, Luis *el Viejo* quería hacer —después de haber encomendado su alma a Dios, a la Virgen y a los santos— una profesión de fe ante su escribano, declarando para la posteridad sus creencias de cristiano fiel a Roma. Quería dejar clara su voluntad respecto al ritual funerario; su lugar de reposo le estaba esperando —junto a su esposa— en su tan querida capilla de Cervellón, lugar privilegiado, cerca de la morada de Dios y lejos de la de los pobres, enterrados

en tierras de olvido —sus tumbas no perdurarían en el tiempo—; quería acreditar su deseo de humildad —a pesar de un funeral pomposo— vistiendo el hábito de Santo Domingo para ganar la tan deseada indulgencia. Enumeraba las misas cantadas, rezadas, el treintanario, las misas a perpetuidad... La misa era una tabla de salvación que lo conduciría a puerto seguro. Pensaba en las mandas piadosas y en las mandas mundanas: donaciones a instituciones religiosas, hospital, cofradías, conventos, ermitas y otras muchas cantidades destinadas a pagar a personas por sus servicios y para detalles tan nimios como la cera o el incienso gastados en los ritos religiosos. Su mente de contable justo se vio reflejada en su testamento; nada dejado al azar. Por eso no olvidó referirse a la costumbre cristiana de la manumisión de sus esclavos, como lo hiciera en su día su esposa: *al tiempo de mi fallecimiento, todos sean y los dexo libres de todo cabtiverio y servidumbre... porque rueguen a Dios por mi ánima.* En cierta manera, estaba pagando un último trabajo a sus fieles servidores: rezar por él. Y por su mente desfilaba un elenco de esclavos leales a lo largo de toda una vida, esclavos que conoció muy bien, —con nombres y apellidos— y a los que, en su último recordar, arrancaba del anonimato para siempre: Antón, Diego, Betancor, Juanote, Vicente, María, Ana, Felipa... Seres sumisos deseosos de servir a su señor. Todo esto quedó bien escrito en su testamento, que anotara con diligencia el escribano Bartolomé Morel, para su propia tranquilidad y la de sus herederos.

3

SEQUÍA PARA EL PUEBLO VS. FLORECIMIENTO DE LA BURGUESÍA

Y la vida continuaba con total indiferencia hacia los acontecimientos que afectaban a los isleños. Otra vez la pertinaz sequía asolaba

los campos que, hechos un secarral, se negaban a dar fruto en el año del Señor de 1574. De nuevo los recuerdos hacían acto de presencia: la sequía del 62, con las rogativas del pueblo a la Virgen de las Angustias, estaba demasiado reciente, y los más viejos aún recordaban la hambruna de los años 30. Y de nuevo recurrían a la mediación divina: eligieron a santa Águeda como patrona de la ciudad y abogada de las meses, encarnada en aquella imagen de factura sevillana que desde su ermita ahuyentaría los males. La devoción del pueblo se enardecía con la firme creencia de que la santa arreglaría todas sus miserias.

Paradójicamente, a lo largo de las décadas, las élites políticas y mercantiles prosperaban en la isla, mas no así el pueblo llano, víctima de tantas crisis que lo seguían asolando: sequías, tierras agostadas, plagas, deforestación, la avidez de posibles volcanes que amenazaban con tragarse tierras de cultivo, manantiales desnutridos contagiados de aridez y, no menos letales, los estragos de la piratería; siempre el mar alimentando el paisaje, amenazante de ataques y tormentas. Sí, por el mar venían todo lo bueno y todos los peligros.

El mundo conocido ya era inmenso y remoto y, sin embargo, las desgracias se amontonaban en zonas más pequeñas y cercanas. ¡Ay, Flandes!, los tan queridos Países Bajos... allá enviarían en el 76 al ilustre don Juan de Austria a apaciguar aquella guerra que fue casi centenaria. Y en la isla, «los de escaleras arriba» seguían con su vida privilegiada. La nueva familia Vandewalle-Hernández Aguiar fue recibiendo su prole a lo largo de la década de los 70 al alimón con los hijos de sus hermanos Luis *el Mozo* y Jerónimo. A la vez, los nombramientos brotaban lo mismo en las islas que allende los mares. En La Palma se creó el primer juzgado oficial de la Casa de Contratación de Indias; de nuevo la isla en la avanzadilla. El joven juez Pedro de Liaño llegó del continente en

el 76 con su flamante destino en la judicatura para fiscalizar los barcos en su ruta al Nuevo Mundo, controlando el contrabando y las licencias. En su destino en la isla, muy pronto aprendió cómo funcionaba el entramado político-social: lo importante era estar bien relacionado. Y se repetía el ritual tan conocido por Luis *el Viejo*, emulando sus políticas matrimoniales: en el 79, Pedro de Liaño se casó con Águeda Monteverde y Socarrás de Cervellón, nieta de Jácome Monteverde y prima de los Cervellón. ¡Qué filigrana de linajes! Imposible conseguir un tapiz mejor urdido; en él estaban todos los ingredientes del éxito. Sin duda, un matrimonio ventajoso por medio del que el juez Liaño se integraba en la nobleza de la isla. Estaba emparentando con dos estirpes poderosas. Establecieron su hogar en Santa Cruz de La Palma, en la calle principal, donde vería la luz su numerosa prole para la que elegirían padrinos influyentes —todo organizado con perspectivas de futuro—. Los eventos religiosos se transformaban en encuentros sociales que fortalecían los lazos entre la élite local. No por casualidad, Pedro de Liaño firmaría como testigo en la boda del poeta Gabriel Gómez de Palacios con Catalina Vandewalle-Hernández Aguiar —hija de Tomás Vandewalle y Cervellón y nieta de Luis *el Viejo*—, uno de los enlaces más señalados de la época, teniendo en cuenta que el padre de la novia era regidor perpetuo de la ciudad, capitán de la Infantería y familiar del Santo Oficio de la Inquisición, entre otros cargos. Desde siempre se tuvo muy en cuenta el linaje de los contrayentes, y así lo vemos entre los descendientes de Tomás Vandewalle, que por línea femenina reúnen a casi toda la aristocracia titulada de Tenerife. Nada es fruto de la casualidad, todo es consecuencia de un plan bien trazado en el que las clases altas y la burguesía comercial prosperaban y esa élite local venía a personificar la cultura y el refinamiento de la época.

EL INGENIERO LEONARDO TORRIANI

En las postrimerías del siglo, los cargos concedidos a las familias influyentes de la ciudad se iban acumulando sobre unos pocos y se desgranaban como cuentas de un rosario, que iban cayendo como bendiciones. De nuevo, los Vandewalle eran agraciados con aquellas «condecoraciones», aumentando la concentración de poder en unos pocos elegidos y abonando el no menos apetecido prestigio al que, indudablemente, se sumaban la responsabilidad y la dignidad inherentes a los cargos.

Asimismo, por aquellos años las frágiles fortificaciones defensivas de la ciudad estaban siendo reparadas y convenientemente dotadas ante la inseguridad que suponía un posible ataque por sorpresa propiciado por los conflictos de la corona de España con Inglaterra. El refuerzo de las fortificaciones culminó con la llegada del ingeniero militar italiano Leonardo Torriani, enviado a la isla por el rey Felipe II con el mandato de construir un puerto en condiciones que no se lo llevara el mar en los próximos inviernos. Luis Vandewalle se encontraba entre los influyentes encargados de *buscar dinero entre las personas ricas de la isla* para financiar las obras del muelle, tan necesario no solo por el tráfico naval vinculado al comercio, sino sobre todo para la defensa del litoral, ya que se comentaba la inminencia de un posible nuevo ataque. Torriani desarrolló una actividad incesante en la isla: además de la construcción del muelle, diseñó un proyecto para fortificar la ciudad incidiendo en la zona sur de la Caldereta —considerado un punto vulnerable—, elaboró planos e informes, inventarios de soldados, artilleros y artillería, que envió al rey, y en ellos se refleja su gran conocimiento de la isla, sus necesidades y los puntos débiles de su defensa; incluso se interesó por la financiación de estos planes de fortificación. A pesar de su eficacia y de su productivo y amplio

trabajo, el ingeniero cremonés generó una serie de problemas con la autoridad local que lo indujeron a quejarse formalmente al rey Felipe II por el maltrato recibido por parte de los palmeros, quienes no quedaron bien parados: los jugosos comentarios en sus misivas al rey evidencian el malestar de Torriani.

5

EL VOLCÁN DE TIHUYA Y SIR FRANCIS DRAKE

No bastaban las incertidumbres bélicas, sino que, además, tuvieron que lidiar con la naturaleza geológica de la isla, que se rebeló de forma violenta. Algo sospechaban los isleños de su suelo inestable —minado de temblores que encogían el alma de la gente y despertaban el miedo—, hasta que la mañana del 15 de mayo de 1585 entró en erupción un volcán en la vertiente oeste de la isla: Tihuya explotó haciendo alarde de una arrogancia infernal. Tenían noticias de la última erupción en La Palma a finales del siglo XV, cuando reventó el volcán de Tacande, y el pueblo sentía que una maldición había caído sobre ellos, condenados a un infierno de gases, cenizas y humaredas por segunda vez en tan corto espacio de tiempo.

El nuevo volcán de Tihuya escupía una lava furiosa que se despeñaba por las laderas arrasando sembrados, cabañas y madrigueras. El tremor y el horror duraron casi tres meses; la tierra rugía y temblaba, el cielo se oscurecía en pleno mediodía, y la ceniza se dispersaba como un manto plomizo asesinando el paisaje y acreditando la tragedia. La isla se convirtió en un faro ardiente visible desde el mar y temible sobre la tierra, destrozada por embajadores del infierno. El volcán se durmió el feliz 10 de agosto de aquel mismo año, dejando una estela negruzca de muerte, con una

herida sangrante que tardaría muchas décadas —si no siglos— en cicatrizar. Los pinos canarios, con el tronco enlutado, lloraban resina; imposible arrancarles alguna promesa de vida, mas guardaban un atisbo de esperanza —bajo su corteza calcinada— que retoñaría tímidamente en la próxima primavera.

De la ciudad acudieron autoridades y terratenientes en sus cabalgaduras para ver el espectáculo dantesco y comprobar los daños causados por la lava que, caprichosa, elegía sus propios derroteros. Los hacendados de Tazacorte hacían conjeturas sobre los posibles daños a sus ingenios, que, milagrosamente, escaparon del rumbo diabólico de las coladas. Los descendientes de los Monteverde fueron los más interesados en engrosar la inquietante caravana; nadie estaba seguro de estar a salvo. Los volcanes son impredecibles: florecen bocas sangrantes, fogones ardientes, que pueden supurar incluso muy lejos del cono principal. Fue una ocasión que a Luis *el Viejo* le quedó fuera de su alcance; ya no estaba muy bien de salud y los años acumulados no los cargaba ni el percherón más vigoroso. En su lugar fue su hijo Tomás Vandewalle, que tenía muy buenas relaciones con los hacendados y comprendía como nadie su inquietud. Dicen que Torriani, que aún andaba por la ciudad, pudo ver aquel cactus de fuego sembrado en las laderas del poniente de la isla, reminiscencias del imponente y arrogante volcán que reventó en la isla de Vulcano, en el mar Tirreno, en 1550 y que permaneció vivo en la memoria colectiva de los lombardos: los volcanes siempre vuelven.

El volcán se durmió, mas las amenazas bélicas seguían bien despiertas: llegaban inquietantes noticias sobre el pirata sir Francis Drake, que amenazaba con atacar la isla. Súbitamente, el temor acallado por el asalto de los hugonotes franceses en 1553 recobró vida. Y la humillante herida sangró de nuevo. Los recientes refuerzos de las fortalezas defensivas infundían una cierta tran-

quildad al pueblo y a sus autoridades, pero había un resquemor y desconfianza que les impedía olvidar. Y así, treinta y dos años después del ataque de *Pie de Palo*, la isla se convirtió otra vez en blanco de piratas.

Drake, al mando de su armada de veintiocho navíos con objetivos filibusteros, atacó la ciudad, que respondió con violencia certera: un cañonazo desde el castillo de San Miguel del Puerto desbarató las intenciones del pirata de la reina. San Miguel, aquella rosa de los vientos petrificada en la geometría de un hexágono, fue un baluarte necesario para la victoria. Aquel cañonazo al viento hirió el orgullo de la vieja Alción, personificado en el héroe isabelino. Según las crónicas, la nave atacante —el Bonaventure— sufrió apenas unos mínimos desperfectos en la escaramuza, mientras que la leyenda popular —animada por el deseo de infligir al agresor un buen escarmiento— afirmaba que el ennoblecido Drake estuvo a punto de ser herido por el roce de una bala entre las piernas, amenazando su virilidad. Y vinieron el viento y el mal tiempo, y arreció la borrasca impidiendo a los agresores desembarcar en la isla. Esta vez, el mar con su fiero oleaje defendió y protegió a la ciudad: una pared de espuma inflamada por los vientos la hizo inexpugnable; imposible el desembarco. El juez Pedro de Liaño, tan minucioso en sus actuaciones, había organizado la defensa de la ciudad concienzudamente, por lo que reclamó el reconocimiento de su lucha contra Drake a través de un pedimento a la Corona.

Con estos acontecimientos, a Luis Vandewalle se le encendió el corazón a la vez que se le encogió el ánimo; celebraba la victoria tras sobreponerse al miedo que resucitaba sus recuerdos. Estuvieron a punto de ser víctimas, otra vez, del saqueo y del fuego; eso era como echar sal en la herida, una herida casi imposible de restañar. Con esta victoria fortuita, conseguida casi por azar —¡ay! los idus de marzo, el ataque tuvo lugar un 13 de noviembre—, los palmeros

se desquitaron de aquella espina clavada por los franceses en años anteriores que tanto dolor y escozor les producía: dolor por la muerte y destrucción acarreadas y escozor por el orgullo magullado.

Ese mismo año, Tomás Vandewalle y Cervellón, ferviente seguidor de los pasos de su padre, fue nombrado fiel y bolsero del almojarifazgo. Así, se fueron acumulando los cargos ostentados por el padre en cada uno de sus hijos, quienes seguían la tradición familiar de regidurías y maestrías de campo como ya lo hiciera su abuelo Thomas Van de Walle en Brujas, honrando la lealtad de su linaje a la Corona. Y por esa lealtad, tan claramente inculcada por su padre, los Vandewalle se involucraron en la ampliación de las naves laterales de la iglesia del Salvador, a la que estaban muy vinculados por motivos religiosos y sentimentales: allí se casaron sus padres y bautizaron a sus hijos y a sus nietos. La Iglesia controlaba la sociedad y atenazaba las conciencias por medio de los sacramentos desde el nacimiento hasta la muerte: bautismo, confesión, comunión, confirmación, matrimonio y exequias funerarias; debido a ese vínculo, la mayoría de las familias establecía con la Iglesia lazos de por vida, interesándose por sus necesidades, por lo que aportaban importantes cantidades de dinero para contribuir a un mayor boato y esplendor y, en cierta manera, para contentar a los ministros de Dios.

6

MUERTE DE DON LUIS VANDEWALLE VAN PRAET, SEÑOR DE LEMBECKE

Las horas del atardecer de la vida de las personas suelen discurrir en la neblina de un pasado sin esperanzas de futuro. Parece que la longevidad es casi piadosa, atenuando el sentir de los ancianos. Las fuerzas decaen y el vigor, apaciguado, va dando paso a la

templanza. Todo se mira con perspectiva de lejanía mientras se atisba en la penumbra la paz que otorga el descanso.

Las últimas Navidades en la familia Vandewalle hubieran vadeado el río de la tristeza si no hubiese sido por la presencia cercana de los nietos. Los niños no tienen ni pasado ni futuro, solo les interesa el presente, aquello que están haciendo en el momento y que se convierte en el centro de su mundo. Si están jugando, lo que está alrededor desaparece y se centran en ese gerundio activo que es lo único que importa. Así, ellos estaban jugando, comiendo, riendo, creciendo, mientras el abuelo mermaba languideciendo. Nadie sabía si en aquel duermevela Luis *el Viejo* estaba ausente o presente, si arrullaba su pasado o presentía un futuro de escaso recorrido. ¿Sentiría la cercanía de María al otro lado del río? El bruñense se volvió un tanto taciturno y cada día que pasaba se adentraba más en el silencio. Parecía como si en algún rincón de su corazón hubiese tomado la decisión de marcharse sin que el resto de su cuerpo lo supiera: solo tenía que dejar de latir.

Continuaba la vida con su ajetreo diario; los hijos en plenitud seguían tras la senda de su anciano padre y los nietos iban creciendo conscientes de su linaje, disfrutando de privilegios —labrados por su abuelo— con absoluta naturalidad. Finalizaba el mes de enero de 1587; la penumbra que circundaba al viejo Vandewalle fue como un cerco a su alrededor donde la luz se iba distanciando. Parecía que la ceguera de su amada María se hubiera adentrado en sus ojos de azul desvanecido, con la mirada perdida concentrada en un punto que era visible solamente para él. Fray Miguel, siguiendo aquel consejo evangélico de asistir a los enfermos y de consolar al triste, fue una presencia casi constante en la mansión de los Vandewalle, que había sido su propio hogar. Cuando ya a su padre lo abandonaron las fuerzas para bajar la hermosa escalera de su casa y subir los peldaños de piedra de Santo Domingo, fray Miguel le

traía todos los jueves la comunión a casa, en recuerdo de las misas celebradas a perpetuidad en la capilla de Cervellón. El semblante afable de su hijo Miguel le confortaba, era como el embajador del más allá que le daría la mano para atravesar aquella niebla que antecede al misterio, donde ya casi no alcanzaba a ver ni sus propias manos, desdibujadas en la penumbra. Y llegó el momento de cerrar los ojos para siempre, en la paz que da la victoria sobre los avatares de la vida, en el silencio en el que se adivina la trascendencia. Llegaron los hijos, callaron los nietos; su perro —echado bajo la cama— olía los acontecimientos, se masticaba el dolor y se imponía la ausencia... ¡Pesaba tanto la ausencia! Todos guardaban para sí mismos aquel vacío como algo con lo que tenían que aprender a convivir. Y fue el esclavo Alonso Martín, con un recado lleno de prisa, a avisar a los frailes del convento de la muerte del benefactor, del mecenas, del filántropo don Luis Vandewalle van Praet, señor de Lembecke, a quien apodaban *el Viejo*. Y llegó fray Miguel corriendo con los santos óleos a administrar a su padre los últimos sacramentos cuando el cuerpo, aún tibio, guardaba algún resquicio de vida. Fue el 24 de febrero de 1587, a las siete y quince de la mañana, cuando el sol apenas había asomado por el horizonte. Había luto en aquel meridiano que situaba a la isla en el planisferio. Y comenzaron a doblar las campanas con un tañido de tristeza que todos los vecinos reconocieron.

La noticia corrió por la ciudad como un quebranto; se apagaba un faro que iluminó la isla durante muchos lustros. Y de pronto creció la casa; se hizo más grande para dar cabida al tremendo vacío. A pesar del dolor, la noticia puso en marcha los preparativos; ahí estaba el testamento con todos sus deseos. Había que traer el hábito de los dominicos; fray Miguel se encargó de ello y amortajó a su padre para que recibiera la tan deseada indulgencia plenaria concedida por los papas, como si todas sus buenas obras no le hubieran abierto el paso en su camino al más allá. Ya se disponía

la tumba familiar en la capilla de Cervellón: Luis quería dormir el resto de sus noches junto a María, quería enlazar sus nombres con la insistencia de jazmines enredados, quería estar cerca del altar —y no en tierras de olvido—, donde se reza por el descanso eterno de los muertos. Luis quería estar cerca de Dios, frente a quien se presentaba avalado por sus buenas obras rubricadas por el escudo de su linaje, en el que circulaba su nobleza de sangre.

Apagada la luz de semejante luminaria, se gestó el deseo de fijar los recuerdos, de combatir el olvido. La memoria es frágil y necesita de apoyos para que no se emborrone con el paso del tiempo. Y surgió la necesidad de escribir algo. La letra siempre aliada de la memoria, cubriendo los vacíos de la desmemoria. Fray Gaspar Borges, conventual del monasterio, teólogo y poeta de ascendencia portuguesa, fue capaz de glosar las bondades y el buen hacer del filántropo de Brujas, que llegó a ser una figura importante en la isla, con un proyecto diferente al de los conquistadores, aunque surcado de coincidencias. Su *Elegía* —dedicada *Al doctísimo, prudentísimo y nobilísimo caballero Señor Duque Luis Vandewalle a la muerte de su padre*— engrandecía la vida y lloraba la muerte de don Luis Vandewalle van Praet, señor de Lembecke, en aquella isla lejana del Atlántico:

¡Oh, anciano digno de recordar!
(...)

Flandes te engendró, te nutrió la venturosa isla de La Palma bajo su tierra yace tu cuerpo sin vida.

(...)
permanecerás vivo incluso después de tu muerte,
pues la buena fama que dejas, quedará vigente
y tu nombre preclaro será llevado por encima de los astros,
mientras La Palma permanezca en los anchos mares...
(...)

El funeral del brujense fue digno de un hombre de tal honor, y se contaba que la pomosidad del sepelio contrastaba con la austeridad de los celebrados en Brujas. Doblaban las campanas y el silencio acampó en la iglesia y en el corazón de todos los presentes. Se cerraba una página de la historia local y se abría una nueva en la historia de la generación de los Vandewalle, palmeros de pleno derecho por vía materna y por nacimiento, emparentados con los conquistadores y con la nobleza de Brujas. Tenían el camino abierto para seguir escribiendo páginas en los anales de la isla en los siglos venideros. Flandes y su cultura viajaron por muchas latitudes en la expansión del Renacimiento, pero esta rama de los Vandewalle se instaló en el sur, allá donde se ensancha el océano, donde la brisa se remansa con amabilidad y prosperan los ingenios. El trasplante germinó, se adaptó y creció echando raíces profundas que se fundían en la historia de la isla de La Palma, tercer puerto del mundo en el auge mercantil del siglo xvi.

Terminadas las exequias, se desdibujó el paisaje y se agigantó el silencio. Las campanas seguían tocando quedamente a muerto, con esa tristeza que encoge el alma y nubla el pensamiento; glosaban una muerte que estaba escrita en todos los rostros familiares, en los que se escondían —con poco disimulo— el dolor y el desconsuelo. En el corazón de todos crecía la convicción de que la muerte les había arrebatado de las manos una figura que era el eje de la historia familiar y local, la piedra angular que sostenía el sólido edificio del prestigio de los Vandewalle. Había que arrimar el hombro para, entre todos sus descendientes, evitar que aquella construcción —hecha de esfuerzo y de constancia— se viniera abajo erosionada por el paso de los días y las inclemencias del olvido.

XIII. Epílogo

¿Quién podría acordarse de ti sin derramar lágrimas?
Fray Gaspar Borges.

1

Amanecía. La luz azafranada del sol incidía —oblicua— en el risco de La Luz, donde se proyectaba —erguida— la sombra de la torre defensiva de San Miguel. En la iglesia cercana las campanas tocaban a maitines. El linaje de los Vandewalle, multiplicado, crecía en las casas solariegas heredadas que formaban parte de las suculentas dotes de aquellos matrimonios concertados. Su área de influencia y de poder se extendía como una mancha de aceite nimbada por el mecenazgo y la filantropía. Las segundas y terceras generaciones ampliaron los negocios, hicieron crecer el ámbito de su influencia, siguieron ejerciendo aquellas políticas matrimoniales que tan buenos resultados dejaron en las diferentes ramificaciones del linaje. Y la figura de Luis Vandewalle *el Viejo* se iba cristalizando en la leyenda, apuntalada por sus buenas obras que hablaban por sí mismas. Los más ancianos de la familia iban muriendo y poblando el panteón familiar de la capilla de Cervellón. La imagen de la abuela María se fue difuminando con el paso de los años y quedó viva en aquella oración del santo rosario que rezaban familiares y criadas, traspuestos por el arrebamiento; rezaban ante el lienzo de Nuestra Señora de la Merced, flanqueada por san Ramón Nonato y santa María de Cervellón, que estaba colgado en la capilla familiar de Santo Domingo: *Dios te salve, María, pariente mía, llena eres de gracia, ...Santa María, pariente de Usía, Madre de Dios...*, gozando del privilegio de estar emparentados con el mismo Dios. Entrar en la genealogía divina

era una prerrogativa reservada a muy pocos elegidos, pero los hijos de los hijos se fueron acostumbrando a esa familiaridad con lo sagrado, con un sentido de pertenencia que los apartaba del pueblo llano, aislados en la exclusividad de aquella capilla —con tarima privada y panteón familiar— que los acercaba a Dios y los alejaba de las miserias humanas. Los niños de los Vandewalle fueron depositarios de costumbres, tradiciones y leyendas ancestrales —además de una cuantiosa hacienda—, heredando apellidos con múltiples combinaciones heráldicas del que germinaría un marquesado en Canarias —aparte de los vínculos con los blasones de la nobleza de Brujas— y con disposición para altos cargos en el ámbito político-religioso. Sabían que el abuelo —el bisabuelo o el tatarabuelo— fue un señor de noble rango venido originariamente de un país lejano del norte, que entonces era parte del reino de las Españas, como sabían que tuvieron un tío fraile —y otro obispo en la isla de Gran Canaria— muy docto y con buena voz para el canto gregoriano, que vivió muchos más años que sus hermanos en el convento cercano de Santo Domingo, donde se perpetuó un coro de voces masculinas que llevaba su nombre: el Coro de Fray Miguel, en el cenobio junto a la iglesia.

2

El microcosmos de la isla era abarcable e infundía seguridad —dentro de la precariedad de una isla volcánica que iba dando sustos a los isleños de cuando en cuando—, pero había que poner rumbo al horizonte. El cruce de travesías marinas en el que se había convertido el puerto de la isla era una invitación —casi una obligación— para emprender otros viajes, haciendo gala de la vocación de emigrar que padece todo isleño atraído por la infinitud del mar y las promesas de otros mundos. Muchas mujeres de la

estirpe matrimonieron en otras islas e implantaron el linaje en otros territorios, mas la huella original del primer Vandewalle quedó indeleble en La Palma, rubricada por sus hijos y avalada por sus buenas obras que, al cabo de los años y los siglos, perviven en la memoria de la isla —en las casas, en las calles, en las plazas, en los epitafios, en la historia—, como también permanece erguida la primera casa familiar construida frente a la iglesia de Santo Domingo y asomada a la calle del Pósito, la calle de Vandewalle, la calle de La Luz —casi ha tenido tantos nombres como siglos—, vigilando siempre el mar.

3

El sol se ocultaba tras el mirador de la Asomada, aupado sobre el risco de la Concepción, y la ciudad volvía a la calma del anochecer. En la iglesia cercana resonaba en la espadaña el toque de completas. Las casas solariegas —desafiando las amenazas del fuego y la codicia del tiempo—, que fueron testigos de tantos avatares, guardan avaras los secretos del pasado; entresijos de la historia que se pueden rastrear siguiendo la huella imborrable de la cultura del norte, que permanece viva en las pinturas y la imaginería de hechura flamenca que pueblan iglesias y museos de la isla, además de escogidas casas señoriales, o en la porcelana de Delft, que, ofreciendo resistencia a su fragilidad, siguió transmitiendo a lo largo de los siglos su belleza de aguamarina clara. Los flamencos trajeron a la isla de La Palma no solo fortuna sino también prestigio y poder, y con ellos vino un raudal de sangre nueva, vivificante, que rompía el círculo vicioso de la endogamia entre las familias de los conquistadores. Asimismo, trasplantaron el sentir y la estética de Europa a una isla perdida en el Atlántico, en la que Luis Vandewalle *el Viejo* jamás hubiese imaginado

terminar sus días. Y, si enfermos de nostalgia o aquejados por el deseo de investigar y profundizar más en las raíces del pasado... *siempre les quedaría Brujas*, un lugar al que volver para beber de la fuente original o quizás para hermanarse nuevamente con las islas, después de cinco siglos de la primera incursión del brujense Luis *el Viejo* en el Jardín de las Hespérides.

Bibliografía

BATAILLON, Marcel. *La isla de La Palma en 1561: estampas canarias de Juan Méndez Nieto*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1987.

CAPPELLEN, Joseph van. «Los Van de Walle en Flandes: nuevos datos para la historia de esta familia desde finales del siglo XII hasta su establecimiento en La Palma en el siglo XVI». *Revista de historia canaria*, n.º 141-148 (La Laguna, 1963-1964), pp. 45-55.

COLOMA, José Luis; DESCALZO, Amalia. «Vestir a la española en las cortes europeas (ss. XVI, XVII)». *Vínculos de historia*, n.º 16 (Toledo, 2017), p. 119.

CÓRDOBA TORO, Julián. «El viaje femenino a América durante la primera mitad del siglo XVI». *Iberoamérica social: revista-red de estudios sociales*, vol. 3, n.º 4 (Sevilla, 2015), pp. 32-34.

FREEDMAN, Richard. *La música en el Renacimiento*. Madrid: Akal, 2018.

FRUTUOSO, Gaspar. *Las islas Canarias* (de «*Saudades da terra*»). La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 1964.

GALANHY, Emy (ed.). *Points of contact: crossing cultural boundaries*. Lewisburg, PA.: Bucknell University Press, 2004.

GALANTE GÓMEZ, Francisco. «Los Países Bajos en las islas Canarias: arte, comercio y cultura en tiempos de esplendor». *Anuario de estudios atlánticos*, n.º 64 (Las Palmas de Gran Canaria, 2028), pp. 64-111.

GANSO PÉREZ, Ana Isabel. «[Recensión de] *Las parteras, un arte de mujeres para mujeres: una investigación sobre el pasado*». *Edad Media: revista de historia*, n.º 18 (Valladolid, 2017), pp. 327-330.

GARRIDO ABOLAFIA, Manuel. «Primeros oficios y ocupaciones artesanales en Santa Cruz de La Palma». *Revista de estudios generales de la isla de La Palma*, n.º 2 (Santa Cruz de La Palma, 2006), pp. 1-47.

GONZÁLEZ GARCÍA, Diego Andrés. *Fiestas y sociedad en la isla de La Palma (siglos XVI-XIX)*. [Trabajo fin de grado]. Universidad de La Laguna, 2015.

HERNÁNDEZ MARTÍN, Luis Agustín. *Protocolos de Domingo Pérez, escribano público de La Palma (1546-1567)*. Santa Cruz de La Palma, Caja General de Ahorros de Canarias (etc.), 1999-2005. 4 vs.

HERNÁNDEZ MARTÍN, Luis Agustín. *Protocolos de Blas Ximón, escribano público de la Villa de San Andrés y comarcas por SS. MM. (1546-1573)*. Breña Alta: Cartas Diferentes, 2014. 2 vs.

HOCHSTRASSER, Julie B. «Wisselwerkingen redux: ceramics, Assia and the Netherlands». En: Galanhy (ed.). *Points of contact: crossing cultural boundaries*. Lewisburg, PA: Bucknell University Press 2004, pp. 50-82.

LÓPEZ GARCÍA, Juan Sebastián. «Urbanismo y arquitectura de una ciudad marítima: Santa Cruz de La Palma en la segunda mitad del siglo XVI». *Tebeto: anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, anexo 7 (Puerto del Rosario, 2014), pp. 19-42.

LORENZO RODRÍGUEZ, Juan Bautista. *Noticias para la historia de La Palma*. Santa Cruz de La Palma: Cabildo Insular de La Palma, 1975-2011. 4 vols.

MARTÍN RODRÍGUEZ, Fernando Gabriel. *Santa Cruz de La Palma: la ciudad renacentista*. Santa Cruz de Tenerife: Cepsa, 1995.

MARTÍNEZ SANTOS, Eduardo. *La isla de La Palma en el siglo XVI (un dulce en el Atlántico)*. Madrid: La Palma, 1991.

MAYORAL CORCUERA, Elena. *Leyes suntuarias y el retrato femenino en la corte de Felipe II*. [Trabajo fin de máster]. Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2020.

NEGRÍN DELGADO, Constanza. «Jácome de Monteverde y las ermitas de su hacienda de Tazacorte en La Palma». *Anuario de estudios atlánticos*, n.º 34 (Las Palmas de Gran Canaria, 1988), pp. 323-351.

PAZ SÁNCHEZ, Manuel de. *La ciudad: una historia ilustrada de Santa Cruz de La Palma*. [La Laguna]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2003.

PÉREZ GARCÍA, Jaime. «Vicisitudes del alguacilazgo mayor de La Palma». *Anuario de estudios atlánticos*, n.º 25 (Las Palmas de Gran Canaria, 1979), pp. 237-288.

PÉREZ GARCÍA, Jaime. *Casas y familias de una ciudad histórica: la Calle Real de Santa Cruz de La Palma*. Santa Cruz de La Palma: Colegio de Arquitectos de Canarias (Delegación La Palma), 1995.

PÉREZ GARCÍA, Jaime. *La Calle Trasera de Santa Cruz de La Palma*. Santa Cruz de La Palma: Colegio de Arquitectos de Canarias (Delegación La Palma), 2000.

PÉREZ GARCÍA, Jaime. *Santa Cruz de La Palma: recorrido histórico-social a través de la arquitectura doméstica*. Santa Cruz de La Palma: Cabildo Insular de La Palma, 2004.

PÉREZ MORERA, Jesús. *Silva: Bernardo Manuel de Silva*. [Santa Cruz de Tenerife; Las Palmas de Gran Canaria]: Gobierno de Canarias. Viceconsejería de Cultura y Deportes, 1994.

PÉREZ MORERA, Jesús. *Magna Palmensis: retrato de una ciudad*. [Santa Cruz de La Palma]: Caja General de Ahorros de Canarias, 2000.

PÉREZ MORERA, Jesús. «El convento dominico de San Miguel de La Palma después de la invasión francesa en 1553: discurso escatológico y contrarreformista». *Revista de estudios generales de la isla de La Palma*, n.º 0 (Santa Cruz de La Palma, 2004), pp. 1-42.

POGGIO CAPOTE, Manuel; LORENZO TENA, Antonio; MARTÍN PÉREZ, Francisco J. *Baltasar Martín: héroe tradicional de La Palma*. [Santa Cruz de La Palma]: Cartas Diferentes, 2022.

POGGIO CAPOTE, Manuel; REGUEIRA BENÍTEZ, Luis; HERNÁNDEZ CORREA, Víctor J. «El ataque de Francis Drake a Santa Cruz de La Palma según Pedro de Liaño (1583-1587)». *Tebeto: anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, anexo 7 (Puerto del Rosario, 2014), pp. 187-285.

POGGIO CAPOTE, Manuel; HERNÁNDEZ CORREA, Víctor J.; LORENZO TENA, Antonio (eds.) *Cinco mitos para cinco siglos: 525.º aniversario de la fundación de Santa Cruz de La Palma*. [Santa Cruz de La Palma] Cabildo Insular de La Palma, 2020. 2 vols.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Gloria. *La iglesia de El Salvador de Santa Cruz de La Palma*. [Santa Cruz de La Palma]: Cabildo Insular de La Palma, 1985.

RODRÍGUEZ YANES, José Miguel. «El pájaro canario en el Antiguo Régimen: naturaleza e historia». *Cliocanarias*, n.º 2 (La Laguna, 2020), pp. 395-496.

RUIZ JIMÉNEZ, Juan. «Música doméstica en casa de los Lesmes de Miranda (1561)». En: *Paisajes sonoros históricos*. [En línea]. Disponible en: <https://www.historicalsoundscapes.com/evento/1085/santa-cruz-de-la-palma>. 2020. (Consultado en mayo de 2023).

SANTOJA HERNÁNDEZ, Pedro. «La situación de las mujeres y el matrimonio en la Edad Media y en los siglos XVI y XVII». *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica*, n.º 40 (Madrid, 2015), pp. 263-328.

SOSA GARCÍA, Nicolás. *Breve historia y evolución del canario silvestre*. [En línea]. Disponible en: <https://pajareriasamu.com>. 2014. (Consultado en mayo de 2023).

TORREMOCHA HERNÁNDEZ, Margarita. *Matrimonio, estrategia y conflicto (ss. XVI y XVII)*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2020.

VERNIS, Carmen; DESCALZO, Amalia. *Vestir a la española en las cortes europeas (ss. XVI, XVII)*. Madrid: Centro de Estudios de Europa Hispánica, 2014.

VIERA Y CLAVIJO, José. *Noticias de la historia general de las islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: [s. n.], 1941.

VIÑA BRITO, Ana «El azúcar canario y la cultura flamenca: un viaje de ida y vuelta». En: Manuel Herrero Sánchez y Ana Crespo Solana (coords.). *España y las diecisiete provincias de los Países Bajos: una revisión historiográfica (XVI-XVII)*. Córdoba: Universidad de Córdoba, 2002, vol. 2, pp. 615-640.

VIÑA BRITO, Ana. «El cultivo de la caña de azúcar en Canarias en los inicios de la colonización». *Estudios canarios: anuario del Instituto de Estudios Canarios*, n.º 59 (La Laguna, 2015), pp. 239-264.

VIÑA BRITO, Ana. *De Brujas a La Palma: Luis Vandewalle el Viejo y la consolidación de un linaje*. [Santa Cruz de Tenerife; Las Palmas de Gran Canaria]: Idea, 2006.

VIÑA BRITO, Ana. «Estrategias familiares de la colonia flamenca en La Palma durante el siglo XVI». En: Manuel de Paz Sánchez (ed.). *Flandes*

y Canarias: nuestros orígenes nórdicos. [La Laguna]: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2004, vol. I, pp. 153-183.

VIÑA BRITO, Ana. «La mujer en Canarias en el siglo XVI». *Revista de historia canaria*, n.º 197 (La Laguna, 1996), pp. 181-194.

VIÑA BRITO, Ana. «Riqueza y parentesco como modo de integración social: el ocaso de la familia Jaques en el siglo XVI». *Anuario de estudios atlánticos*, n.º 67 (Las Palmas de Gran Canaria, 2021), 17 p.

La segunda edición de *Delfts Blauw* se terminó de imprimir en los talleres de la Imprenta Taravilla en marzo de 2024, casi quinientos años después de que el prócer brujense Luis Van de Walle y van Praet se enamorara de la doncella María de Cervellón Bellid. Fue una lluviosa tarde del mes de marzo de 1536 en la villa de Santa Cruz de La Palma.



